NORA VIDAL

LA SUSTITUTA

Hay pueblos que guardan secretos mejor que tumbas.



Nora Vidal

La Sustituta

Hay pueblos que guardan secretos mejor que tumbas.

© 2026 Nora Vidal

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

Fuente Vieja

La carretera se estrecha como una garganta.

Llevo dos horas conduciendo desde Cáceres y el GPS ha dejado de funcionar hace cuarenta minutos, justo cuando la nacional se convirtió en una comarcal llena de baches y la comarcal en un camino asfaltado a medias que serpentea entre encinas. El coche de alquiler —un Seat Ibiza blanco que huele a ambientador de pino y a resignación— protesta en cada curva. Yo también.

El contrato dice «Fuente Vieja, Cáceres. CEIP Nuestra Señora del Valle. Sustitución temporal. Duración: curso escolar completo». Lo leí tres veces antes de firmarlo. No por las condiciones, que son las mismas de siempre —sueldo de interina, alojamiento incluido, aislamiento garantizado—,

sino porque llevaba once meses sin que me llamaran para nada.

Once meses.

Casi un año entero repartiendo currículos en academias, dando clases particulares a niños que no querían aprender y viviendo en el piso de mi madre en Getafe, que es una forma educada de decir que estaba fracasando. A los treinta y cinco años, con una carrera, un máster y una oposición suspendida por tres décimas, mi vida profesional cabía en una caja de zapatos.

Así que cuando sonó el teléfono y una voz administrativa me ofreció Fuente Vieja, dije que sí antes de buscar el pueblo en el mapa.

Error.

O quizá no. Todavía no lo sé.

El paisaje cambia a medida que subo. Las dehesas de abajo, extensas y doradas, dan paso a un terreno más áspero, más vertical. Rocas de granito asoman entre la vegetación como huesos de la tierra. Los alcornoques se retuercen en formas que parecen deliberadas, como si alguien los hubiera obligado

a crecer así. Hay algo teatral en este paisaje, algo que no termina de ser natural.

Es bonito. También es siniestro. Las dos cosas a la vez.

A las seis de la tarde —septiembre, el sol todavía alto pero ya con esa luz espesa del final del verano— veo el cartel. Letras blancas sobre fondo verde, medio oculto por una zarza:

FUENTE VIEJA Población: 200 hab.

Doscientos habitantes. Me lo repito mientras el coche baja por una pendiente pronunciada y el pueblo aparece de golpe, encajado en un valle estrecho entre dos cerros pelados. Casas de piedra apiñadas unas contra otras, tejados de pizarra, una iglesia con el campanario torcido hacia la izquierda como si le doliera el cuello. En el centro, lo que parece una plaza. Todo silencioso. Todo quieto.

Demasiado quieto.

Aparco en la entrada del pueblo, junto a una fuente de piedra que no echa agua. El calor me golpea cuando abro la puerta del coche. Un calor seco, denso, que huele a tomillo y a polvo. Septiembre en Extremadura. El verano no se ha ido; simplemente se ha sentado a esperar.

Bajo del coche y me estiro. Me duele la espalda, me duelen los ojos y tengo la boca seca. Miro alrededor.

Nada.

No hay nadie. Ni un perro, ni un gato, ni una cortina moviéndose. Las casas tienen las ventanas cerradas, los postigos echados. La plaza —confirmo que es una plaza al acercarme— está vacía. Hay un bar con un toldo verde y una

puerta cerrada. Hay un ayuntamiento pequeño con un escudo de piedra sobre la entrada. Hay una farmacia que parece no haber abierto en años.

Doscientos habitantes. ¿Dónde están?

Camino hacia la plaza arrastrando la maleta. Las ruedas hacen un ruido obsceno sobre los adoquines. Cada paso resuena. Me siento observada aunque no veo a nadie, y esa contradicción me pone los nervios de punta.

— ¿Hola? —digo, y mi voz suena ridícula rebotando entre las fachadas.

Silencio.

Saco el móvil. Sin cobertura. Por supuesto.

El papel que me dieron en la delegación dice que tengo que recoger las llaves del alojamiento en el ayuntamiento. Pruebo la puerta. Cerrada. Pruebo la del bar. Cerrada también. Miro el reloj: las seis y veinte de la tarde de un miércoles de septiembre. En cualquier pueblo normal, alguien estaría tomando una caña.

Vuelvo hacia el coche. Es entonces cuando la veo.

Una mujer mayor, muy mayor, sentada en un banco de piedra al otro lado de la plaza. No estaba ahí hace un minuto, estoy segura. Lleva un vestido negro, un pañuelo en la cabeza y las

manos cruzadas sobre el regazo. Me mira con una quietud que no es curiosidad. Es otra cosa. Algo más antiguo.

Me acerco.

— Buenas tardes. Soy Elena, la maestra nueva. ¿Sabe dónde puedo encontrar al alcalde?

La mujer me mira durante un tiempo que se estira demasiado. Sus ojos son oscuros, hundidos, rodeados de arrugas profundas. Tiene la piel del color de la tierra.

— El alcalde —repite, como si la palabra le costara.

— Sí. Tomás Palacios, creo. Tengo que recoger unas llaves.

Algo cruza su cara. Un relámpago. Dura menos de un segundo, pero lo veo. Miedo. O dolor. O las dos cosas.

— En la dehesa estará —dice por fin—. A esta hora siempre está en la dehesa.

— ¿La dehesa?

— La finca de los Palacios. —Señala hacia el cerro que hay detrás del pueblo—. Subiendo por ahí. Pero no vaya ahora. Esperará hasta mañana.

No es una sugerencia. Es una orden.

— ¿Y las llaves del alojamiento?

La mujer se levanta despacio, como si le doliera todo el

cuerpo.

— Venga conmigo.

La sigo por una calle estrecha que sube desde la plaza. Las casas son de piedra, con balcones de hierro forjado y macetas secas. Algunas están habitadas —cortinas, luces tenues detrás de los cristales—, pero la mayoría tienen las ventanas tapiadas. Cuento las casas cerradas. Una, dos, cinco, ocho. Más de la mitad.

La mujer camina despacio pero sin detenerse. No me dice su nombre. No me pregunta el mío, aunque se lo he dado. Gira por una calleja, luego por otra, y al final se para frente a una casa de dos plantas con la puerta pintada de azul.

— La casa de la maestra —dice—. Aquí vivió Amparo. Ahora es suya.

Saca una llave del bolsillo del vestido —la tenía preparada, pienso, me estaba esperando— y abre la puerta. Dentro huele

a cerrado, a humedad antigua, a soledad. Pero la casa está limpia. Alguien la ha preparado.

— Amparo. ¿La maestra anterior?

— Treinta años —dice la mujer, y hay algo en su voz, una grieta—. Treinta años aquí.

— ¿Y qué le pasó?

La mujer me mira de nuevo con esos ojos de pozo.

— Se puso mala.

— ¿Mala de qué?

— De preguntar.

Me quedo helada. Pero la mujer ya se ha dado la vuelta. Camina hacia la puerta con esa lentitud suya que parece ensayada.

— Señora, espere. No me ha dicho su nombre.

Se detiene en el umbral. La luz del atardecer le da en la espalda y no puedo verle la cara.

— Esperanza —dice—. Me llamo Esperanza.

Y se va.

Me quedo sola en la casa de la maestra anterior. La casa de Amparo. Recorro las habitaciones como una intrusa: un salón pequeño con una chimenea, una cocina con azulejos blancos y una nevera que zumba, un dormitorio con una cama de hierro

y un armario de madera oscura, un baño con bañera antigua y grifos que gotean.

Todo está limpio pero impersonal, como un escenario preparado. No hay fotos, ni libros, ni rastro de la mujer que vivió aquí treinta años. Como si la hubieran borrado.

Excepto una cosa.

En la mesilla de noche, debajo de un vaso de cristal vacío, hay una hoja de papel doblada. La desdoblo.

Una sola frase, escrita a mano con letra temblorosa:

«Ten cuidado con lo que preguntas.»

No está firmada.

Me siento en la cama. El colchón cruje. Miro por la ventana: el pueblo empieza a oscurecerse y, ahora sí, veo luces encenderse detrás de las ventanas. Fuente Vieja cobra vida cuando cae la noche. Como si la oscuridad fuera su estado natural.

Doscientos habitantes. Un pueblo que parece vacío. Una maestra que enfermó de preguntar. Una nota de advertencia.

Y yo, sola, con una maleta y un contrato que no puedo permitirme rechazar.

Debería tener miedo. Quizá lo tengo. Pero hay algo más fuerte que el miedo, algo que me ha perseguido toda la vida: la

necesidad de saber. De entender. De no quedarme con la versión cómoda de las cosas.

Mi madre dice que eso me perderá.

Puede que tenga razón.

Guardo la nota en el bolsillo de la chaqueta, cierro la ventana y empiezo a deshacer la maleta.

Fuente Vieja. Doscientos habitantes. Uno más, a partir de hoy.

2

Nueve alumnos

La escuela es un edificio rectangular de una sola planta, con paredes encaladas y un tejado de tejas rojas que se comba en el centro como una espalda cansada. Está al final de la calle principal, junto a un patio de cemento con dos porterías sin red y una canasta de baloncesto oxidada. Un cartel sobre la puerta dice «CEIP Nuestra Señora del Valle» en letras que fueron azules y ahora son grises.

Llego a las ocho y cuarto. He dormido mal —la cama cruje, la casa hace ruidos que no sé interpretar, el silencio del pueblo es un silencio con peso— pero me he duchado con agua fría porque la caldera no funciona, me he tomado un café instantáneo que encontré en la cocina y me he puesto el

vestido menos arrugado de la maleta. Primera impresión. Importante.

La puerta de la escuela está abierta. Alguien ha llegado antes que yo.

Entro en un pasillo corto con baldosas de terrazo y paredes decoradas con dibujos infantiles. Mariposas, soles, casas con chimenea. Los dibujos son viejos —el papel está amarillento, los bordes enrollados— pero nadie los ha quitado. Al fondo, una puerta abierta.

El aula.

Es más grande de lo que esperaba. Pupitres de madera alineados en tres filas, una pizarra verde, un mapa de España colgado torcido, estanterías con libros de texto y una mesa de profesor junto a la ventana. La luz entra oblicua y densa, llena de polvo. Huele a tiza, a madera y a algo más: a tiempo. A muchos años de lo mismo.

Y ahí están. Mis alumnos.

Nueve niños. Nueve pares de ojos que me miran desde los pupitres con una solemnidad que no es propia de su edad. Hay de todo: desde un niño de cinco o seis años que apenas llega al borde del pupitre hasta una chica que parece tener doce o trece y me mira con esa hostilidad preventiva de la

preadolescencia. Todos en la misma aula. Escuela unitaria. Bienvenida a la España vaciada.

— Buenos días —digo, y sonrío. La sonrisa me sale forzada pero funcional—. Soy Elena. Elena Bravo. Voy a ser vuestra maestra este curso.

Silencio.

Ni un hola. Ni un murmullo. Ni siquiera el crujir de una silla. Nueve estatuas con ojos enormes.

— Podéis decirme Elena, o señorita Elena, o señorita Bravo, lo que os resulte más cómodo. —Dejo el bolso en la mesa y me apoyo en ella, intentando parecer relajada—. ¿Queréis que nos presentemos? Yo empiezo. Me llamo Elena, tengo treinta

y cinco años, vengo de Madrid y me gusta leer, cocinar y los perros. ¿Quién sigue?

Nada.

La chica mayor —pelo oscuro, ojos oscuros, brazos cruzados — es la primera que habla.

— ¿Y Amparo?

La pregunta cae como una piedra en un pozo.

— Amparo está... descansando —digo, con esa vaguedad profesional que se aprende en las sustituciones—. Yo estoy aquí mientras ella se recupera.

— No va a volver —dice la chica.

No es una pregunta. Lo dice como quien enuncia un hecho geológico. El cielo es azul. El agua moja. Amparo no va a volver.

— ¿Cómo te llamas? —pregunto.

— Lucía.

— Lucía, no sabemos qué pasará. De momento, estoy yo. ¿Te parece si empezamos?

Lucía me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario y luego se encoge de hombros. Es todo el permiso que voy a obtener.

La mañana avanza despacio. Les paso una ficha de presentación —nombre, edad, qué te gusta, qué no te gusta— y mientras la rellenan me paseo entre los pupitres. Los pequeños escriben con lengua fuera y letra enorme. Los

medianos se esfuerzan. Lucía escribe tres palabras y se queda mirando por la ventana.

Me entero de cosas. El niño pequeño se llama Hugo y tiene seis años y le gustan los tractores. Hay dos hermanas gemelas, Sara y Marta, de nueve años, que se sientan juntas y comparten un estuche. Un chico de once llamado Marcos que es el payaso del grupo —lo noto por cómo mira a los demás buscando aprobación—. Y Lucía, trece años, la mayor, la reina silenciosa del aula.

Nueve niños. Los últimos niños de Fuente Vieja.

A media mañana les dejo salir al patio. Los miro desde la ventana mientras corren, gritan y se pelean con esa energía salvaje de los críos. Parecen normales. Son normales. Los niños siempre son normales; son los adultos los que complican las cosas.

Me quedo sola en el aula y miro la mesa del profesor. La mesa de Amparo.

Es una mesa antigua, de madera maciza, con tres cajones a la derecha y una superficie llena de marcas de bolígrafo. Encima hay un portaplumas vacío, un calendario del año pasado —2025, abierto por junio, el último mes que Amparo estuvo aquí— y un tarro de cristal con lápices.

Abro el primer cajón. Material escolar: gomas, sacapuntas, clips, grapadora. Todo ordenado con una meticulosidad que roza lo obsesivo. Cada cosa en su lugar.

El segundo cajón. Papeles: programaciones, actas de evaluación, circulares de la delegación. Todo archivado por

fechas. Treinta años de burocracia educativa comprimidos en un cajón. Amparo era organizada. Muy organizada.

El tercer cajón.

El tercer cajón está cerrado con llave.

Tiro del tirador. No se mueve. Busco la llave en los otros cajones, debajo del calendario, en el tarro de lápices. Nada. Me agacho y miro la cerradura: es pequeña, antigua, de esas que se abren con cualquier cosa.

Cojo un clip, lo desdoblo y lo meto en la cerradura. No soy cerrajera, pero he abierto bastantes armarios de aulas prestadas como para saber que estos mecanismos son decorativos. Giro. Clic.

El cajón se abre.

Dentro hay un cuaderno.

Un cuaderno de tapas azules, tamaño cuartilla, con las esquinas dobladas y una goma elástica que lo mantiene cerrado. No tiene nada escrito en la portada. Lo cojo. Pesa más

de lo que debería, como si las palabras de dentro tuvieran densidad física.

Lo abro por la primera página.

La letra es pequeña, apretada, inclinada hacia la derecha. Tinta azul. La fecha: marzo de 2024.

«He empezado a hacer preguntas. No sé por qué ahora, después de tantos años. Quizá porque me quedan pocos. Quizá porque estoy cansada de fingir que no sé lo que sé.»

Paso la página. Más texto, más fechas. Abril, mayo, junio. Listas. Nombres. Flechas que conectan unos con otros.

Y entonces lo veo.

Una página con una fecha subrayada: «Septiembre de 2009». Debajo, con letra más grande, más presionada, como si la mano hubiera apretado el bolígrafo hasta casi romper el papel:

«Inés Galán, 9 años. Desapareció durante las fiestas del pueblo. Búsqueda en la sierra. No la encontraron.»

Y debajo, entre paréntesis, una pregunta:

«¿De verdad la buscaron?»

El timbre del recreo suena. Cierro el cuaderno de golpe, como si me hubieran pillado haciendo algo prohibido. Los niños entran en tropel, ruidosos, sudados, vivos. Me meto el

cuaderno en el bolso con un gesto que intento que parezca casual.

— Señorita Elena, ¿nos lee un cuento? —dice Hugo, el pequeño, tirándome de la manga.

— Claro —digo—. Vamos a buscar uno.

Pero mientras leo —algo sobre un dragón y un caballero, la voz en piloto automático—, mi cabeza está en otra parte. En el cuaderno azul que pesa en mi bolso como una bomba sin detonar.

Inés Galán. Nueve años. Desapareció.

¿De verdad la buscaron?

El resto de la mañana pasa en una bruma de fichas de matemáticas y dictados de ortografía. Los niños empiezan a relajarse. Hugo me regala un dibujo de un tractor. Las gemelas se ríen cuando me equivoco al escribir una palabra en la pizarra. Hasta Lucía esboza algo parecido a una sonrisa cuando les propongo un juego de vocabulario.

Son buenos niños. Me gustan ya. Me gusta este trabajo cuando funciona, cuando noto que algo se abre en un crío que estaba cerrado, cuando una explicación enciende una chispa. Es lo único que se me da bien.

A las dos, cuando se van, me quedo sola en el aula.

Saco el cuaderno del bolso. Lo pongo sobre la mesa. Lo miro.

Hay dos opciones. La primera: dejarlo donde estaba, cerrar el cajón y hacer mi trabajo. Dar clase, cobrar mi sueldo, sobrevivir el curso y volver a Madrid con una línea más en el

currículum. La opción sensata. La opción que elegiría cualquier persona con instinto de supervivencia.

La segunda: leerlo.

Pienso en la nota que encontré anoche en la mesilla. «Ten cuidado con lo que preguntas.» Pienso en Esperanza y sus ojos de pozo. Pienso en Amparo, treinta años en este pueblo, y de pronto una crisis nerviosa.

De preguntar, dijo Esperanza. Se puso mala de preguntar.

Abro el cuaderno por donde lo dejé y sigo leyendo.

Lo leeré entero esta noche, me digo. Solo para entender dónde me he metido. Solo para saber.

Solo para saber.

Qué mentira más vieja.

3

Los Palacios

El pueblo despierta el jueves como si el miércoles no hubiera existido.

Bajo a la plaza a las ocho menos cuarto y me encuentro un mundo diferente: el bar está abierto, hay tres viejos sentados en un banco tomando el sol, una mujer tiende ropa en un balcón y un perro flaco dormita a la sombra de la fuente. Fuente Vieja ha decidido estar viva hoy.

El bar se llama La Encina. Empujo la puerta —cristal con un cartel de Coca-Cola pegado por dentro— y entro en un espacio pequeño, oscuro, con barra de madera, jamones colgando del techo y un televisor encendido sin sonido. Huele a café, a aceite de oliva y a algo frito que me hace rugir el estómago.

Detrás de la barra, una mujer.

Es de mi edad, quizá un año menos. Pelo corto, rizado, teñido de un rojo que no existe en la naturaleza. Ojos verdes.

Pendientes grandes. Lleva un delantal y una camiseta de los Ramones. En Fuente Vieja. Los Ramones.

Me mira y sonríe. Es la primera sonrisa auténtica que veo desde que llegué.

— Tú eres la maestra nueva.

No es una pregunta.

— Elena —digo.

— Celia. —Me tiende la mano por encima de la barra. Apretón firme—. ¿Café?

— Por Dios, sí.

Se ríe. Una risa franca, sin filtro, que rebota en las paredes del bar.

— ¿Solo o con leche?

— Con leche. Y si tienes algo de comer, lo que sea.

— Tengo tostadas con tomate y aceite. Es lo que hay.

— Es lo mejor que me han ofrecido en dos días.

Me siento en un taburete de la barra. Celia prepara el café con movimientos rápidos, eficientes, sin teatro. Me pone delante

una taza enorme y un plato con dos tostadas que brillan de aceite.

— Bienvenida a Fuente Vieja —dice, apoyándose en la barra —. Ya te habrás dado cuenta de que esto es el culo del mundo.

Me atraganto con el café. Celia me mira con una sonrisa que es mitad diversión, mitad desafío.

— Es... tranquilo —digo.

— Es un cementerio con código postal. Pero la tostada está buena, ¿verdad?

Está buena. Está increíble, de hecho. El tomate tiene sabor a tomate, el aceite es espeso y verde y sabe a hierba. Como si la comida de aquí compensara todo lo demás.

— ¿Eres de aquí? —pregunto.

— Nacida y criada. La única gilipollas menor de cincuenta que no se ha largado. —Se encoge de hombros—. Alguien tiene que poner las cañas.

Quiero preguntarle más —por qué se quedó, qué la retiene—, pero la puerta del bar se abre y entra un hombre.

Alto. Moreno. Cuarenta años, quizá un poco más. Lleva vaqueros, botas de campo y una camisa blanca remangada hasta los codos. Pelo oscuro con algunas canas en las sienes. Mandíbula cuadrada, ojos castaños, sonrisa fácil. Es atractivo

y lo sabe, pero no de forma arrogante; más bien de forma natural, como si no tuviera que esforzarse.

— Buenos días, Celia. —Voz grave, calmada—. Ponme un cortado.

Me mira. La sonrisa se amplía.

— Y tú debes de ser Elena.

— ¿Todo el mundo sabe quién soy?

— En un pueblo de doscientos habitantes, la noticia de que llega alguien nuevo va más rápido que el WiFi. —Me tiende la mano—. Tomás Palacios. Alcalde.

Su mano es grande y cálida. Me la estrecha un segundo más de lo necesario, o quizá me lo parece.

— Siento no haber estado ayer para recibirte. Estaba en Cáceres, papeleo. —Se sienta en el taburete de al lado—. ¿Cómo estás? ¿La casa bien? ¿Necesitas algo?

Es amable. Genuinamente amable, o eso parece. Hace las preguntas correctas, escucha las respuestas, asiente. Me explica dónde está el consultorio médico —abre los martes—, la tienda de comestibles —la lleva una mujer llamada Carmen, abre cuando le da la gana— y la gasolinera más cercana —a treinta kilómetros—.

— Y si necesitas cobertura de móvil, la mejor zona es el cerro de arriba. Junto a la ermita. —Sonríe—. Bienvenida al siglo XIX.

Celia pone el cortado en la barra y se apoya, escuchando. Noto que mira a Tomás con algo que no es exactamente

desconfianza pero tampoco confianza. Algo intermedio. Cautela.

— Elena ha conocido a tus alumnos —dice Celia—. Doce valientes.

— Doce guerreros —corrige Tomás—. Son buenos niños. Lucía es la mayor, ¿verdad? Esa tiene carácter.

— Bastante —digo.

— Como su madre. —Tomás bebe el cortado de un trago—. Oye, esta tarde mi padre quiere conocerte. ¿Te parece si te paso a buscar sobre las seis?

— ¿Tu padre?

— Rodrigo Palacios. Fue alcalde antes que yo, treinta años. Ahora está jubilado, pero... —busca la palabra— le gusta estar al tanto de todo.

— Le gusta controlarlo todo —dice Celia sin levantar la vista de un vaso que está secando.

Tomás le lanza una mirada rápida, indescifrable.

— Le gusta conocer a la gente que vive en su pueblo —dice con suavidad—. ¿A las seis?

Acepto. ¿Qué voy a hacer, decir que no?

A las seis en punto, Tomás aparece en la puerta de mi casa con su coche —un todoterreno grande, limpio, caro para un

pueblo de doscientos habitantes— y me lleva a la dehesa de los Palacios.

La finca está a las afueras del pueblo, subiendo por un camino de tierra flanqueado por encinas centenarias. Es enorme. Hectáreas y hectáreas de pasto dorado donde se mueven vacas negras con la lentitud de quien no tiene prisa ni motivo para tenerla. Al fondo, una casa grande de piedra con un porche de madera y un jardín que alguien cuida con esmero.

— La familia lleva aquí siete generaciones —dice Tomás mientras aparca—. Antes teníamos más tierra. Ahora queda esto.

Esto es mucho. Esto es más de lo que la mayoría de la gente tendrá en su vida.

Rodrigo Palacios nos espera en el porche.

Es un hombre grande. No gordo: grande. Espalda ancha, manos enormes, cara curtida por el sol. Setenta y siete años que parecen sesenta y cinco. Pelo blanco, peinado hacia atrás, ojos claros que miran con la seguridad de quien nunca ha tenido que pedir permiso para nada. Viste de campo —pantalón de pana, camisa a cuadros, botas—, pero hay algo en su porte que es más que rural. Es señorial.

— Elena. —Me coge la mano con las dos suyas. Su apretón es firme, casi excesivo—. Bienvenida a Fuente Vieja. Siéntate, anda, que te han preparado un gazpacho.

Nos sentamos en el porche. Una mujer que no se presenta —¿empleada? ¿familiar?— trae una bandeja con gazpacho, queso y pan. Rodrigo habla. Habla mucho, bien, con autoridad natural. Me cuenta la historia del pueblo, de la dehesa, de las

vacas, de la encina más vieja que tiene trescientos años. Es un narrador nato. Encantador, incluso.

Pero hay algo debajo del encanto. Algo que controla cada palabra, cada pausa, cada sonrisa. Rodrigo Palacios no dice nada por casualidad.

— ¿Y cómo ha ido el primer día con los niños? —pregunta.

— Bien. Son buenos chicos.

— Los mejores. —Asiente con orgullo, como si fueran suyos —. Este pueblo ha criado buena gente siempre. Gente honrada. Gente que cuida lo suyo.

— Amparo debió de hacer un gran trabajo —digo, y no sé por qué lo digo. Quizá para ver qué pasa.

Lo que pasa es sutil. El vaso de Rodrigo se detiene a medio camino de su boca. Solo un instante. Luego bebe, traga, deja el vaso en la mesa.

— Amparo fue una buena maestra —dice, y la frase suena como un epitafio—. Pero los años pesan. A veces la cabeza... —Se toca la sien con un dedo—. Ya sabes.

— Una pena —digo.

— Una pena —repite.

Tomás mira al horizonte. El sol está bajando y la dehesa se tiñe de oro. Es un momento bonito, casi perfecto, y por eso

mismo me inquieta. Todo en Fuente Vieja tiene esa cualidad: belleza que esconde algo.

Me voy a las ocho, cuando empieza a oscurecer. Tomás me lleva de vuelta en el coche.

— Mi padre puede parecer... intenso —dice mientras conducimos por el camino de tierra—. Pero es buena gente. Ha dado mucho por este pueblo.

— Se nota que lo quiere —digo, neutral.

— Lo quiere más que a nada. —Tomás me mira un segundo —. Por eso a veces es... protector.

No pregunto con qué. No hace falta. La frase se queda flotando en el coche como el humo de un cigarrillo.

Al llegar a casa, enciendo la luz y me siento en la cocina. Saco el cuaderno de Amparo del bolso.

Tres personajes nuevos. Tomás, atractivo y ambiguo. Rodrigo, encantador y controlador. Celia, directa y cautelosa.

Y un pueblo que protege sus secretos como si la vida le fuera en ello.

Abro el cuaderno. Busco la página de Inés Galán. Leo la pregunta que Amparo escribió debajo de los datos.

«¿De verdad la buscaron?»

Paso la página. Hay más. Mucho más.

Pero eso será mañana. Esta noche necesito dormir. Necesito que mi cabeza procese todo esto antes de seguir tirando del

hilo.

Cierro el cuaderno.

Lo abro otra vez.

Leo una página más.

Solo una más.

4

El cuaderno

No duermo.

Son las dos de la mañana y estoy sentada en la cama con las piernas cruzadas, el cuaderno de Amparo abierto sobre la colcha y una taza de manzanilla que se ha quedado fría hace una hora. La casa cruje, el viento silba entre las tejas y yo leo.

Amparo escribía como una maestra: con orden, con claridad, con esa manía de subrayar las palabras importantes. Pero a medida que avanzo en las páginas, la letra cambia. Se vuelve más pequeña, más apretada, más urgente. Como si el bolígrafo tuviera prisa.

Las primeras páginas que abro son de 2024, las más recientes. Amparo lleva entonces veintinueve años en Fuente Vieja. Veintinueve años dando clase a los hijos de los hijos de sus primeros alumnos. Veintinueve años sentada a esa mesa, mirando por esa ventana, viviendo en esta casa. Pero al hojearlo veo que el cuaderno tiene muchas más páginas, más

antiguas, que se remontan años atrás. Ya las leeré. Por ahora, empiezo por lo último.

Las páginas recientes son reflexiones. Notas sueltas. Retazos de una conciencia que se agita.

«Hoy se me ha sentado Rosa en la consulta y me ha dicho que su nieta no duerme bien. Pesadillas. Le he preguntado con qué sueña. "Con el pozo", ha dicho Rosa. Y se ha callado. No he preguntado más. Nunca pregunto más. Ese es el problema.»

«Treinta años callándome. ¿Cuántos más?»

«He soñado con Inés. Tenía nueve años, como siempre. Me miraba desde la puerta del aula y me decía: "¿Por qué no vienes a buscarme, seño?"»

Paso las páginas con cuidado. Amparo empieza a investigar en abril. No sé qué la empuja —el sueño, la jubilación que se acerca, la acumulación de años de silencio—, pero algo se rompe dentro de ella y empieza a preguntar.

A preguntar y a apuntar.

«Abril, 14. He hablado con Esperanza. No quería hablar. Nunca quiere, pero hoy la he pillado en la iglesia, después de misa, y le he dicho: "Esperanza, sé que usted sabe más de lo que dice." Me ha mirado como si la hubiera abofeteado. Y luego ha dicho: "Todos sabemos más de lo que decimos, Amparo. Esa es la maldición de este pueblo."»

«Abril, 22. He buscado en los archivos del ayuntamiento. Actas del pleno de septiembre de 2009. Hay un hueco. Falta el acta del día 15, tres días después de la desaparición. He

preguntado a Manuela, la secretaria. Se ha puesto blanca. "Esa acta no existe", ha dicho. Miente. Miente fatal.»

Trago saliva. El cuaderno se vuelve más denso a partir de mayo. Amparo construye una cronología de los hechos. La leo despacio, intentando retener cada detalle.

Septiembre de 2009. Fiestas patronales de Fuente Vieja. La Virgen del Valle. Tres días de verbena, procesión, misa solemne y, según Amparo, «la única semana del año en que este pueblo parece un pueblo de verdad».

Inés Galán tenía nueve años. Era hija de Carmen Galán, que a su vez era hija de Esperanza. Una niña alegre, revoltosa, con el pelo rizado y una risa que todo el mundo recuerda. Iba a la escuela de Amparo. Era su alumna.

El 12 de septiembre, segundo día de fiestas, Inés desapareció.

Amparo lo escribe con una precisión casi clínica:

«12 de septiembre de 2009. Verbena en la plaza. Sobre las 22:00 alguien se da cuenta de que Inés no está. Su madre la busca. Su abuela la busca. Preguntan. Nadie la ha visto desde las 20:30 aprox. Se organiza una batida. GC se persona sobre

la 01:00 del 13. Rastreo en la sierra. Nada. La búsqueda dura diez días. No la encuentran.»

Y debajo, en otro color de tinta —rojo—, Amparo ha añadido después:

«¿Quién organizó la batida? RODRIGO PALACIOS. ¿Quién decidió dónde buscar? RODRIGO PALACIOS. ¿Quién habló con la Guardia Civil? RODRIGO PALACIOS.»

Me quedo mirando esas letras rojas. Rodrigo Palacios. El patriarca de los gazpachos y las encinas centenarias. El

hombre de las manos enormes y los ojos claros que me dijo «bienvenida» como quien te concede un favor.

Sigo leyendo.

Las páginas de junio son las más reveladoras. Amparo ha hablado con más gente. No dice con quién —los protege, o quizá se protege a sí misma—, pero anota lo que le cuentan.

«Fuente X: "Esa noche los niños estaban jugando en la dehesa. Los mayores les dejaban correr por ahí. Nadie vigilaba."»

«Fuente Y: "El pozo del cortijo estaba abierto entonces. Lo taparon después. ¿Por qué lo taparon?"»

«Fuente Z: "Rodrigo se encargó de todo. Siempre se encarga de todo. Y la gente lo deja porque es más fácil que pensar."»

El pozo.

Busco más referencias al pozo. Las encuentro. A partir de junio, Amparo lo menciona una y otra vez. Se convierte en su obsesión.

«El pozo del cortijo de los Palacios. Antiguo. Profundo. Servía para regar la huerta. Según los registros municipales, fue sellado con una losa de hormigón en octubre de 2009. Un mes

después de la desaparición de Inés. Motivo oficial: "seguridad". ¿Seguridad de quién?»

Y una página después, con la letra más grande del cuaderno, subrayada tres veces con tinta roja:

«NO SE FUE. LA OBLIGARON.»

Me levanto de la cama. Necesito moverme. Necesito respirar. Camino por la habitación —tres pasos en una dirección, tres en otra, la habitación es pequeña— y siento que el cuaderno me mira desde la colcha como un animal herido.

Amparo no está diciendo que Inés se fuera del pueblo voluntariamente. Está diciendo que la versión oficial —se perdió en la sierra— es mentira. Está diciendo que Inés no se perdió. Que algo le pasó. Y que alguien —Rodrigo Palacios, toda la puta familia Palacios, quizá todo el pueblo— lo sabe y lo calla.

Quince años.

Quince años con una niña desaparecida y un secreto enterrado. Literalmente enterrado, bajo una losa de hormigón.

Me siento otra vez. Abro el cuaderno por las últimas páginas. La letra de Amparo aquí es casi ilegible. Escribe rápido, con errores, sin detenerse a corregir.

«Julio, 3. Han entrado en mi casa. No falta nada pero lo han movido todo. Saben que estoy investigando.»

«Julio, 10. Rodrigo me ha llamado al despacho. "Amparo, estás cansada. Necesitas descansar. Llevas muchos años

aquí." Le he dicho que no estoy cansada. Me ha sonreído. No era una sonrisa.»

«Julio, 18. Me han pinchado las ruedas del coche. Las cuatro.»

«Julio, 24. Carta de la delegación: se me recomienda una baja por motivos de salud. No la he pedido. ¿Quién la ha pedido?»

«Julio, 29. No puedo dormir. Oigo ruidos. Pasos alrededor de la casa. ¿Es real o me estoy volviendo loca? ¿Es eso lo que quieren?»

Las últimas entradas son de agosto.

«Agosto, 5. Me voy. No porque quiera. Porque no me dejan quedarme. Me han dado a elegir: me voy por las buenas o me voy por las malas. Dejo el cuaderno. Si alguien lo encuentra, que sepa: la verdad está en el pozo. Inés está en el pozo. Todo el pueblo lo sabe. Y todo el pueblo calla.»

Y la última línea, la más escalofriante de todas:

«A la que venga después: ten cuidado. Pero no te calles. Por Inés. Por favor, no te calles.»

Cierro el cuaderno.

Miro la hora. Las cuatro de la mañana. Fuera, Fuente Vieja duerme. O finge que duerme.

Estoy temblando. No de frío. De algo que no tiene nombre, o que tiene demasiados: rabia, miedo, determinación,

incredulidad. Una niña de nueve años. Un pozo. Un pueblo entero mirando para otro lado durante quince años.

Y yo aquí, en la cama de la mujer que intentó descubrirlo y pagó por ello.

«A la que venga después.»

A mí. Me habla a mí.

Guardo el cuaderno debajo del colchón. Es un escondite ridículo, de película, pero no se me ocurre otro. Me tumbo. Cierro los ojos.

No duermo.

A las seis y media me levanto, me ducho —agua fría otra vez, la maldita caldera— y me visto. Me miro en el espejo del baño. Tengo ojeras, la piel pálida y una expresión que no reconozco.

Tengo la cara de alguien que ha decidido algo.

Todavía no sé qué. Pero lo he decidido.

5

Crisis nerviosa

El viernes decido preguntar.

No directamente, no de frente, no como Amparo. He aprendido de su cuaderno que en Fuente Vieja las preguntas directas son como pedradas: hacen daño y te las devuelven. Hay que ir de lado. Hay que parecer inofensiva. Hay que ser la maestra nueva que solo quiere integrarse.

Empiezo por la tienda de comestibles.

Concha —la del nombre sin apellido, la que abre cuando le da la gana— resulta ser una mujer de sesenta y tantos años con delantal, moño apretado y una capacidad asombrosa para hablar sin decir nada. Su tienda es un local estrecho lleno de estanterías con productos básicos: arroz, legumbres, aceite,

latas de conserva, galletas María. Huele a detergente y a queso curado.

— Buenos días, Concha. Soy Elena, la maestra nueva.

— Ya sé quién eres, hija.

Por supuesto que lo sabe.

Compro leche, pan de molde, huevos y café —necesito café de verdad, el instantáneo me está matando— y mientras Concha pesa y anota con un lápiz en un cuaderno de espiral —aquí no

hay caja registradora, esto es un intercambio comercial del neolítico—, lanzo el anzuelo.

— Oye, Concha, quería preguntarte... ¿conociste bien a Amparo? La maestra anterior.

— Claro. Treinta años aquí.

— Es que me he encontrado cosas suyas en la escuela y no sé si debería enviarlas a algún sitio. ¿Sabes dónde está?

Concha deja el lápiz. Me mira por encima de las gafas de media luna.

— En una residencia. En Cáceres. Tuvo una crisis nerviosa. Pobrecilla.

— ¿Así, de repente?

— Las crisis son así, hija. De repente. Un día estás bien y al siguiente no.

— Pero treinta años aquí... debía de ser fuerte.

— Fuerte era. —Concha vuelve al cuaderno, suma números—. Pero a veces los fuertes son los que peor caen.

— ¿No recibe visitas? Me gustaría hablar con ella. Preguntarle cosas de los alumnos, programaciones...

Concha levanta la cabeza despacio. Algo cambia en su cara. No es enfado. Es advertencia.

— Amparo no recibe visitas. Está muy mal. Mejor la dejas

tranquila.

— Claro —digo—. Claro, perdona.

Pago y me voy. En la puerta, me giro.

— Concha, una última cosa. ¿Tú llevas mucho tiempo en el pueblo?

— Toda la vida.

— Entonces... ¿te acuerdas de una niña que desapareció? Hace años. Inés, creo que se llamaba.

El silencio que sigue es de una calidad diferente a cualquier silencio que haya experimentado. No es ausencia de sonido.

Es presencia de algo. Un muro que se levanta entre Concha y yo, invisible y absoluto.

Concha no me mira. Mira la bolsa de la compra como si de pronto no supiera qué es.

— No sé de qué me hablas —dice, y su voz suena como si viniera de otro cuerpo.

— Inés Galán. Una niña de nueve años. Desapareció durante las fiestas, en 2009.

— Eso fue hace mucho tiempo.

— ¿Pero te acuerdas?

— Me acuerdo de que se perdió en la sierra. Estas montañas son traicioneras. Pasan cosas.

— ¿La conocías?

Concha cierra el cuaderno de golpe. El sonido me sobresalta.

— Elena, hija. —Su voz es tensa, controlada, como una cuerda a punto de romperse—. Llevas tres días aquí. No sabes cómo son las cosas. No preguntes por cosas que no entiendes. Te lo digo por tu bien.

Me voy.

Camino por la calle principal con la bolsa de la compra golpeándome la pierna y una certeza nueva asentándose en el estómago: no es solo que no quieran hablar de Inés. Es que no pueden. Hay algo —miedo, culpa, lealtad, qué sé yo— que les

sella la boca con una eficacia que ninguna amenaza explícita podría igualar.

Pruebo con otros. El resto de la mañana, después de clase, me dedico a pasear por el pueblo y a entablar conversaciones aparentemente casuales. Me paro a hablar con los viejos de la plaza. Me acerco a la iglesia y charlo con don Fermín, el cura, un hombre canoso y amable que lleva cuarenta años dando misa a las mismas quince personas. Me cruzo con una mujer que pasea un perro y le pregunto por la historia del pueblo.

En todas las conversaciones, en algún momento, dejo caer el nombre de Inés.

Y en todas las conversaciones, sin excepción, ocurre lo mismo.

El silencio.

No es un silencio incómodo. No es un silencio de «no me acuerdo» o «no sé de qué me hablas». Es un silencio ensayado. Perfecto. Como si todo el pueblo hubiera practicado la misma respuesta durante quince años hasta que les saliera natural.

Ojos que se desvían. Bocas que se cierran. Manos que se mueven, inquietas, buscando algo que hacer. Y después, siempre, la misma frase con variaciones mínimas: «Eso fue hace mucho. Se perdió en la sierra. Estas montañas son traicioneras.»

Montañas traicioneras. Lo repiten como un mantra, como una oración. Como si de tanto decirlo pudieran hacerlo verdad.

A las dos vuelvo a casa. Me preparo una tortilla con los huevos que he comprado y me la como de pie en la cocina, sin plato,

directamente de la sartén. Tengo un nudo en el estómago que no es hambre.

Doscientas personas. Puede que menos. Y todas, todas, callan lo mismo.

Por la tarde voy a la escuela a preparar las clases de la semana siguiente. Me siento en la mesa de Amparo —mi mesa ahora — y abro los libros de texto. Intento concentrarme en

fracciones y sintaxis, pero mi cabeza vuelve una y otra vez al cuaderno.

«Todo el pueblo lo sabe. Y todo el pueblo calla.»

Amparo tenía razón. Lo he comprobado en una mañana. No necesité más.

A las cinco, cuando ya estoy recogiendo, suena un golpe en la puerta del aula. Me giro.

Tomás.

Está en el umbral, apoyado en el marco con esa postura suya que es mitad elegancia y mitad descuido estudiado. Sonríe, pero sus ojos no sonríen.

— ¿Trabajando un viernes por la tarde? Eso es dedicación.

— O aburrimiento —digo—. En este pueblo no hay mucho que hacer.

— Hay más de lo que parece. —Entra en el aula. Camina entre los pupitres, toca el mapa de España con un dedo—. ¿Qué tal la primera semana?

— Bien. Los niños son estupendos.

— ¿Y el pueblo?

La pregunta no es casual. Nada de lo que dice Tomás es casual.

— Interesante —digo—. La gente es… reservada.

— Somos gente de campo. Cuesta abrir la puerta, pero cuando

la abrimos, la abrimos de par en par.

— Eso me han dicho. Aunque también me han dicho que hay temas de los que no se habla.

Tomás se detiene. Está junto a la ventana, de espaldas a la luz. Su cara queda en sombra.

— ¿Como cuáles?

— Como Inés Galán.

Lo digo sin pensar. Sin calcular. Se me escapa como un estornudo, y en cuanto el nombre sale de mi boca sé que he

cometido un error. No debería haber sido tan directa. No tan pronto. No con él.

El silencio de Tomás es diferente al de los demás. No es un muro. Es un abismo. Sus ojos me miran con una intensidad que me hace dar un paso atrás sin querer.

— ¿Quién te ha hablado de Inés? —Su voz es suave. Demasiado suave.

— Nadie. He leído algo en los archivos de la escuela.

— ¿Qué archivos?

— Documentación antigua. Listas de alumnos.

Mentira. Mentira pésima. Pero es lo mejor que tengo.

Tomás me mira un segundo más. Luego se relaja. La sonrisa vuelve, pero ahora sé que es una máscara. Siempre ha sido una máscara.

— Inés fue una tragedia —dice—. Se perdió en la sierra durante las fiestas. Tenía nueve años. La buscaron durante días. No la encontraron. —Pausa—. Fue hace quince años, Elena. Este pueblo ya lo ha superado.

— ¿Esperanza lo ha superado?

No sé por qué digo eso. Quizá porque me acuerdo de sus ojos de pozo, de cómo me miró la primera noche. Quizá porque estoy enfadada con este pueblo y sus silencios perfectos.

Tomás no contesta. Se acerca a la puerta.

— Elena. —Se gira—. Eres nueva. No conoces a esta gente. No conoces su historia. Hay heridas que es mejor no tocar. Por el

bien de todos.

— ¿De todos o de algunos?

La pregunta se queda suspendida en el aire entre nosotros. Tomás me mira. No con rabia. Con algo peor: con lástima.

— Ten cuidado —dice.

Y se va.

Me quedo sola en el aula. El sol de la tarde entra por la ventana y dibuja rectángulos de luz sobre los pupitres vacíos. Miro el cajón donde encontré el cuaderno. Pienso en Amparo. Pienso en su última frase.

«A la que venga después: ten cuidado. Pero no te calles.»

Ten cuidado. Me lo han dicho tres personas en una semana. La nota de Amparo, Esperanza, Tomás. Tres advertencias. Tres formas de decir lo mismo: no preguntes.

Pero hay una diferencia. Amparo también dijo otra cosa.

No te calles.

Cojo el bolso. Salgo de la escuela. El sol está cayendo y Fuente Vieja se prepara para otra noche de silencio.

Yo me preparo para otra cosa.

6

Esperanza

El sábado por la mañana alguien llama a mi puerta.

Es temprano, las ocho y pico, y todavía estoy en pijama con una taza de café en la mano y el pelo hecho un desastre. Abro esperando encontrar a Tomás, o a algún vecino con una queja sobre la nueva maestra que hace demasiadas preguntas.

Es Esperanza.

Lleva el mismo vestido negro de la primera noche, el mismo pañuelo en la cabeza, los mismos zapatos gastados. Pero hoy

hay algo diferente en ella. Una energía, una decisión, como si hubiera pasado la noche reuniendo fuerzas para esto.

— Buenos días, hija —dice—. ¿Has desayunado?

— Estaba en ello.

— Ven a mi casa. Te hago churros.

No es una invitación. Es una convocatoria. Y yo no tengo intención de rechazarla.

Me visto en tres minutos y la sigo por las calles de Fuente Vieja. El pueblo tiene otra cara por la mañana: más suave, más humana. El sol todavía está bajo y las sombras son largas. Huele a pan recién hecho —alguien lo hornea en su casa, porque aquí no hay panadería— y a jazmín de algún patio interior.

La casa de Esperanza está en la parte alta del pueblo, casi donde terminan las casas y empieza el cerro. Es una casa pequeña, de piedra, con una puerta verde y un balcón diminuto lleno de geranios rojos. Los únicos geranios rojos que he visto en Fuente Vieja.

Entramos. El interior es un viaje en el tiempo. Suelo de baldosas hidráulicas, paredes encaladas, una cocina de leña que comparte espacio con un hornillo de butano, muebles de madera oscura que llevan ahí desde antes de la guerra. Hay un crucifijo sobre la puerta, una imagen de la Virgen en una

hornacina y un calendario de 2024 colgado en la pared, abierto por septiembre.

Septiembre.

Siempre septiembre.

Y las fotos.

Hay fotos por todas partes. En las paredes, en las estanterías, en la repisa de la chimenea. Fotos de una niña. La misma niña en todas: pelo rizado, ojos enormes, sonrisa que ocupa toda la cara. En un columpio. En una playa. Con un uniforme de colegio. Soplando velas de un pastel. Fotos de cumpleaños, de Navidad, del primer día de clase.

Inés.

No necesito que me lo digan. Lo sé. La niña de las fotos es Inés Galán, y esta casa es un santuario construido con celulosa y dolor.

Esperanza me ve mirando las fotos. No dice nada. Se pone a hacer churros en la cocina con movimientos automáticos: masa, aceite, sartén. El olor es maravilloso y tristísimo al mismo tiempo.

— Siéntate, hija —dice sin girarse.

Me siento a la mesa de la cocina. Hay un hule a cuadros y un frutero con dos manzanas. Esperanza trabaja en silencio

durante unos minutos. Luego pone delante de mí un plato de churros y una taza de chocolate espeso.

Se sienta enfrente. Me mira.

— Come —dice.

Como. Los churros están perfectos. Crujientes por fuera, tiernos por dentro, con la cantidad justa de azúcar. El chocolate es denso, oscuro, casero. Me doy cuenta de que llevaba días sin comer algo que alguien hubiera preparado pensando en mí.

Esperanza no come. Me observa con esos ojos suyos que contienen todo el peso del mundo.

— Esa es Inés —dice, señalando la foto más grande, la que está sobre la chimenea. Una niña de unos ocho años con un vestido de flores, sentada en una piedra, riendo—. Mi nieta.

— Es preciosa.

— Era. —Esperanza dice la palabra como quien arranca una costra—. Era preciosa. Era lista. Era la niña más feliz del pueblo. Siempre cantando, siempre corriendo, siempre preguntando cosas. «Abuela, ¿por qué el cielo es azul? Abuela,

¿por qué los perros ladran? Abuela, ¿por qué la gente se muere?»

Se le quiebra la voz en la última pregunta. Pero no llora. Tiene los ojos secos, como si se le hubieran gastado las lágrimas hace años.

— ¿Qué pasó? —pregunto. Suave. Despacio. Como quien se acerca a un animal herido.

Esperanza me mira durante un tiempo largo. Me está evaluando. Me está midiendo. Intenta decidir si soy de fiar, si merezco la verdad, si puede confiar en alguien que lleva menos de una semana en Fuente Vieja.

— Lo que dicen —contesta por fin—. Que se perdió en la sierra.

— ¿Y es verdad?

Silencio. Esperanza mira la foto de Inés. Luego me mira a mí.

— Inés conocía estas montañas como la palma de su mano. Desde que aprendió a andar, iba con su abuelo —que en paz

descanse— a cuidar las cabras. Sabía cada sendero, cada fuente, cada cueva. Esa niña no se perdía ni queriendo.

Se me eriza el vello de los brazos.

— Entonces...

— Entonces nada. —Esperanza se levanta, recoge los platos, los lleva al fregadero—. Buscaron. No la encontraron. Caso cerrado.

— Pero usted no se lo cree.

Esperanza abre el grifo. El agua cae sobre los platos con un ruido que llena la cocina. Me da la espalda.

— Lo que yo me crea da igual, hija. Llevo quince años creyendo y no ha servido de nada.

— Amparo se lo creía —digo, y es un riesgo, lo sé. Estoy jugando una carta que no debería jugar tan pronto. Pero necesito que Esperanza confíe en mí.

Esperanza cierra el grifo. Se queda quieta, de espaldas, con las manos apoyadas en el fregadero.

— ¿Qué sabes de Amparo? —pregunta sin girarse.

— Sé que investigó. Y sé que la echaron por ello.

Ahora sí se gira. Me mira con algo que no es sorpresa —sabía que yo sabía, o lo sospechaba— sino alivio. Un alivio enorme, tembloroso, que le transforma la cara.

— Amparo era la única persona decente de este pueblo —dice —. La única que tuvo huevos de preguntar. Y mira cómo

acabó.

— ¿Cómo acabó, Esperanza? ¿De verdad fue una crisis nerviosa?

Esperanza se sienta de nuevo. Pone las manos sobre la mesa. Son manos viejas, nudosas, fuertes, manos que han trabajado la tierra y amasado pan y acunado niños. Manos que llevan quince años vacías.

— La volvieron loca —dice, y su voz tiembla por primera vez —. No hacía falta pegarle. No hacía falta amenazarla abiertamente. Solo hacía falta el silencio. Que nadie la mirara a la cara. Que nadie le hablara en la tienda. Que nadie le abriera la puerta. Treinta años aquí y de repente era una extraña. Una apestada. Eso la rompió.

— ¿Quién lo organizó?

— ¿Quién crees? —Esperanza suelta una risa amarga, seca, sin nada de humor—. Los mismos de siempre. Los que mandan. Los que siempre han mandado.

No dice el nombre. No hace falta.

— Ven —dice de pronto. Se levanta—. Quiero enseñarte una cosa.

La sigo por un pasillo estrecho hasta una puerta cerrada. Esperanza saca una llave del bolsillo —esta mujer lleva llaves

en los bolsillos del vestido como quien lleva caramelos— y abre.

La habitación de Inés.

Es una habitación pequeña, con una cama individual, un escritorio, una estantería con libros y peluches. Las paredes están pintadas de amarillo. Hay un póster de Hannah Montana y un dibujo infantil enmarcado: una casa, un sol, una niña con pelo rizado y un perro. Debajo, con letra de niña: «Mi casa y yo. Inés, 8 años.»

Todo está exactamente como estaba hace quince años. La cama hecha, las zapatillas junto a la mesilla, un cuaderno de deberes abierto por una página de matemáticas. Esperanza limpia esta habitación todas las semanas. Cambia las sábanas. Airea los peluches. Mantiene viva a una niña que no va a volver.

Se me cierra la garganta.

— Esperanza...

— Era la niña más feliz del pueblo —repite, y ahora sí le tiembla la voz, ahora sí hay humedad en esos ojos de pozo—. Y un día no estaba. Y nadie me dijo la verdad. Quince años,

Elena. Quince años esperando que alguien tenga el valor de decirme dónde está mi nieta.

No puedo hablar. Miro la habitación, los peluches, el dibujo, las zapatillas. Nueve años. Inés tenía nueve años y le gustaba dibujar y tenía un perro y hacía deberes de matemáticas.

— ¿Qué cree que pasó? —pregunto, y mi voz suena ronca, ajena.

Esperanza me mira. Sus ojos, ahora húmedos, tienen una claridad terrible.

— No creo, hija. Sé. Sé que mi nieta fue a jugar a la dehesa de los Palacios esa noche, con otros niños. Sé que había un pozo

abierto. Y sé que después de esa noche, taparon el pozo y nunca encontraron a mi nieta.

Lo dice sin rabia. Lo dice con la calma de quien ha repetido estas palabras en su cabeza miles de veces, en la oscuridad de su dormitorio, en el silencio de este pueblo cobarde.

— ¿Se lo dijo a la Guardia Civil?

— Cien veces. Me dijeron que no había pruebas. Que la búsqueda se había hecho correctamente. Que las montañas son traicioneras.

Las montañas son traicioneras. Otra vez.

— ¿Y Amparo?

— Amparo fue la primera que me escuchó. La primera en treinta años que me miró a los ojos y dijo: «Tiene usted razón, Esperanza. Aquí pasa algo.»

Salimos de la habitación. Esperanza cierra con llave. Me acompaña a la puerta de su casa.

— Ten cuidado, Elena —dice, y me coge la mano con las suyas. Sus manos son cálidas, ásperas, fuertes—. Este pueblo parece manso, pero muerde. Ya lo has visto con Amparo.

— No me voy a callar —digo, y me sorprende la firmeza de mi propia voz.

Esperanza me aprieta la mano. En sus ojos hay algo que no

había antes: esperanza. La ironía de su nombre hecha carne.

— Ten cuidado —repite—. Pero no te calles.

Las mismas palabras que Amparo. Exactamente las mismas.

Bajo por las calles de Fuente Vieja con el corazón a mil y el estómago lleno de churros y determinación. Detrás de mí, en una casa pequeña de piedra con geranios rojos, una mujer de setenta y dos años cierra la puerta de la habitación de su nieta desaparecida y se sienta a esperar.

Como lleva haciendo quince años.

Como hará hasta que alguien le dé una respuesta.

7

Bienvenida

El lunes, Rodrigo viene a la escuela.

No avisa. No llama. Simplemente aparece en la puerta del aula a las diez de la mañana, cuando estoy explicando las partes de una planta a los pequeños mientras los mayores hacen un ejercicio de comprensión lectora. Llama con los nudillos al marco de la puerta —toc, toc, dos golpes secos, de dueño— y entra sin esperar respuesta.

— Buenos días, niños.

Los niños se ponen de pie. Todos. De golpe. Como resortes. Incluso Lucía, que no se ha puesto de pie por nadie desde que llegué. Es un acto reflejo, una obediencia grabada en el cuerpo.

— Buenos días, don Rodrigo —dicen al unísono.

No es una respuesta espontánea. Es un ritual. Lo han hecho antes, muchas veces. Y ese detalle —esa coreografía perfecta entre un hombre de setenta y siete años y nueve niños— me

produce un escalofrío que no tiene que ver con la temperatura.

— Sentaos, sentaos. —Rodrigo sonríe. Lleva una chaqueta de tweed sobre la camisa, como si viniera a una reunión de padres en un colegio inglés y no a una escuela unitaria en la España profunda—. Solo vengo a saludar a vuestra maestra.

Me mira. Esa mirada suya que es un balance contable, un inventario, un juicio.

— Elena, ¿tienes un momento?

No es una pregunta.

— Niños, seguid con el ejercicio. Ahora vuelvo.

Salimos al pasillo. Rodrigo cierra la puerta del aula detrás de él. El gesto es deliberado: quiere que estemos solos.

El pasillo es estrecho, con las paredes llenas de dibujos infantiles que ahora me parecen máscaras. Rodrigo se queda de pie, las manos en los bolsillos, la espalda recta. Tiene la

presencia física de un hombre acostumbrado a que los espacios se adapten a él.

— ¿Cómo vas? —pregunta, y su tono es paternal, cálido, el de un abuelo preocupado.

— Bien. Los niños son geniales.

— Lo son. —Asiente—. Este pueblo tiene esa suerte. Pocos niños, pero buenos. Sanos. Criados al aire libre, con valores. No como en las ciudades.

— Sí, se nota.

Rodrigo sonríe. Pausa. La sonrisa permanece pero los ojos cambian. Es como ver a alguien ponerse una máscara diferente sin quitarse la anterior.

— Elena, quiero hablarte con franqueza. —Da un paso hacia mí. No amenazante. Peor: confidencial—. Este pueblo es pequeño. La gente habla. Y me han dicho que has estado haciendo preguntas.

— Preguntas.

— Sobre cosas del pasado. Cosas que no tienen que ver con tu trabajo.

Me sostengo. No retrocedo. Pero el corazón me late con fuerza.

— Solo intento conocer el pueblo. Integrarme.

— Y eso está bien. Eso está muy bien. —Rodrigo asiente como un profesor que aprueba la respuesta de un alumno—. Pero hay formas de conocer un pueblo. La buena es sentarte en el bar, tomar cañas, ir a misa los domingos, acompañar a los

viejos al médico. La mala es hurgar en cosas que pasaron hace mucho tiempo y que no son asunto tuyo.

La frase cae entre nosotros como un ladrillo.

— No pretendía hurgar en nada —digo, y me odio por sonar sumisa. Pero estoy en un pasillo estrecho con un hombre que pesa el doble que yo y que controla cada aspecto de este pueblo, y mi instinto de supervivencia funciona mejor que mi orgullo.

— Lo sé, lo sé. —Rodrigo levanta las manos en un gesto conciliador—. Eres joven, eres curiosa, acabas de llegar. Es normal. Pero déjame darte un consejo.

Se acerca. Huelo su colonia —algo caro, amaderado, incongruente con la chaqueta de tweed y las botas de campo — y el tabaco de su ropa.

— Este pueblo ha pasado por cosas difíciles. Como todos los pueblos. Pero hemos salido adelante. Juntos. Cuidándonos los

unos a los otros. Y lo que nos mantiene unidos es que sabemos qué cosas hay que dejar en paz.

Me mira. Sus ojos claros son como agua fría.

— Tú eres la maestra. Tu trabajo es enseñar a esos niños. Nada más. Y si te centras en eso, serás muy feliz aquí. Te lo garantizo.

— ¿Y si no me centro en eso?

No sé de dónde sale la pregunta. De algún rincón estúpido y valiente de mi cerebro que no ha aprendido a callarse.

Rodrigo parpadea. Lento. Una vez. Es la primera vez que lo veo descolocado. Dura un instante. Luego la sonrisa vuelve, más amplia, más generosa, más falsa.

— No tiene sentido hablar de eso, ¿verdad? Porque tú eres una chica lista. Y las chicas listas saben cuándo dejar las cosas en paz.

Me pone la mano en el hombro. Es un gesto que pretende ser paternal pero que es otra cosa. Propiedad. Marca territorial.

— Bienvenida a Fuente Vieja, Elena. De verdad. Espero que te quedes mucho tiempo.

Se va. Sus pasos resuenan en el pasillo de terrazo, firmes, seguros, de hombre que nunca duda. La puerta de la escuela se

abre y se cierra. Me quedo sola con los dibujos infantiles y el olor a su colonia.

Tardo un minuto en volver al aula. Necesito ese minuto para que me dejen de temblar las manos.

Cuando entro, los niños me miran con expresiones variadas. Los pequeños ni se han enterado. Los medianos parecen incómodos. Lucía me mira con algo que parece compasión.

— ¿Estás bien, seño? —dice Hugo.

— Perfectamente. —Sonrío. La sonrisa más difícil de mi vida —. Venga, ¿quién me dice las partes de una planta?

La mañana continúa. Doy clase con el piloto automático puesto mientras mi cabeza procesa lo que acaba de pasar. Rodrigo sabe que estoy preguntando. Sabe lo del cuaderno —o lo sospecha, lo que es peor, porque las sospechas no tienen límite—. Y ha venido a decírmelo. No con una amenaza directa. Con algo más efectivo: una advertencia envuelta en bienvenida, una amenaza disfrazada de consejo.

«Si te centras en eso, serás muy feliz aquí. Te lo garantizo.»

Lo que no ha dicho es qué pasa si no me centro. No ha hecho falta. El vacío de la frase es más elocuente que cualquier palabra.

A la hora de comer, cuando los niños se han ido, me quedo sola en el aula. Saco el cuaderno de Amparo del bolso —ahora

lo llevo encima siempre, no me fío de dejarlo en casa— y busco la última entrada.

«A la que venga después: ten cuidado. Pero no te calles.»

Rodrigo quiere que me calle. Amparo quiere que hable. Esperanza quiere saber la verdad. Tomás quiere que no toque las heridas. Celia quiere… no sé lo que Celia quiere. Todavía.

Y yo, ¿qué quiero yo?

Quiero entender. Quiero saber qué le pasó a una niña de nueve años hace quince años. Quiero saber por qué un pueblo entero vive de rodillas ante un viejo con chaqueta de tweed. Quiero

saber si debajo de esa losa de hormigón hay lo que Amparo creía que había.

Quiero la verdad. Es lo único que siempre he querido y lo único que siempre me ha causado problemas.

Guardo el cuaderno. Cierro la escuela.

Al salir, me cruzo con Lucía. Está sentada en un banco del patio, sola, con el móvil en la mano. Me mira.

— Seño.

— Dime.

— ¿Es verdad que don Rodrigo ha venido a decirte que no hagas preguntas?

Me quedo helada.

— ¿Cómo sabes eso?

Lucía se encoge de hombros.

— Aquí se sabe todo. —Pausa—. También fue a ver a Amparo. Varias veces. Y un día Amparo ya no estaba.

Me mira con sus ojos de trece años que saben demasiado.

— Ten cuidado, seño.

Otra vez. La misma frase. Como un estribillo de una canción que no he elegido cantar.

— Tú también, Lucía.

Se levanta, se mete las manos en los bolsillos y se va calle abajo sin mirar atrás. La miro irse. Trece años en este pueblo.

Trece años oyendo silencios, aprendiendo a callar, creciendo entre mentiras que todos fingen creer.

Estos niños se merecen algo mejor. Este pueblo se merece algo mejor.

Vuelvo a casa. Enciendo la luz de la cocina. Me sirvo un vaso de agua y me lo bebo de un trago.

Rodrigo sabe que estoy preguntando. Bien.

Que lo sepa.

8

Círculos rojos

Llueve.

Es la primera lluvia desde que llegué a Fuente Vieja y cambia el pueblo por completo. Las calles de piedra se oscurecen, las casas parecen encogerse, el cielo baja hasta casi tocar los tejados. El agua suena contra los cristales con una insistencia que es casi conversación. Como si la lluvia tuviera algo que decir.

Es miércoles por la noche. Llevo diez días en el pueblo. Los niños empiezan a confiar en mí: Hugo me regala un dibujo cada día, las gemelas me guardan sitio en el banco del patio, Marcos me cuenta chistes que no tienen gracia pero me hacen reír, y hasta Lucía ha dejado de mirarme con hostilidad para pasar a una especie de curiosidad vigilante. Son buenos niños. Son mi trabajo. Son la razón por la que estoy aquí.

Pero no son la única razón. Ya no.

Estoy en la cama con el cuaderno de Amparo. Lo he leído entero tres veces. La primera por curiosidad, la segunda por

necesidad, la tercera por obsesión. Ahora lo estudio. Busco patrones, conexiones, detalles que se me hayan escapado.

Las páginas centrales del cuaderno son las más densas. Amparo las escribió entre mayo y julio de 2024, cuando su investigación estaba en pleno apogeo. Son listas. Mapas. Esquemas con flechas.

La primera lista se titula «Familias en la fiesta, 12 de septiembre de 2009». Nombres y más nombres, organizados por grupos. Amparo debió de reconstruir la noche entera, persona por persona, preguntando quién estaba dónde y a qué hora.

Los Palacios aparecen en todas partes.

Rodrigo: «En la plaza a las 20:00. Discurso como alcalde. Después en la caseta del ayuntamiento hasta las 23:00 aprox. ¿O no?»

Tomás: «25 años entonces. Visto en la verbena. Varias personas lo sitúan cerca de la barra del bar sobre las 21:00. Después… nadie lo recuerda con certeza.»

Junto al nombre de la familia Palacios, Amparo ha dibujado un círculo rojo. Grueso. Apretado. Como una diana.

La segunda lista es un mapa. Amparo ha dibujado —con una habilidad sorprendente para una maestra de primaria— un plano del pueblo y sus alrededores. La plaza, las calles principales, la escuela, la iglesia, el bar. Y al norte, subiendo

por el cerro, la dehesa de los Palacios. El cortijo. Y, marcado con otro círculo rojo, grueso, rabioso, el pozo.

Junto al dibujo del pozo, una nota:

«Pozo antiguo. Piedra. Profundidad estimada: 15-20 metros. Agua hasta 2005 aprox., después seco. SIN PROTECCIÓN en 2009. Cubierto con losa de hormigón en octubre 2009. Motivo oficial: seguridad. Solicitud: Rodrigo Palacios. Ejecutor:

empresa de Cáceres (¿cuál? buscar factura). ¿POR QUÉ TANTA PRISA?»

Paso la página. Más círculos rojos. Amparo ha marcado a las personas que, según sus fuentes, vieron a Inés por última vez.

«Fuente A: Inés estaba en la plaza sobre las 20:00. Jugando con otros niños. Corrían entre las casetas.»

«Fuente B: Sobre las 20:30, un grupo de niños subió hacia la dehesa. "A jugar a la finca." Eran 5 o 6. Inés iba con ellos.»

«Fuente C (CLAVE): Los niños fueron al cortijo. Estaban solos. Los adultos en la verbena. Jugaban al escondite entre los árboles, las cuadras, la era. CERCA DEL POZO.»

La siguiente página tiene una sola línea:

«¿Qué pasó en el pozo?»

Y debajo, con letra temblorosa:

«Nadie quiere decírmelo. Pero todos lo saben.»

Me incorporo en la cama. La lluvia arrecia contra la ventana. Abro la siguiente sección del cuaderno, la que Amparo tituló «Después».

Es la cronología de lo que pasó tras la desaparición de Inés.

«12 sept, ~22:00: Se da la alarma. Carmen (madre de Inés) la busca. No la encuentra.

12 sept, ~22:30: Rodrigo Palacios ORGANIZA la primera batida. Elige las zonas de búsqueda. DIRIGE A LOS GRUPOS

HACIA LA SIERRA ESTE. La dehesa NO se registra esa noche.

13 sept, 01:00: Llega la Guardia Civil. Se suman a la búsqueda. Rodrigo GUÍA a los agentes. Les dice dónde buscar.

13-22 sept: Búsqueda en la sierra. Voluntarios de pueblos cercanos. Perros. Helicóptero un día. NADA.

Oct 2009: Se cierra la búsqueda activa. Caso sin resolver. Inés está en alguna parte de la sierra, dicen.

Oct 2009: Rodrigo solicita cubrir el pozo del cortijo. Se ejecuta en una semana. ¿Urgencia?

Nov 2009: Carmen, madre de Inés, se va del pueblo. Se instala en Cáceres. Nunca vuelve.

Dic 2009: Esperanza se queda. Sola. Con las fotos y la habitación y la espera.»

Cierro el cuaderno. Lo cierro de verdad, con la goma elástica, como si pudiera contener lo que hay dentro.

Lo que Amparo describe es un encubrimiento. Metódico, organizado, ejecutado por un hombre con poder suficiente para dirigir una búsqueda en la dirección equivocada, para

intimidar a un pueblo entero, para tapar un pozo un mes después de que una niña desapareciera.

Rodrigo Palacios no buscó a Inés. La escondió.

Pero hay algo que no encaja. Algo que Amparo tampoco resolvió, porque vuelve a ello una y otra vez en las últimas páginas:

«¿Por qué callan TODOS? No solo los Palacios. TODOS. ¿Miedo? ¿Lealtad? ¿Vergüenza? ¿COMPLICIDAD?»

Es la pregunta que me ronda la cabeza desde hace días. Entiendo que Rodrigo cubriera lo que pasó. Entiendo que su familia callara. Pero doscientas personas. ¿Cómo se consigue que doscientas personas callen durante quince años?

Solo hay dos respuestas posibles. Una: el miedo. Rodrigo tiene poder económico, político, social. La dehesa emplea a la mitad del pueblo. El ayuntamiento controla el resto. Si Rodrigo dice «callad», callan.

Dos: la culpa. No fue solo cosa de los Palacios. Fue cosa de todos. Todos los adultos dejaron a los niños sin vigilancia esa noche. Todos fueron al pozo después —o se enteraron— y decidieron no hablar. Es un secreto compartido, una culpa colectiva, un pacto de sangre sellado con el silencio.

Quizá las dos cosas. Quizá el miedo y la culpa son la misma cosa en un pueblo como este.

Me levanto. Voy a la cocina. Me preparo otra manzanilla porque no hay nada más fuerte en esta casa. Miro por la

ventana: la lluvia cae vertical, densa, sobre las calles vacías. El pueblo está oscuro excepto por alguna ventana lejana.

¿Quién está despierto a esta hora en Fuente Vieja? ¿Quién más no puede dormir?

Vuelvo al cuaderno. Busco las últimas páginas, las que ya he leído pero necesito releer. La letra de Amparo aquí es casi ininteligible, escrita con prisa, con miedo.

«El pozo. Siempre vuelvo al pozo. Tengo que ir. Tengo que ver qué hay debajo de esa losa. Pero no puedo ir sola. No me atrevo.»

«He pedido a * que me acompañe. Ha dicho que no. Ha dicho que ni loca. Ha dicho que deje las cosas como están. ¿Es que nadie entiende que hay una niña debajo de ese hormigón?»

«Quizá ya no hay nada. Quizá la movieron. ¿Cuándo? ¿Adónde? Si la movieron, alguien tuvo que ayudar. Rodrigo no podría solo. ¿Tomás? ¿Quién más?»

Y la última entrada antes de la despedida, escrita con mayúsculas:

«PREGUNTAR A LOS NIÑOS. LOS NIÑOS QUE ESTABAN CON INÉS ESA NOCHE. YA SON ADULTOS. UNO DE ELLOS TIENE QUE HABLAR. UNO DE ELLOS TIENE QUE TENER REMORDIMIENTOS.»

Los niños que estaban con Inés.

Eso es lo que Amparo no pudo hacer. Lo que le faltó tiempo —o le quitaron el tiempo— para hacer. Encontrar a los otros

niños que subieron a la dehesa aquella noche. Los que jugaban al escondite cerca del pozo. Los que vieron lo que pasó.

Esos niños tienen ahora veintipocos, veinticinco años como mucho. Si siguen en el pueblo... pero no. Celia dijo que es la única menor de cincuenta que queda. Los demás se fueron.

¿O los echaron? ¿O no pudieron soportar el peso de lo que sabían?

Paso las páginas hasta el mapa que Amparo dibujó. La dehesa, el cortijo, el pozo con su círculo rojo. Miro el punto donde debería estar el pozo y recuerdo algo. Tomás me llevó a la dehesa el primer día. Me enseñó la finca, las vacas, la casa. Y yo vi algo.

Lo vi sin saber qué miraba.

Una losa de hormigón, gris, rectangular, fuera de lugar entre la hierba dorada y las encinas centenarias. Parecía un error de diseño, un parche industrial en un paisaje antiguo. Pregunté qué era. Tomás dijo: «Un pozo seco.»

Un pozo seco tapado con hormigón.

La pregunta de Amparo, subrayada tres veces: «¿Qué hay debajo de esa losa?»

La lluvia golpea los cristales. El reloj de la cocina marca las tres de la mañana. Estoy de pie en una casa que no es mía, en

un pueblo que no es el mío, con el cuaderno de una mujer a la que destruyeron por hacer preguntas.

Y estoy haciendo exactamente lo mismo que ella.

La diferencia es que yo lo sé. Sé lo que le pasó a Amparo. Sé cómo funcionan. Sé que vendrán a por mí si sigo. Y sé que no me voy a detener.

Porque hay una niña de nueve años a la que nadie ha buscado de verdad. Y alguien tiene que hacerlo.

Guardo el cuaderno debajo del colchón. Me meto en la cama. Cierro los ojos.

La lluvia sigue cayendo sobre Fuente Vieja, lavando las calles, las fachadas, los tejados. Pero hay cosas que la lluvia no lava. Hay manchas que llevan quince años secándose bajo una losa de hormigón.

Mañana iré al bar. Hablaré con Celia. Y esta vez no aceptaré evasivas.

9

Todo el mundo sabe

Jueves. Nueve de la noche. El bar La Encina.

Celia está cerrando. Los últimos parroquianos —dos hombres mayores que llevan jugando al dominó desde las seis— se levantan con la lentitud de quien no tiene prisa por llegar a ningún sitio, dejan las monedas sobre la mesa y salen arrastrando los pies. Celia recoge las fichas, limpia la mesa, echa la persiana del escaparate a medias.

— ¿Sigues aquí? —me dice sin girarse.

Estoy sentada en el último taburete de la barra, con una cerveza a la que apenas le he dado tres tragos. Llevo una hora esperando a que se vaya todo el mundo.

— Necesito hablar contigo.

Celia se detiene. Me mira. Hay algo en su cara —no es sorpresa, es reconocimiento, como si llevara esperando esta

conversación desde el día que llegué— que me confirma lo que ya sabía: Celia sabe más de lo que dice.

— Joder, Elena —murmura. Coge una botella de vino tinto de debajo de la barra, sin etiqueta, vino del pueblo, y sirve dos vasos—. Venga. Pero aquí no.

Me lleva a la trastienda. Es un cuarto pequeño detrás de la barra, con cajas de refrescos apiladas, un frigorífico industrial y una mesa de plástico con dos sillas. Huele a cerveza vieja y a

fregona. Celia cierra la puerta, echa el pestillo —el pestillo, me fijo— y se sienta.

— Tú dirás.

Bebo un trago de vino. Es áspero, fuerte, con un regusto a tierra que me seca la lengua. Perfecto para esta conversación.

— Inés Galán —digo.

Celia no reacciona. Bebe vino. Me mira por encima del borde del vaso.

— ¿Qué pasa con Inés?

— Que sé que no se perdió en la sierra. Que sé que algo le pasó en la dehesa de los Palacios. Y que sé que todo el pueblo lo sabe y nadie habla.

Silencio. Celia deja el vaso en la mesa. Se frota la cara con las dos manos, un gesto de agotamiento que la envejece diez años.

— ¿Quién te lo ha dicho? ¿Esperanza?

— No solo Esperanza. Amparo dejó un cuaderno.

— Hostia. —Celia cierra los ojos—. El puto cuaderno. Sabía que existía. Sabía que Amparo estaba apuntando cosas. Le dije que tuviera cuidado. Le dije...

Se calla. Abre los ojos. Están húmedos.

— ¿Sabías lo que investigaba?

— Todo el mundo lo sabía, Elena. En este pueblo no puedes rascarte la nariz sin que se enteren. Cuando Amparo empezó a

preguntar, fue como tirar una piedra a un avispero. La gente se puso nerviosa. Rodrigo se puso... —busca la palabra— severo.

— ¿Severo cómo?

— Severo como solo sabe ser un Palacios. No hace falta que te amenace con un cuchillo. Le basta con mirarte. Con dejar de hablarte. Con que la tienda no te venda pan, el fontanero no te arregle la tubería y el médico no te atienda cuando te duele la espalda. Así funciona esto. Es un asedio silencioso. Te aíslan hasta que te rompes o te vas.

— Y Amparo se rompió.

— Amparo no se rompió. —La voz de Celia se endurece—. A Amparo la rompieron. Que no es lo mismo.

Bebo más vino. Necesito el calor que baja por la garganta, la anestesia sutil que se instala en el pecho.

— Celia, ¿qué pasó con Inés?

Celia me mira fijamente. Durante un tiempo largo. Puedo ver la batalla que se libra detrás de sus ojos: el deseo de hablar contra el miedo a las consecuencias, la decencia contra la prudencia, la verdad contra la supervivencia.

— No sé los detalles —dice por fin, y su voz es baja, casi un susurro, como si las paredes de la trastienda tuvieran oídos—.

Nadie sabe los detalles exactos excepto los que estuvieron allí. Pero sé lo mismo que sabe todo el mundo.

— ¿Y qué sabe todo el mundo?

Celia se sirve más vino. Se lo bebe de un trago. Se sirve otro.

— Que Inés fue a jugar a la dehesa esa noche. Que había un grupo de críos. Que el pozo del cortijo estaba abierto. Y que después de esa noche, Inés no apareció y el pozo se tapó.

Lo dice rápido, como arrancándose una venda.

— ¿El pozo?

— El pozo, Elena. El puto pozo de los Palacios. —Celia habla con los dientes apretados—. Todo el mundo sabe que esa niña cayó al pozo. Todo el pueblo. Desde el primero hasta el último. Y nadie ha dicho una puta palabra en quince años.

Ahí está. Dicho en voz alta, sin eufemismos, sin metáforas. Una niña cayó a un pozo. Y un pueblo entero lo tapó. Literalmente.

— ¿Fue un accidente?

— Claro que fue un accidente. —Celia me mira como si la pregunta fuera absurda—. Eran críos jugando sin vigilancia. El pozo estaba abierto. Inés cayó. Esas cosas pasan.

— Entonces, ¿por qué taparlo? ¿Por qué no llamar a una ambulancia, a los bomberos?

— Porque cuando llegaron los adultos —cuando Rodrigo llegó—, Inés ya estaba muerta. O eso dicen. Y Rodrigo...

Rodrigo decidió que era mejor para todos que aquello no hubiera pasado.

— ¿Mejor para todos?

— Mejor para los Palacios. —Celia suelta una risa amarga—. Si se descubría que una niña había muerto en su finca, en su pozo, sin vigilancia, durante las fiestas que ellos organizaban... El escándalo. Las responsabilidades. Los juicios. Rodrigo no podía permitirlo. Así que hizo lo que ha hecho siempre: controlar la narrativa.

— Movió el cuerpo.

No es una pregunta. Es la conclusión lógica de todo lo que he leído y escuchado.

Celia no contesta. Pero no lo niega. Mira el vino en su vaso como si contuviera respuestas.

— ¿Adónde? —pregunto.

— Eso no lo sé. —Levanta la mano—. De verdad, Elena, eso no lo sé. Yo tenía diecinueve años cuando pasó. Estaba en la verbena, como todos. Me enteré después, como todos. Los mayores se encargaron.

— ¿Y nadie protestó? ¿Nadie dijo que había que llamar a la policía?

Celia me mira con una paciencia triste.

— Elena, tú vienes de Madrid. En Madrid, si pasa algo, llamas al 112 y en diez minutos tienes un coche patrulla en la puerta. Aquí la Guardia Civil está a cuarenta minutos. El hospital más cercano a una hora. Y Rodrigo Palacios es el alcalde, el

terrateniente, el jefe, el padre, el dios de este pueblo. Si Rodrigo dice que la niña se perdió en la sierra, la niña se perdió en la sierra. Punto.

— Eso no justifica…

— No, no justifica. —Celia golpea la mesa con la palma abierta. El sonido me sobresalta—. No justifica una mierda. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que duermo bien? ¿Crees que alguno de nosotros duerme bien?

Se le quiebra la voz. Se tapa la cara con las manos. Respira hondo. Una vez. Dos veces.

— Perdona —dice.

— No tienes que pedirme perdón.

— Sí que tengo. —Se descubre la cara. Tiene los ojos rojos—. Porque yo también callé. Yo también me quedé aquí, abrí mi bar, serví cañas a los mismos hijos de puta que taparon el pozo, y no dije nada. ¿Sabes por qué?

— Miedo.

— Miedo, sí. Y algo peor que el miedo: comodidad. Es cómodo no saber, Elena. Es cómodo vivir tu vida sin preguntar, sin remover, sin mirar debajo de las piedras. Te levantas, abres el bar, fríes las croquetas, pones las cañas y finges que vives en

un pueblo normal. Y si un día te acuerdas de la niña del pozo, te tomas una pastilla y a dormir.

Se me encoge el estómago.

— Todo el mundo sabe —digo.

— Todo el mundo sabe —repite Celia—. Todo el mundo sabe y nadie habla. Esa es la maldición de Fuente Vieja, Elena. No es un secreto. Es un pacto. Un puto pacto de silencio que nos tiene a todos cogidos por los huevos.

Nos quedamos calladas un momento. El frigorífico zumba. Fuera, el pueblo duerme. O finge.

— ¿Y ahora qué? —dice Celia—. ¿Qué vas a hacer con todo esto?

— No lo sé —admito—. Pero no me voy a callar.

— Eso dijo Amparo.

— Lo sé.

Celia me mira. Hay miedo en sus ojos, pero también algo más. Admiración, quizá. O envidia. La envidia de quien quiso ser valiente y no pudo.

— Ten cuidado, Elena. De verdad. —Se inclina hacia mí—. Rodrigo es viejo, pero no es tonto. Y Tomás... Tomás es peor

que su padre. Porque Tomás es inteligente y tiene encanto y sabe exactamente cuándo sonreír y cuándo apretar.

— ¿Tomás sabe la verdad?

— Tomás tenía veinticinco años cuando pasó. Estaba allí. ¿Tú qué crees?

Pienso en Tomás. En su sonrisa fácil, en sus ojos cálidos, en su mano estrechando la mía un segundo más de lo necesario. En cómo dijo «un pozo seco» mirando hacia otro lado.

— Celia, si pudiera demostrarlo... Si pudiera abrir ese pozo...

— No puedes. —Celia niega con la cabeza—. La finca es propiedad privada. Necesitarías una orden judicial. Y para una orden judicial necesitas pruebas. Y las pruebas están debajo de

una losa de hormigón en una finca privada a la que no puedes acceder. Es un círculo perfecto.

— Tiene que haber otra forma.

— Si la hay, Amparo no la encontró. Y mira cómo acabó.

Salimos de la trastienda. Celia echa la persiana del todo, cierra con llave. Nos quedamos en la calle, bajo la luz amarillenta de la única farola de la plaza.

— Elena.

— Dime.

— Si necesitas algo… si pasa algo… ven al bar. De día, de noche, cuando sea. Estaré aquí.

No dice «te ayudaré». No dice «estaré de tu lado». Dice «estaré aquí». Es todo lo que puede ofrecer, y lo acepto.

— Gracias, Celia.

Se encoge de hombros. Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

— No me des las gracias. Dame una razón para no sentirme una cobarde.

Se va calle abajo, con la espalda encorvada y el paso rápido de quien quiere llegar a casa antes de que la oscuridad la alcance.

Me quedo en la plaza. Sola. La farola zumba sobre mi cabeza. Las estrellas están ahí arriba, miles de ellas, más de las que he

visto en mi vida. En Madrid no hay estrellas. En Fuente Vieja no hay otra cosa.

Todo el mundo sabe.

Todo el mundo calla.

Y yo estoy aquí, en medio de un silencio de quince años, con un cuaderno azul en el bolso y una certeza que me quema por dentro.

La verdad está ahí. Debajo de una losa de hormigón, en una dehesa custodiada por un viejo con ojos de hielo y un hijo con sonrisa de lobo.

Solo tengo que encontrar la manera de llegar a ella.

10

La dehesa

Tomás me llama el sábado por la mañana.

— Elena, hace un día estupendo. ¿Te apetece dar un paseo por la dehesa? Te enseño la finca como es debido.

Su voz suena ligera, despreocupada, como si fuera un vecino amable invitando a la chica nueva a conocer el paisaje. Pero yo ya no me creo la ligereza de Tomás. Después de lo que Celia me contó, cada una de sus palabras suena a cálculo.

Digo que sí.

Digo que sí porque necesito volver a ver el pozo. Necesito medirlo con otros ojos, con los ojos de alguien que sabe lo que hay debajo. Y porque Tomás, a pesar de todo —o precisamente por todo—, es mi mejor acceso a esa finca.

Pasa a recogerme a las diez. Lleva vaqueros, botas, una camiseta gris que le queda bien y gafas de sol. El todoterreno

está limpio, con olor a cuero. Me abre la puerta. Es educado. Es encantador. Es hijo de su padre.

Subimos por el camino de tierra hacia la dehesa. Las encinas proyectan sombras largas sobre el pasto, que empieza a amarillear después del verano. Las vacas negras se mueven con esa lentitud suya que parece filosofía. El cielo es de un azul agresivo, sin una nube, el azul de Extremadura que no se parece al de ningún otro sitio.

— Bonito, ¿eh? —dice Tomás.

— Mucho.

— Esto fue lo que me hizo quedarme. —Conduce con una mano en el volante, la otra apoyada en la ventanilla—. Estudié Empresariales en Salamanca. Podría haberme quedado allí, o irme a Madrid, o a donde fuera. Pero volví. Por esto.

— ¿Solo por el paisaje?

Me mira de reojo. Sonríe.

— Por el paisaje, por la tierra, por la gente. Por la responsabilidad. Mi padre construyó algo aquí. Alguien tiene que mantenerlo.

Responsabilidad. La palabra suena distinta después de saber lo que sé. La responsabilidad de Tomás incluye mantener un

secreto de quince años, un pacto de silencio que aplasta a un pueblo entero.

Aparcamos junto al cortijo. La casa de piedra con su porche, el jardín cuidado, los establos al fondo. Todo impecable. Todo controlado.

— ¿Paseamos? —dice Tomás.

Caminamos por la dehesa. Me cuenta cosas: la historia de la finca, las razas de ganado, los alcornoques y el corcho, las aves que anidan en primavera. Habla bien, con conocimiento, con pasión. Es fácil escucharlo. Es fácil olvidar quién es su padre y qué hizo.

Pero yo no estoy aquí para olvidar.

Mientras caminamos, busco el pozo con los ojos. Amparo lo dibujó en su mapa: al norte del cortijo, a unos cien metros, junto a lo que era la huerta antigua. Miro en esa dirección. Veo encinas, hierba, una valla de piedra medio derruida. Y ahí, detrás de la valla, la losa.

Rectangular. Gris. Hormigón. Fuera de lugar entre la tierra ocre y la hierba dorada, como un parche de otro mundo. Es

más grande de lo que recordaba: metro y medio por metro y medio, quizá más. Gruesa. Pesada.

Hecha para que nadie la mueva.

— Tomás —digo, con toda la naturalidad que soy capaz de fingir—, ¿qué hay ahí?

Señalo la losa. Tomás sigue mi dedo. Su expresión no cambia, pero algo se tensa en su mandíbula. Un músculo diminuto. Lo veo porque lo estoy buscando.

— El pozo viejo. Ya te lo enseñé el otro día, ¿no?

— Sí, pero no me acerqué. ¿Podemos verlo?

— No hay mucho que ver. Es un pozo tapado.

— Me gustan los pozos viejos. —Sonrío. La sonrisa más inocente de mi repertorio—. En Madrid no tenemos de eso.

Tomás duda. Lo veo dudar, y esa duda vale más que cualquier confesión. Un hombre que no tiene nada que esconder no duda cuando le piden ver un pozo viejo.

— Claro —dice. La sonrisa vuelve—. Vamos.

Nos acercamos. La losa está rodeada de hierba alta que crece a sus bordes. No hay inscripción, ni marca, ni nada que indique qué es. Solo hormigón. Bruto, gris, funcional.

Me agacho. Paso la mano por la superficie. Está caliente del sol, áspera, con pequeñas grietas donde la intemperie ha hecho su trabajo. Los bordes están sellados con más

hormigón, como si alguien hubiera querido asegurarse de que ni el agua ni el aire pudieran pasar.

— ¿Cuándo lo taparon? —pregunto, todavía agachada.

— Hace años. Se secó el agua y mi padre decidió taparlo. Por seguridad. Los niños jugaban por aquí.

Los niños jugaban por aquí. La frase me golpea como un puñetazo.

— ¿Profundo?

— Bastante. Quince o veinte metros. Estos pozos antiguos son así.

— ¿Y debajo hay agua?

— Ni idea. Estará seco. —Tomás se pone en cuclillas a mi lado. Su brazo roza el mío. Huele a jabón y a hierba—. Elena, es un pozo viejo tapado. No es la tumba de un faraón.

La frase me hiela la sangre. No por lo que dice, sino por cómo lo dice: con humor, con ligereza, como si la idea de que haya algo enterrado bajo esa losa fuera absurda. Un buen actor. Tomás es un buen actor.

Me levanto. Él se levanta conmigo. Nos miramos. Estamos cerca, demasiado cerca, y por un instante absurdo e inapropiado siento la atracción. Es física, involuntaria, ajena a todo lo que sé. Tomás es guapo. Tomás tiene presencia. Y

Tomás me mira con una intensidad que podría ser deseo o podría ser cálculo o podría ser las dos cosas a la vez.

— ¿Qué pasa? —dice, y su voz es baja, íntima.

— Nada. Pensaba.

— ¿En qué?

— En lo que hay debajo.

Lo digo mirándole a los ojos. A propósito. Quiero ver qué pasa. Quiero ver la grieta en la máscara.

La grieta aparece. Dura medio segundo, como un relámpago. Los ojos de Tomás se oscurecen, su mandíbula se tensa, algo cruza su cara que es puro miedo. Miedo ancestral, profundo, de animal acorralado.

Luego desaparece. La máscara vuelve. La sonrisa vuelve.

— Tierra y piedras —dice—. Eso hay debajo. Tierra y piedras.

Me toca el codo. Un gesto suave, casual, de guía turístico.

— Venga, te enseño la dehesa de arriba. Hay unas vistas increíbles.

Caminamos. No miro atrás, pero siento la losa detrás de mí como un imán, como un agujero negro que atrae todo hacia sí.

La dehesa de arriba es, efectivamente, impresionante. Desde el cerro se ve todo el valle: Fuente Vieja abajo, encajada entre los montes, con sus tejados de pizarra y su campanario torcido. El río seco que serpentea al sur. Los campos infinitos,

dorados, que se extienden hasta donde alcanza la vista. El cielo enorme.

— Esto no lo tienes en Madrid —dice Tomás.

— No.

Nos sentamos en una piedra. El silencio aquí no es opresivo como en el pueblo. Es un silencio limpio, de aire y distancia. Se oyen pájaros, viento entre las encinas, el cencerro lejano de una vaca.

— Elena.

— Dime.

Tomás me mira. Sin sonrisa. Sin máscara. O con una máscara nueva, la de la sinceridad calculada.

— Sé que estás buscando algo. Sé que Amparo te dejó... información. Y sé que has hablado con Esperanza y con Celia.

No tiene sentido negarlo.

— Sí.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Todavía no lo sé.

— ¿Puedo darte un consejo?

— Otro más no estaría mal. Ya llevo una colección.

Tomás no se ríe.

— Hay cosas que pasaron hace mucho tiempo. Cosas que fueron terribles, sí. Pero que ya no tienen solución. No se

puede deshacer lo que se hizo. Solo se puede seguir adelante.

— ¿Seguir adelante es lo mismo que olvidar?

— Es lo mismo que sobrevivir. —Me mira con una franqueza que me descoloca—. Este pueblo sobrevive, Elena. Mal, a duras penas, pero sobrevive. Si se destapa lo que pasó... si la verdad sale a la luz... este pueblo se muere. No

metafóricamente. Se muere de verdad. La gente se irá, las casas se cerrarán, la escuela se vaciará. ¿Es eso lo que quieres?

— Lo que quiero es que Esperanza sepa qué le pasó a su nieta.

— Esperanza lo sabe. —La voz de Tomás es casi un susurro—. Todo el mundo lo sabe.

Lo ha dicho. Sin querer, o queriendo, lo ha dicho. «Todo el mundo lo sabe.» La misma frase que Celia. La misma verdad que nadie pronuncia y todos llevan dentro como una piedra.

— Entonces, ¿por qué no se lo dicen?

— Porque decirlo en voz alta lo hace real. Y si es real, hay que hacer algo al respecto. Y nadie quiere hacer nada, Elena. Nadie puede permitírselo.

Nos miramos. El sol está alto y me da en los ojos, pero no aparto la mirada.

— Tomás, ¿qué hay debajo de esa losa?

Silencio. Un pájaro cruza el cielo. Las vacas mugen abajo. El mundo sigue girando con su indiferencia eterna.

— Nada —dice Tomás—. Un pozo seco.

Mira hacia otro lado cuando lo dice. Igual que la primera vez.

Volvemos al coche en silencio. El camino de vuelta dura diez minutos que se hacen eternos. Tomás conduce con ambas

manos en el volante, la mandíbula apretada, los ojos fijos en el camino. No pone música. No habla.

Al llegar a mi casa, aparca y se gira hacia mí.

— Elena, por favor. Haz tu trabajo. Da clase a los niños. Sé feliz aquí. Y deja las cosas como están.

— ¿Es una petición o una amenaza?

— Es una súplica.

Hay algo en su voz —algo roto, algo que no es actuación— que me hace dudar por primera vez. Quizá Tomás no es solo el hijo de su padre. Quizá Tomás también es una víctima. Quizá carga con un peso que no eligió y que no sabe cómo soltar.

O quizá es exactamente lo que Celia dijo: más peligroso que Rodrigo, porque tiene encanto.

— Buenas noches, Tomás.

— Buenas noches, Elena.

Bajo del coche. Cierro la puerta. Entro en casa.

Me siento en la cocina. Abro el cuaderno de Amparo por la página del mapa. Miro el círculo rojo que marca el pozo.

Tomás miró hacia otro lado.

Las personas miran hacia otro lado cuando mienten. Lo saben hasta los niños.

Hay algo debajo de esa losa. Y Tomás lo sabe.

11

Pilar

Domingo por la tarde. Subo al cerro de la ermita con el móvil en la mano.

Es el único sitio de Fuente Vieja donde hay cobertura decente —dos barras si te pones de puntillas junto a la pared este de la ermita, tres si sopla el viento del sur—. La ermita es una construcción pequeña, de piedra, con una puerta de madera que no cierra del todo y una campana verde de óxido en el

campanario. Dentro hay un altar con una virgen descabezada y bancos de madera que huelen a cera y a abandono.

Me siento en un banco de piedra fuera. Las vistas son las mismas que vi con Tomás ayer, pero sin Tomás se ven de otra manera. Más honestas.

Miro el móvil. Dos barras. Suficiente.

Marco el número de mi madre.

Los tonos suenan —uno, dos, tres, cuatro— y cuando estoy a punto de colgar, descuelga.

— ¿Elena? ¿Estás bien?

La voz de mi madre. Pilar. Cincuenta y siete años, enfermera jubilada, vecina de Getafe, mujer fuerte como un roble y

nerviosa como un gorrión. Su primera reacción siempre es preocuparse. Su segunda, regañar.

— Estoy bien, mamá. ¿Cómo estás tú?

— Aquí, con la pierna que me da la lata. ¿Has comido? ¿Cómo es el pueblo?

— Pequeño. Bonito. Tranquilo.

— ¿Los niños?

— Encantadores. Doce, todos en una clase.

— Igual que... —Se calla. Un silencio breve, como una puerta que se abre y se cierra—. Bueno, me alegro.

¿Igual que qué? La frase truncada se queda flotando. No la persigo. Todavía no.

Hablamos de cosas normales. De la pierna de mi madre, que lleva meses dándole problemas. De mi tía Lourdes, que se ha apuntado a pilates. Del gato del vecino, que se ha escapado otra vez. Conversación doméstica, intrascendente, el ruido blanco de la vida familiar.

Espero mi momento.

— Mamá.

— Dime.

— ¿Tú eres de Extremadura?

La pregunta sale con una suavidad que no siento. He ensayado este momento en mi cabeza veinte veces. He practicado el tono: casual, desinteresado, como si preguntara por un dato

irrelevante. Pero mi corazón late como si hubiera corrido un kilómetro.

Silencio al otro lado. No es un silencio normal. Es un silencio de los que he aprendido a reconocer en Fuente Vieja: un

silencio que contiene algo, que pesa, que tiene forma y textura.

— ¿Por qué me preguntas eso? —dice mi madre, y su voz ha cambiado. Se ha vuelto cautelosa, tensa, como la de un animal que huele peligro.

— Curiosidad. Siempre has dicho que eras de Cáceres pero nunca me has contado de dónde exactamente.

— De un pueblo. Un pueblo pequeño. Ya no existe prácticamente.

— ¿De cuál?

— Elena, ¿a qué viene esto?

— A que estoy en un pueblo de Cáceres y me ha dado por pensar en ti. En tu infancia. Nunca hablas de ella.

Otro silencio. Más largo. Puedo oír la respiración de mi madre a través del teléfono: irregular, acelerada, la respiración de alguien que está librando una batalla interna.

— Era un pueblo como cualquier otro —dice por fin—. Pequeño, pobre, sin futuro. Me fui en cuanto pude. No hay

más historia.

— ¿Cómo se llamaba?

— Elena…

— Mamá, ¿cómo se llamaba el pueblo?

La voz de mi madre cuando contesta es un susurro:

— ¿Por qué?

— Porque estoy en un pueblo que se llama Fuente Vieja.

Silencio.

Un silencio que dura tanto que miro la pantalla del móvil para comprobar que no se ha cortado la llamada. No se ha cortado. Los segundos pasan: uno, dos, cinco, diez. Oigo la respiración de mi madre, ahora entrecortada, como si estuviera conteniendo algo —un sollozo, un grito, las dos cosas—.

— Mamá, ¿sigues ahí?

— ¿Por qué estás en Fuente Vieja? —Su voz es irreconocible. No es la voz de Pilar, mi madre, la enfermera jubilada de Getafe. Es otra voz. Una voz que viene de muy lejos, de muy

atrás, de un lugar que creía sellado—. ¿Quién te ha mandado allí?

— Nadie me ha mandado. Es una sustitución. Me llamaron de la delegación.

— Tienes que irte. —La voz sube de volumen, se agita, pierde el control—. Elena, escúchame. Tienes que irte de ese pueblo. Ahora. Hoy.

— Mamá, ¿qué pasa?

— Que te vayas, ¿me oyes? Coge el coche y vete. Vuelve a Madrid.

— Pero ¿por qué?

— ¡Porque te lo digo yo! —grita, y el grito resuena en mi oído como una bofetada—. ¡Porque soy tu madre y te digo que te vayas de ese pueblo de mierda!

Me aparto el teléfono de la oreja. Lo miro. La pantalla muestra el nombre de mi madre y el cronómetro de la llamada avanzando. Tres minutos. Cuarenta y siete segundos.

— Mamá —digo, despacio, con cuidado, como si hablara con uno de mis alumnos pequeños—. Mamá, necesito que me cuentes qué pasa.

— No puedo. No por teléfono. Elena, por favor, hazme caso

por una vez en tu vida. Vete de ahí.

— ¿Tú eres de Fuente Vieja?

Silencio. Largo. Denso. Y luego:

Un clic.

Ha colgado.

Miro el teléfono. Pantalla de inicio. Llamo de nuevo. No contesta. Llamo otra vez. Buzón de voz. Otra vez. Buzón.

— Joder —digo, y mi voz rebota contra los muros de la ermita y se pierde en el valle.

Me quedo sentada en el banco de piedra. El sol empieza a bajar. Las sombras se alargan sobre Fuente Vieja, que desde aquí arriba parece un belén: casitas de piedra, calles estrechas, la plaza diminuta. Un pueblo de juguete. Un pueblo con un secreto demasiado grande para su tamaño.

Mi madre es de aquí.

No lo ha dicho. No ha pronunciado el nombre. Pero la forma en que ha reaccionado —el miedo, la urgencia, el grito— lo dice todo. Pilar, mi madre, la mujer que nunca habla de su infancia, la que dice ser «de Cáceres» sin especificar, la que se pone tensa cada vez que alguien menciona Extremadura... Pilar es de Fuente Vieja.

¿Y qué más? ¿Qué más hay detrás de ese grito? ¿Qué le hizo este pueblo para que huya de él como si fuera la peste?

Me levanto. Miro el móvil una vez más. Sin mensajes. Sin llamadas. Mi madre ha colgado y se ha encerrado en su

silencio, el mismo silencio que practica todo el mundo en este lugar.

Bajo del cerro despacio. El camino es empinado, lleno de piedras sueltas, y tengo que ir con cuidado. A cada paso, mi cabeza da vueltas.

Pilar es de Fuente Vieja. Pilar se fue. Pilar nunca volvió. Pilar nunca habla de su pueblo.

¿Por qué?

¿Conocía a Inés? ¿Estaba aquí cuando desapareció? No, las fechas no cuadran. Mi madre se fue de Extremadura antes de que yo naciera, y yo tengo treinta y cinco. Se fue hace al menos treinta y cinco años. Inés desapareció hace quince. Las cuentas no salen.

Pero hay algo. Hay una conexión que no veo. La reacción de mi madre no es la de alguien que simplemente se fue de un pueblo pequeño. Es la de alguien que huyó. Que escapó. Que dejó algo atrás que todavía le quema.

Llego al pueblo cuando está oscureciendo. Las farolas se encienden con su luz amarillenta. El bar está abierto; veo la silueta de Celia detrás de la barra. Los viejos de la plaza ya se han ido.

Entro en mi casa. Enciendo todas las luces. Me siento en la cocina con el móvil delante, esperando que mi madre me devuelva la llamada.

No llama.

Espero una hora. Dos. Tres. Preparo una cena que no como. Me ducho. Me pongo el pijama. Me siento en la cama con el

cuaderno de Amparo sobre las rodillas, pasando páginas que ya me sé de memoria.

Esperanza. Inés. Rodrigo. El pozo. Amparo. Y ahora, Pilar. Mi madre. ¿Dónde encaja mi madre en todo esto?

A las once me rindo. Apago la luz. Me meto en la cama. Cierro los ojos.

El teléfono suena a las tres de la mañana.

Me despierto de golpe, con el corazón en la garganta. Cojo el móvil. La pantalla brilla en la oscuridad.

Mamá.

Descuelgo.

— ¿Mamá?

Al otro lado, el sonido de alguien llorando.

12

A las tres de la mañana

Mi madre llora.

No es un llanto silencioso, de los que se contienen con un pañuelo y un trago de agua. Es un llanto animal, de tripas, de esos que salen de algún sitio profundo que normalmente está cerrado con llave. El sonido me encoge el estómago. He visto llorar a mi madre tres veces en mi vida: cuando murió mi abuelo, cuando su hermana dejó de hablarle y cuando me pilló fumando con quince años y pensó que me estaba drogando. Tres veces en treinta y cinco años. Y ninguna se parecía a esto.

— Mamá, estoy aquí. Estoy aquí.

El llanto se alarga. Treinta segundos, un minuto. Yo espero, sentada en la cama en la oscuridad, con el teléfono pegado a la oreja y el corazón latiendo en los dientes.

Poco a poco, el llanto se convierte en respiración entrecortada. Mi madre intenta hablar. Lo intenta varias veces

y no puede. Cada vez que abre la boca, le sale un sollozo en lugar de una palabra.

— Tranquila. No tengo prisa. Cuando puedas.

Pasan dos minutos más. Fuera, Fuente Vieja está muerta. Ni un sonido. Ni un grillo. La noche más silenciosa del mundo.

— Elena. —La voz de mi madre, finalmente. Ronca, rota, irreconocible—. Perdona.

— No tienes que pedirme perdón.

— Sí que tengo. Te he mentido toda tu vida.

Se me para el corazón. No metafóricamente. Siento que se para, que hay un hueco en el ritmo, un latido que falta.

— Mamá, ¿de qué hablas?

Silencio. Respiración. Luego:

— Vete de ese pueblo, Elena. Por favor. Vete antes de que sea tarde.

— No me voy a ir sin entender qué pasa.

— Lo que pasa es que ese pueblo es maldito. Ese pueblo me lo quitó todo. Y si te quedas, te lo quitará a ti también.

— ¿Quitarte qué? ¿De qué hablas, mamá?

Mi madre respira hondo. Una, dos, tres veces. Puedo imaginarla en su piso de Getafe, sentada en el borde de la cama, con la bata puesta y las zapatillas y el pelo revuelto,

llorando en la oscuridad de una habitación que conozco de memoria.

— Me llamo Pilar Galán —dice.

Galán.

La palabra cae como una bomba en el silencio de la noche.

Galán. Como Inés Galán. Como Esperanza Galán.

— ¿Galán? Pero tú... tú te apellidas Bravo.

— Bravo era tu padre. Me casé con él en Madrid. Pero yo nací Galán. Pilar Galán Moreno. De Fuente Vieja. Hija de Esperanza Galán.

Hija de Esperanza.

La anciana del vestido negro. La mujer de los ojos de pozo. La que me abrió la puerta de la casa el primer día. La que me hizo

churros. La que guarda la habitación de Inés como un relicario. Esperanza es la madre de mi madre.

Esperanza es mi abuela.

— No —digo, y la palabra sale sola, como un espasmo—. No, eso no puede ser. Tú nunca...

— Nunca te lo dije. Lo sé. Tenía mis razones.

— ¿Qué razones?

Mi madre respira. El sonido es líquido, entrecortado, de alguien que ha llorado demasiado.

— Yo tenía una hermana. Carmen. Mayor que yo, ocho años mayor. Carmen se casó joven y tuvo una hija.

— Inés.

Silencio. Largo. Denso.

— ¿Cómo sabes ese nombre? —La voz de mi madre tiembla.

— Porque llevo dos semanas viviendo en el pueblo donde desapareció. Porque he encontrado un cuaderno. Porque he hablado con gente. Porque todo el mundo aquí sabe lo que pasó y nadie lo dice.

— Dios mío. —Un sollozo—. Dios mío, Elena.

— Mamá, cuéntamelo. Todo. Desde el principio.

Mi madre calla durante un tiempo que parece eterno. Puedo oír el tic-tac de un reloj al otro lado del teléfono —el reloj de cuco de su salón, el que heredó de su madre, de Esperanza— y

me doy cuenta de que llevo treinta y cinco años escuchando ese reloj sin saber de dónde venía.

— Inés era mi sobrina —dice Pilar, y su voz ahora es plana, controlada, la voz de alguien que ha ensayado esta historia en su cabeza miles de veces sin decirla nunca—. Era hija de mi hermana Carmen. Yo la adoraba. Era la niña más... —Se le rompe la voz. La recompone—. Era la niña más bonita del mundo.

— ¿Qué pasó?

— Desapareció. En septiembre de 2009. Durante las fiestas. Dijeron que se había perdido en la sierra.

— Pero no fue eso.

— No. —La palabra sale como un disparo—. No fue eso. Inés no se perdió. Inés fue a jugar a la finca de los Palacios con otros niños y cayó al pozo. Fue un accidente. Una desgracia. Pero Rodrigo... Rodrigo decidió que era mejor taparlo. Literalmente. Tapó el pozo, dirigió la búsqueda hacia otro lado y convenció a todo el pueblo de que Inés se había perdido en la sierra.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— Porque yo estaba allí, Elena. Yo estaba en Fuente Vieja cuando pasó. Yo tenía veintidós años. Yo ayudé a buscar a mi sobrina durante diez días por esas montañas de mierda, sabiendo —todos sabiendo— que no estaba allí. Sabiendo que

estaba en el pozo. Sabiendo que Rodrigo nos estaba mintiendo en la cara.

— ¿Y por qué no dijiste nada?

— ¡Porque no podía! —grita, y el grito es un desgarro—. ¿No lo entiendes? Nadie podía. Rodrigo lo controlaba todo. El ayuntamiento, la Guardia Civil, la gente. Si hablabas, te quedabas sin trabajo, sin casa, sin vecinos. Mi madre era viuda, no tenía nada. Mi hermana estaba destrozada. Yo estaba embarazada de ti.

Embarazada de mí.

— ¿Embarazada?

— De tres meses. No lo sabía casi nadie. Tu padre había venido a visitarme ese verano. Trabajaba en Madrid, en la construcción. Cuando pasó lo de Inés... cuando vi que nadie iba a hacer nada, que la verdad se pudría debajo de esa losa de mierda... supe que tenía que irme. No podía criar a mi hija en un pueblo de asesinos.

— No son asesinos, mamá. Fue un accidente.

— Encubrir la muerte de una niña te convierte en cómplice. Y la complicidad es otra forma de asesinato.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

— Me fui a Madrid —continúa mi madre—. Me casé con tu padre. Cambié de apellido. Nunca volví. Nunca hablé de

Fuente Vieja. Nunca le conté a nadie de dónde venía. Borré ese pueblo de mi vida como si no existiera.

— Pero existe. Y yo estoy en él.

— Por eso tienes que irte, Elena. Por eso te lo pido. —Su voz es una súplica—. Ese pueblo se traga a las mujeres de nuestra familia. Se tragó a Inés. Se tragó a mi hermana, que se fue a Cáceres y murió de pena cinco años después. Me tragó a mí, que llevo treinta y cinco años huyendo. Y si te quedas, te tragará a ti.

— ¿Carmen murió?

— De cáncer. En 2014. Pero no fue el cáncer lo que la mató. Fue la pena. Fue buscar a su hija durante diez días por la sierra sabiendo que estaba a cien metros de la plaza, en un pozo, en la finca del hombre que les daba trabajo y les pagaba el sueldo.

Lloro. No me doy cuenta de cuándo he empezado, pero lloro. Lágrimas silenciosas que me caen por las mejillas y me mojan el pijama.

— ¿Esperanza sabe quién soy? —pregunto.

Silencio.

— ¿Mamá?

— Mi madre… Esperanza… ella no sabe que estás ahí. No hemos hablado en años. Yo… —Un sollozo—. Yo la abandoné,

Elena. Me fui y la dejé sola con su dolor y sus fotos y esa habitación que no cierra nunca. Soy la peor hija del mundo.

— No eres...

— Sí que lo soy. Me fui porque no podía soportarlo. Porque cada vez que miraba a mi madre veía a Inés, y cada vez que veía a Inés veía el pozo, y cada vez que veía el pozo sentía que me iba a volver loca.

Respiro. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano. Miro la oscuridad de la habitación —la habitación donde vivió Amparo, la habitación de la maestra sustituta— y siento que el mundo se ha dado la vuelta.

Soy familia de Inés. Soy nieta de Esperanza. Mi madre es de Fuente Vieja. Mi llegada aquí no es casualidad; es un círculo que se cierra, una historia que vuelve a su punto de partida.

— Elena —dice mi madre—. ¿Sigues ahí?

— Sigo.

— ¿Te vas a ir?

Miro por la ventana. El pueblo. Las calles vacías. Las estrellas. El cerro donde está la dehesa. El pozo.

— No, mamá. No me voy a ir.

— Elena, por Dios...

— No me voy a ir porque Esperanza lleva quince años esperando que alguien le diga la verdad. Y resulta que yo soy su nieta. Y resulta que Inés era mi prima. Y resulta que tengo

más motivos que nadie para hacer lo que Amparo no pudo terminar.

Mi madre llora otra vez. Pero este llanto es diferente. No es de miedo. Es de algo más complejo. Miedo y orgullo y dolor y esperanza, todo mezclado en un sollozo que atraviesa doscientos kilómetros de línea telefónica.

— Eres igual que tu tía Carmen —dice—. Igual de testaruda. Igual de valiente. Igual de inconsciente.

— Mamá, ¿por qué no me lo contaste nunca?

Silencio largo. Muy largo.

— Porque pensé que si no te lo contaba, no pasaría. Que si tú no sabías de Fuente Vieja, Fuente Vieja no existiría. Que podía protegerte borrando el pasado.

— No se puede borrar el pasado.

— No. —Su voz es un hilo—. No se puede.

Nos quedamos en silencio. Un silencio diferente a todos los silencios de Fuente Vieja. Un silencio que no esconde nada. Un silencio de madre e hija en la oscuridad, separadas por la

distancia, unidas por una verdad que llega treinta y cinco años tarde.

— Ten cuidado, hija —dice mi madre.

La frase de siempre. La frase de todos. Pero en la boca de mi madre suena distinta. Suena real.

— Lo tendré.

— Y llámame. Todos los días. Si un día no me llamas, voy a ese pueblo y lo quemo.

Sonrío a pesar de las lágrimas.

— Te quiero, mamá.

— Y yo a ti, Elena. Más de lo que sabes.

Cuelgo. El teléfono muestra las 4:17 de la mañana. Me tumbo en la cama. No duermo.

Pilar Galán. Mi madre. De Fuente Vieja.

Elena Bravo. Nieta de Esperanza. Prima de Inés.

La sustituta que no es solo una sustituta.

Mañana hablaré con Esperanza. Mañana le diré quién soy. Mañana abriremos una puerta que lleva quince años cerrada.

Mañana.

O dentro de unas horas. Porque el amanecer ya empieza a colarse por la ventana y Fuente Vieja despierta, y yo tengo cosas que hacer.

13

De las nuestras

No espero a que amanezca del todo.

A las seis y media, cuando el cielo es una franja gris entre los cerros y el pueblo todavía duerme, salgo de casa. Las calles están vacías, frías a pesar de septiembre, con esa humedad de amanecer que se mete en los huesos. Mis pasos suenan contra los adoquines como un reloj.

Subo por las callejas hacia la parte alta del pueblo. Conozco el camino. Lo he hecho antes, siguiendo a Esperanza, subiendo hacia la casa de la puerta verde y los geranios rojos.

A mitad de camino me detengo. Me apoyo en una pared y respiro.

¿Qué estoy haciendo?

Estoy a punto de llamar a la puerta de una anciana de setenta y dos años a las seis y media de la mañana para decirle que soy

su nieta. Su nieta desconocida. La hija de la hija que la abandonó. La prima de la niña muerta.

Es una locura. Es precipitado. Es impulsivo. Es todo lo que mi madre me ha reprochado siempre: actuar antes de pensar, lanzarme sin red, correr hacia el fuego cuando la gente normal corre en dirección contraria.

Pero no puedo esperar. No después de anoche. No después de saber lo que sé. Cada minuto que pasa sin que Esperanza sepa quién soy es un minuto más de mentira, y llevo dos semanas viviendo una mentira sin saberlo.

Se acabó.

Sigo subiendo. La casa aparece al final de la calle, con sus geranios rojos y su puerta verde. Hay luz dentro. Esperanza ya está despierta. Claro que está despierta. Las mujeres como Esperanza no duermen; vigilan.

Llamo a la puerta. Tres golpes.

Pasos dentro. Lentos, arrastrados, los pasos de siempre. La puerta se abre.

Esperanza me mira desde el umbral. Vestido negro. Pañuelo. Zapatillas de felpa. Los ojos —esos ojos de pozo que vi la primera noche y que no he dejado de ver desde entonces— me miran con sorpresa y con algo más. Con esa atención

penetrante de quien está acostumbrada a leer lo que la gente no dice.

— Elena. ¿Qué haces aquí a estas horas?

— Necesito hablar con usted.

— ¿Ha pasado algo?

— Sí. Quiero decir... sí. Algo ha pasado.

Esperanza me estudia. Tardo un segundo en darme cuenta de que estoy temblando. No de frío. De todo lo demás.

— Pasa —dice.

Entro. La casa huele a café recién hecho y a leña. Esperanza ha encendido la chimenea —en septiembre, pero a esta altura y a estas horas hace frío— y las llamas dibujan sombras naranjas en las paredes. Las fotos de Inés me miran desde todos los rincones. La niña del pelo rizado. Mi prima. Mi sangre.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Esperanza pone café delante de mí sin preguntar. Negro, fuerte, en una taza de loza con el borde desconchado. Se sienta enfrente. Espera.

Abro la boca. La cierro. La abro otra vez.

Toda la noche he estado pensando en cómo decirlo. He ensayado frases, discursos, explicaciones. He buscado la forma delicada, la forma suave, la forma que no haga daño.

No la he encontrado. No existe. Algunas verdades no tienen forma suave.

— Señora Esperanza —digo—. Mi madre se llama Pilar.

Esperanza no se mueve.

— Pilar Galán.

El nombre cae en la cocina como una piedra en un lago. Las ondas se expanden en silencio. Esperanza me mira. No parpadea. No respira. Está absolutamente quieta, como una estatua, como la piedra de la que está hecho este pueblo.

Y entonces algo cambia en su cara.

No es sorpresa. No exactamente. Es reconocimiento. Como si una pieza que llevara años fuera de su sitio encajara por fin con un clic suave y definitivo.

— Pilar —dice, y la palabra sale de su boca como una oración. Como un nombre que ha repetido en la oscuridad de su dormitorio cada noche durante treinta y cinco años.

— Mi madre es su hija. Pilar Galán. Se fue del pueblo antes de que yo naciera. Se casó en Madrid, cambió de apellido. Nunca me dijo de dónde era. Nunca me habló de usted, ni de Fuente Vieja, ni de…

No puedo terminar la frase. Las lágrimas me traicionan, me cortan la voz, me borran las palabras. Lloro como no he llorado desde que era niña. Lloro por Esperanza, por Pilar, por

Inés, por los quince años de silencio, por los treinta y cinco años de mentira.

Esperanza se levanta.

Rodea la mesa. Se acerca a mí. Me mira desde arriba con esos ojos que ahora no son de pozo sino de río, de río crecido que se desborda, que rompe los diques que llevaba conteniendo toda una vida.

Me coge la cara con las dos manos. Sus manos ásperas, cálidas, de abuela. Me mira como si fuera la primera vez que me ve. Y en cierto modo lo es.

— Dios mío —susurra—. Eres la hija de Pilar.

Asiento. No puedo hablar.

— Eres la hija de mi Pilar.

Esperanza me mira la cara. Me estudia los ojos, la nariz, la boca, el pelo. Busca rasgos, semejanzas, señales. Y los encuentra, porque su cara cambia de nuevo: se abre, se ilumina, se quiebra.

— Tienes sus ojos —dice—. Los ojos de tu madre. Los ojos de mi Pilar.

Y entonces Esperanza Galán, la mujer que no ha llorado delante de nadie en quince años, la mujer que mantiene la habitación de su nieta como un museo y que sobrevive a base de silencio y geranios rojos, se derrumba.

Me abraza.

Me abraza con una fuerza que no esperaba de un cuerpo tan viejo, tan castigado, tan solo. Es un abrazo que contiene

treinta y cinco años de ausencia, quince años de duelo, una vida entera de preguntas sin respuesta. Me aprieta contra su pecho y llora, y yo lloro con ella, y durante un tiempo que no sé medir nos quedamos así, abrazadas en la cocina, con el fuego crepitando y las fotos de Inés mirándonos desde las paredes.

— Eres de las nuestras —dice Esperanza contra mi pelo—. Eres de las nuestras.

No sé cuánto tiempo pasa. Cinco minutos. Diez. Media hora. El café se enfría, el fuego baja, la luz del amanecer empieza a entrar por la ventana. Cuando nos separamos, las dos tenemos la cara hinchada y los ojos rojos y una sensación de alivio que es casi física, como soltar un peso que llevas arrastrando sin saber que estaba ahí.

— Cuéntame —dice Esperanza—. Cuéntamelo todo. ¿Cómo está Pilar? ¿Está bien? ¿Es feliz?

Le cuento. Le cuento lo que puedo: que mi madre vive en Getafe, que fue enfermera, que está jubilada, que tiene problemas con la pierna, que es fuerte y nerviosa y testaruda. Le cuento que me crió sola después de que mi padre muriera cuando yo tenía diez años. Le cuento que nunca habló de Fuente Vieja, que nunca mencionó su nombre, que la primera vez que oí la palabra «Galán» fue anoche, a las tres de la mañana, por teléfono.

Esperanza escucha con una atención total. Cada palabra la absorbe como tierra seca absorbe agua. A veces cierra los ojos.

A veces sonríe. A veces se le escapa un sollozo que contiene enseguida.

— ¿Y tú? —pregunta cuando he terminado—. ¿Sabías algo? ¿Sabías quién eras?

— No. No sabía nada hasta anoche.

— Pero preguntabas por Inés. Desde que llegaste.

— Encontré el cuaderno de Amparo.

Esperanza asiente. Despacio.

— Amparo. Buena mujer. La mejor.

— Dejó el cuaderno para mí. Para la que viniera después.

— Quizá para ti. Quizá siempre fue para ti.

Nos miramos. Hay un silencio, pero es un silencio nuevo, limpio, de esos que no esconden nada.

— Señora Esperanza…

— Abuela. —Me coge la mano—. Dime abuela.

Se me rompe algo dentro. Algo que no sabía que estaba entero.

— Abuela. Necesito saber qué pasó con Inés. Todo lo que sepa.

Esperanza asiente. Se levanta. Pone más café. Echa otro tronco al fuego. Se sienta. Se prepara, como quien se prepara para una travesía larga.

— Inés fue a jugar a la dehesa de los Palacios esa noche — empieza—. Con otros niños. Eran las fiestas, los adultos estaban en la verbena, nadie vigilaba. Los niños subieron a la

finca. Jugaban al escondite, a las carreras, a lo que juegan los críos cuando no hay nadie mirando.

Se detiene. Respira.

— Había un pozo. Viejo, de piedra, abierto. Sin protección, sin brocal, sin nada. Un agujero en el suelo. Los niños sabían que estaba ahí, pero de noche, corriendo, jugando... Inés cayó. Los otros niños oyeron el grito. Fueron a mirar. Vieron el agujero. Se asustaron y bajaron corriendo al pueblo.

— ¿A quién se lo dijeron?

— A Rodrigo. —Esperanza pronuncia el nombre como quien escupe—. Los niños fueron a la caseta del ayuntamiento, donde estaba Rodrigo, y le dijeron que Inés se había caído al pozo. Rodrigo subió a la finca. Solo. No llamó a nadie. No pidió ayuda. Subió solo y volvió una hora después.

— ¿Y qué dijo?

— Dijo que la niña no estaba en el pozo. Dijo que los niños se habían confundido. Dijo que Inés se habría ido a la sierra. Y organizó la batida.

— ¿Y la gente le creyó?

Esperanza me mira con una amargura infinita.

— La gente no le creyó, Elena. La gente le obedeció. Que no es lo mismo. Rodrigo dijo que la niña estaba en la sierra y todo el mundo buscó en la sierra. Rodrigo dijo que el pozo estaba vacío y nadie fue a comprobarlo. Porque aquí nadie contradice

a un Palacios. Porque aquí el miedo es más fuerte que la verdad.

— ¿Y usted?

— Yo fui al pozo. —Esperanza aprieta los puños sobre la mesa —. Al día siguiente, a las seis de la mañana, subí a la dehesa y fui al pozo. Grité el nombre de mi nieta. Grité hasta quedarme ronca. Nadie contestó. El pozo estaba oscuro, profundo, no se veía el fondo.

— ¿Y?

— Y Rodrigo me encontró allí. Me cogió del brazo y me llevó de vuelta al pueblo. Me dijo que estaba histérica, que no pensaba con claridad, que la niña estaba en la sierra y que la encontrarían. —Pausa—. Un mes después, tapó el pozo con hormigón.

La cocina está en silencio. El fuego crepita. Las fotos de Inés nos miran.

— Han pasado quince años —digo—. ¿Cree que todavía hay... que debajo de la losa...?

No puedo terminar la frase. Esperanza entiende.

— No lo sé, hija. Puede que Rodrigo moviera... puede que no haya nada debajo. Pero el pozo es el principio. Siempre ha sido el principio. Si alguien abre ese pozo, todo se abre.

Me aprieta la mano.

— ¿Qué vas a hacer? —pregunta.

La miro. Setenta y dos años. Vestido negro. Ojos que han visto demasiado y llorado demasiado poco. Mi abuela. La mujer que

lleva quince años sola con la verdad y sin nadie que la escuche.

— No lo sé todavía —digo—. Pero no me voy a ir. Y no me voy a callar.

Esperanza sonríe. Es la primera sonrisa real que le veo. Pequeña, frágil, pero real.

— Eres de las nuestras —repite—. Eres una Galán.

Salgo de casa de Esperanza a las nueve de la mañana. El pueblo está despierto. Hay gente en la plaza, en la puerta de la tienda, en el banco de los viejos. Me miran. Siempre me miran. Pero hoy las miradas son diferentes, o quizá soy yo la que las ve de otra manera.

Camino por la calle principal hacia mi casa. Al pasar por el bar, Celia me ve a través del cristal y levanta una ceja. Le hago un gesto: luego te cuento.

Al pasar por la plaza, veo el ayuntamiento. La puerta está abierta. Dentro, en algún despacho, Tomás Palacios hace lo que hacen los alcaldes de los pueblos pequeños. Al otro lado del cerro, en su dehesa, Rodrigo Palacios desayuna mirando

sus encinas centenarias, convencido de que todo está bajo control.

No lo está.

Llego a casa. Cierro la puerta. Me siento en la cocina. Saco el cuaderno de Amparo del bolso y lo pongo sobre la mesa.

Lo abro por la última página. Leo la frase que ya me sé de memoria:

«A la que venga después: ten cuidado. Pero no te calles. Por Inés. Por favor, no te calles.»

Cojo un bolígrafo. Debajo de la frase de Amparo, escribo:

«He llegado, Amparo. No me voy a callar. Inés era mi prima.»

Cierro el cuaderno.

Me quedo sentada en la cocina, con las manos sobre la mesa, mirando por la ventana. Fuente Vieja se mueve a su ritmo

lento, ancestral, ajeno al terremoto que está a punto de sacudirlo.

Sé quién soy. Sé de dónde vengo. Sé lo que pasó.

Ahora solo necesito demostrarlo.

Cojo el teléfono. Marco el número de mi madre. Descuelga al primer tono.

— Mamá, he hablado con la abuela.

Silencio. Respiración.

— ¿Y? —dice mi madre, y en esa sola sílaba cabe todo el miedo y toda la esperanza del mundo.

— Y me ha dicho que soy de las suyas. Que soy una Galán.

Mi madre llora. Pero este llanto es diferente. Este llanto suena a alivio.

— Ten cuidado, hija.

— Lo tendré. Pero necesito que me ayudes. Necesito que me cuentes todo lo que sabes. Nombres, fechas, detalles. Todo.

— Te lo contaré. —Pausa—. Debí contártelo hace mucho tiempo.

— Lo sé. Pero estamos a tiempo.

Cuelgo. Miro por la ventana. El sol está alto. Las calles de piedra brillan. El campanario torcido de la iglesia apunta al cielo como un dedo que señala algo que nadie quiere ver.

Elena Bravo. Elena Galán. La maestra sustituta que resulta no

ser solo una sustituta.

La sustituta de Amparo. La nieta de Esperanza. La prima de Inés.

He venido a hacer preguntas.

Y esta vez, nadie va a poder callarme.

14

La sangre que vuelve

Salgo de casa de Esperanza con los ojos hinchados y el corazón lleno de algo que no tiene nombre. Algo entre la rabia y la ternura. Entre el duelo y la determinación.

Bajo por las callejas hacia la plaza. El sol de media mañana calienta las piedras y el pueblo huele a pan recién hecho y a estiércol seco. Normal. Todo parece normal. La tienda de ultramarinos tiene la puerta abierta y en el interior se oye una radio con las noticias agrarias. Un perro duerme a la sombra de un banco. Dos viejos fuman junto a la fuente que no echa agua.

Todo parece normal. Pero yo ya no soy normal. Yo soy Elena Galán, y sé lo que hay debajo de este pueblo.

Paso por delante del bar de Celia. Está abierto. A través del cristal veo a tres hombres con cafés y un periódico abierto

sobre la barra. Celia me ve y levanta la mano. Sigo caminando. Luego, Celia. Ahora tengo algo más urgente.

Cruzo la plaza y subo hacia el ayuntamiento. La puerta está abierta, como siempre. Dentro, el frescor del zaguán me recibe con su olor a humedad y a piedra vieja. Hay un tablón de anuncios con papeles amarillentos: horarios de la farmacia, convocatoria de las fiestas de hace tres años, un aviso sobre la recogida de aceituna que ya nadie lee.

Subo las escaleras. La primera planta tiene dos despachos. El de la izquierda es el de Tomás. Está vacío. El de la derecha es una especie de archivo, con estanterías metálicas y cajas de cartón. También vacío.

Bajo. Salgo a la plaza. Miro alrededor.

Si Tomás no está en el ayuntamiento, estará en la dehesa. Con su padre. Como siempre. Los Palacios son como planetas en órbita: giran el uno alrededor del otro, atrapados por una gravedad que ninguno de los dos eligió.

Pero no es a Tomás a quien busco.

Es a Rodrigo.

Vuelvo a mi casa. Me lavo la cara. Me miro en el espejo del baño: ojos rojos, ojeras, pelo revuelto. Parezco mayor de lo que soy. O quizá parezco lo que soy: una mujer que lleva dos semanas viviendo sobre una mentira y acaba de descubrir que la mentira tiene nombre, apellido y dirección.

Cojo las llaves del coche. Salgo.

El Seat Ibiza protesta cuando arranco. Subo por el camino de tierra que lleva a la dehesa de los Palacios. Lo he subido antes,

una vez, cuando fui a ver el pozo. De día el paisaje es menos siniestro pero igual de opresivo: encinas enormes con las ramas retorcidas, muros de piedra seca que delimitan parcelas, el zumbido de las cigarras como una frecuencia constante que se mete en la cabeza.

La finca de los Palacios aparece al final del camino. Una casa grande, de piedra, con un patio delantero y un porche cubierto. No es un cortijo señorial como me imaginaba: es más bien una casa de campo rica, de las que tienen tractor y bodega y cuadra y un todoterreno aparcado en la entrada. El todoterreno de Rodrigo. Negro, grande, lleno de polvo.

Aparco detrás. Bajo del coche. El corazón me late con fuerza, pero tengo las manos firmes. Es curioso: cuando más miedo debería tener, más tranquila estoy. Como si la verdad fuera un sedante.

— ¿Hay alguien? —llamo desde el patio.

Silencio. Las cigarras. El viento entre las encinas.

Rodeo la casa. Detrás hay un jardín descuidado, un huerto medio abandonado y, más allá, los campos. Kilómetros de dehesa ondulada bajo un cielo azul que parece de postal. Y allí, sentado en un banco de piedra bajo una encina, con un

sombrero de paja y un bastón entre las piernas, está Rodrigo Palacios.

Me ve. No se levanta. No se mueve. Me mira acercarme con esa quietud suya que es mitad paciencia y mitad amenaza.

— Señorita Bravo —dice cuando estoy a cinco metros—. ¿Viene a dar clase a mis vacas?

No sonríe. Es una frase seca, cortante, dicha con la voz de un hombre que no está acostumbrado a que la gente venga a su finca sin invitación.

— Vengo a hablar con usted.

— Ya hablamos una vez. Le dije todo lo que tenía que decirle.

— Me dijo que dejara de hacer preguntas. No es lo mismo.

Rodrigo me mira. Setenta y tantos años, pelo blanco, cara de granito. Los ojos son oscuros y duros, pero no crueles. Eso es lo que me desconcierta de Rodrigo Palacios: no parece un

monstruo. Parece un hombre viejo, cansado, convencido de que hizo lo que tenía que hacer.

— Señorita Bravo —repite, y la repetición de mi apellido suena deliberada, como si quisiera recordarme quién soy—. ¿No tiene usted clases que dar?

— Los niños están en educación física con la monitora. Tengo una hora libre.

— Y ha decidido gastársela en mí. Qué halago.

— He hablado con Esperanza.

Rodrigo no se mueve. Pero algo cambia en su cara. Un endurecimiento sutil, como el que precede a una tormenta.

— Esperanza es una mujer mayor que dice muchas cosas.

— Dice la verdad.

— La verdad. —Rodrigo pronuncia la palabra como si le diera asco—. ¿Qué verdad, señorita Bravo? ¿La verdad de una abuela desesperada que lleva quince años buscando culpables? ¿La verdad de una maestra metomentodo que se fue del pueblo con el rabo entre las piernas? ¿O la verdad de usted, que lleva aquí dos semanas y ya se cree que lo sabe todo?

— Sé que Inés cayó en el pozo de su finca.

Rodrigo no pestañea.

— Sé que los niños fueron a buscarlo a usted. Que subió solo. Que volvió diciendo que el pozo estaba vacío. Que organizó la

búsqueda en la dirección equivocada. Que un mes después tapó el pozo con hormigón.

— Son acusaciones graves.

— Son hechos.

— Son habladurías de una vieja que no aceptó la muerte de su nieta.

Me acerco un paso más. Rodrigo no retrocede. Nos miramos. Dos personas en un jardín bajo una encina, con quince años de silencio entre nosotras.

— Mi madre se llama Pilar Galán.

Lo digo sin preámbulo, sin preparación, como se sueltan las bombas. Y esta es una bomba. La veo estallar en la cara de Rodrigo. El impacto es visible: los ojos se le abren, la mandíbula se tensa, las manos aprietan el bastón hasta que los nudillos se ponen blancos.

— Pilar —dice, y el nombre sale como un chirrido.

— Pilar Galán. Hija de Esperanza. Hermana de Carmen. Tía de Inés. Mi madre.

Rodrigo me mira como si me viera por primera vez. Y en cierto modo así es. Ya no soy la maestra sustituta, la forastera

curiosa, la interina que hace preguntas incómodas. Soy una Galán. Soy la sangre que vuelve.

— Su madre se fue —dice Rodrigo, y ahora su voz es diferente. Más baja. Más peligrosa—. Su madre tuvo la sensatez de irse.

— Mi madre huyó. Que no es lo mismo.

— Se fue porque entendió lo que usted no entiende: que este pueblo tiene un orden y que hay cosas que es mejor no remover.

— ¿Un orden? ¿Encubrir la muerte de una niña es un orden?

Rodrigo se levanta. Es alto. Más alto de lo que recuerdo. Me mira desde arriba con una expresión que no es rabia ni desprecio. Es algo peor: es certeza. La certeza de un hombre que ha decidido que tiene razón y que ningún argumento del mundo va a moverle.

— Escúcheme bien, señorita Bravo, o Galán, o como quiera llamarse. —Su voz es un susurro que corta como un bisturí—. Yo he cuidado de este pueblo durante cuarenta años. He dado trabajo, he mantenido casas, he pagado deudas. He hecho lo

que había que hacer para que Fuente Vieja siguiera en pie. Todo. Lo que haya que hacer.

— Incluido enterrar a una niña.

Rodrigo da un paso hacia mí. Un solo paso, pero es suficiente para que algo dentro de mí se encoja.

— No sabe lo que dice.

— Sé exactamente lo que digo. Inés cayó en su pozo. En su finca. En su propiedad. Y usted la dejó morir. Y después ocultó su cuerpo y mintió a todo el pueblo y destrozó a una familia entera para proteger su nombre.

— Para proteger al pueblo.

La frase me golpea. No porque sea nueva —Esperanza me dijo que Rodrigo se escudaría en eso—, sino por la convicción con la que la pronuncia. Rodrigo Palacios cree lo que dice. Genuinamente. Profundamente. Cree que dejó morir a una niña de nueve años por el bien de doscientas personas.

— Fuente Vieja se habría muerto —dice, y ahora su voz tiembla, no de miedo sino de algo más complejo—. ¿No lo entiende? Si salía lo del pozo, venía la policía, la prensa, la investigación. El pozo no tenía protección, era una negligencia mía. Me habrían detenido. Habrían cerrado la finca. La finca da trabajo a la mitad del pueblo. Sin la finca, sin

trabajo, la gente se habría ido. Fuente Vieja habría desaparecido del mapa.

— Fuente Vieja está desapareciendo del mapa de todas formas. Doscientos habitantes. La mitad de las casas cerradas. Un colegio con nueve niños.

— Pero sigue aquí. Y sigue aquí porque yo tomé decisiones que nadie más tuvo el valor de tomar.

— Decisiones. —La palabra me sabe a ceniza—. Usted llama «decisiones» a dejar que una niña se pudriera en un pozo.

Rodrigo levanta el bastón. No hacia mí. Hacia el campo. Hacia las encinas, las vacas, los kilómetros de tierra que se extienden hasta el horizonte.

— Todo esto —dice— es Fuente Vieja. Sin esto, no hay pueblo. Sin pueblo, no hay escuela, ni bar, ni iglesia, ni viejos en la plaza. ¿Cree que me gustó lo que hice? ¿Cree que no me acuerdo cada día? Cada día, señorita. Cada maldito día.

Me mira. Y por un segundo —un segundo breve, fugaz, que desaparece antes de que pueda agarrarlo— veo algo en sus

ojos que no esperaba: dolor. Un dolor viejo, enterrado, que lleva quince años pudriéndose debajo de toda esa dureza.

Pero el segundo pasa. Y Rodrigo vuelve a ser Rodrigo.

— Su madre se fue por una razón —dice, girándose hacia la casa—. Debería seguir su ejemplo.

— Mi madre se fue porque usted la echó. Porque hizo la vida imposible a cualquiera que se atreviera a mirar hacia el pozo.

Rodrigo se detiene. No se gira.

— Y usted, ¿qué va a hacer? ¿Ir a la policía? ¿Con qué pruebas? ¿Con las divagaciones de una vieja y un cuaderno de una maestra loca?

— Voy a hacer lo que debería haberse hecho hace quince años.

Rodrigo se gira. Me mira por última vez. En su cara no hay miedo. Hay cansancio. Un cansancio enorme, ancestral, de piedra.

— Entonces prepárese —dice—. Porque este pueblo es mío. Y nadie —nadie— va a venir a decirme lo que hice mal.

Entra en la casa. La puerta se cierra.

Me quedo sola en el jardín. Las cigarras cantan. El sol calienta. Las encinas proyectan sombras alargadas sobre la tierra seca.

Respiro.

No ha sido una conversación. Ha sido una declaración de guerra. Rodrigo sabe quién soy. Sabe lo que sé. Y sabe que no

me voy a ir.

Vuelvo al coche. Bajo la cuesta hacia el pueblo. Al pasar por la plaza veo a Tomás salir del ayuntamiento. Me ve. Levanta la mano para saludar. No le devuelvo el gesto.

Tomás Palacios. El hijo. El alcalde. El hombre que heredó un secreto que no pidió y un pueblo que se cae a pedazos. ¿Qué sabe? ¿Cuánto sabe? ¿Supo siempre?

Aparco frente a mi casa. Entro. Cierro la puerta con llave. Me apoyo contra la pared y me dejo resbalar hasta el suelo.

Me tiemblan las manos. Ahora sí. Ahora que estoy sola y que nadie me ve, me tiemblan las manos y me late el corazón en la

garganta y siento el miedo como algo físico, un animal acurrucado en el estómago.

He ido a la guarida del lobo y le he escupido en la cara.

Y el lobo no es estúpido. El lobo sabe moverse. El lobo lleva cuarenta años moviendo a este pueblo como un titiritero mueve sus marionetas.

Cojo el teléfono. Llamo a mi madre.

— He hablado con Rodrigo —digo cuando descuelga.

— ¿Qué? Elena, ¿estás loca?

— Le he dicho quién soy. Le he dicho lo que sé.

Silencio. Un silencio cargado de terror.

— Hija mía. ¿Qué has hecho?

— Lo que había que hacer, mamá. Lo que alguien tendría que haber hecho hace quince años.

Mi madre llora. Es un llanto contenido, breve, de alguien que ya no tiene lágrimas suficientes.

— Ten cuidado. Por favor, Elena. Ten mucho cuidado.

— Lo tendré.

Cuelgo. Miro por la ventana. El pueblo se mueve a su ritmo de siempre: lento, pesado, ajeno. Pero yo sé que debajo de esa

lentitud algo se agita. Lo he provocado. He tirado una piedra al agua estancada y las ondas ya se expanden.

Rodrigo sabe quién soy.

Mañana todo el pueblo lo sabrá.

Y entonces veremos quién tiene más miedo: la maestra sustituta o el hombre que lleva quince años construyendo una mentira sobre la tumba de una niña.

Me levanto del suelo. Me lavo la cara. Abro el cuaderno de Amparo por la última página. Leo mi propia nota: «He llegado, Amparo. No me voy a callar. Inés era mi prima.»

Debajo, añado:

«He hablado con Rodrigo. Sabe quién soy. Ya no hay marcha atrás.»

Cierro el cuaderno. Lo guardo en el cajón de la mesilla, debajo de una toalla. No es el mejor escondite del mundo, pero es el que tengo.

Mañana es viernes. Tengo clase. Nueve niños que esperan que su maestra les enseñe a leer y a sumar y a entender el mundo. Nueve niños cuyos padres saben lo que pasó en el pozo de los Palacios y nunca dijeron nada.

Preparo la cena. Como sin hambre. Me acuesto. No duermo.

A las tres de la mañana, un ruido me despierta. Algo fuera. Algo metálico, como una lata que cae, o una puerta que se abre y se cierra.

Me levanto. Voy a la ventana. La calle está oscura, vacía. Las farolas de Fuente Vieja son pocas y débiles y dejan más

sombras que luz.

No veo nada. Pero sé que hay algo. Alguien.

Vuelvo a la cama. No duermo.

Rodrigo ha movido ficha. No sé cuál, todavía. Pero la partida ha empezado.

Y yo no tengo intención de perderla.

15

El pueblo cierra los ojos

El viernes amanece con un cielo gris que no promete lluvia, solo peso. Una capa de nubes bajas que se apoya sobre los cerros como una tapa sobre una olla. Fuente Vieja, debajo, hierve a fuego lento.

Bajo a la calle a las ocho menos cuarto. El colegio abre a las nueve, pero me gusta llegar antes, preparar el aula, repasar las lecciones. Me gusta el silencio de la escuela vacía, el olor a tiza y a madera vieja, la sensación de que todavía es posible construir algo bueno en un lugar como este.

Hoy no hay silencio.

Lo primero que veo es el coche. Mi Seat Ibiza blanco, aparcado donde siempre, frente a la casa. Tiene algo raro. Tardo un segundo en entenderlo: el lateral derecho. Alguien ha arañado la pintura desde el capó hasta la puerta trasera. Un arañazo profundo, largo, hecho con algo afilado —una llave, un

destornillador, un clavo— que ha arrancado la pintura blanca y ha dejado al descubierto el metal gris de debajo.

Me acerco. Paso la mano por el arañazo. Es reciente. La pintura desprendida todavía tiene polvo encima, el polvo de anoche, pero no el rocío de esta mañana.

Anoche. El ruido metálico que me despertó a las tres de la mañana.

Miro alrededor. La calle está vacía. Pero no desierta: detrás de las cortinas, detrás de los postigos, sé que hay ojos. Siempre hay ojos en Fuente Vieja.

Respiro. No es el coche lo que me preocupa. Es el mensaje. El coche se puede arreglar; el mensaje no.

Alguien quiere que me vaya.

Subo al coche. El motor arranca con normalidad. Bajo por la calle hacia la plaza y giro hacia la escuela. El colegio está en el extremo sur del pueblo, en un edificio de los años sesenta con ventanas grandes y un patio de cemento rodeado de una valla metálica. Es feo, funcional, una caja de hormigón pintada de blanco que el tiempo ha ido tiñendo de amarillo.

Aparco. Bajo. Y lo veo.

En la puerta de la escuela, pegado con cinta adhesiva, hay un papel. Un folio blanco con letras mayúsculas escritas en rotulador negro:

VETE

Una sola palabra. Sin firma, sin explicación, sin matices. VETE. El rotulador ha presionado tanto que el papel se ha roto

en algunas letras. Quien escribió eso estaba furioso. O asustado. O las dos cosas.

Arranco el papel. Lo doblo y me lo meto en el bolsillo.

Entro en la escuela. Enciendo las luces. Preparo el aula. Coloco las sillas, limpio la pizarra, saco los cuadernos. Hago todo lo que hago cada mañana porque la rutina es lo único que tengo ahora mismo, la única estructura que me impide derrumbarme.

A las nueve menos cinco, llega el primero. Lucas, ocho años, pelirrojo, pecas, siempre con una sonrisa torcida que le come la cara. Entra corriendo y tira la mochila en su sitio.

— ¡Buenos días, seño!

— Buenos días, Lucas.

A las nueve y cinco han llegado seis de los nueve. Falta Hugo, Martina y Sofía.

A las nueve y cuarto siguen faltando.

A las nueve y media sé que no van a venir.

Tres niños menos. De nueve, tres no han venido. Un tercio del colegio. Y no por gripe ni por cita médica. Faltan porque sus padres han decidido que no vengan.

Doy la clase. Las fracciones, la lectura comprensiva, el mapa de las comunidades autónomas. Los seis que han venido trabajan con normalidad, ajenos a todo, protegidos por esa

burbuja de inocencia que tienen los niños cuando el mundo de los adultos se pudre a su alrededor.

A las once, recreo. Los seis salen al patio. Yo me quedo en el aula. Saco el teléfono. Busco el número de los padres de Hugo. Llamo.

— ¿Señora Ramos? Soy Elena, la maestra. Hugo no ha venido hoy. ¿Está bien?

Silencio. Un silencio largo, incómodo, de esos que dicen más que las palabras.

— Hugo no va a ir al colegio hoy —dice finalmente la señora Ramos. Su voz es tensa, como una cuerda a punto de romperse.

— ¿Está enfermo?

— No.

— ¿Ha pasado algo?

Otro silencio. Más largo.

— Señorita Elena. —La mujer baja la voz, como si alguien pudiera oírla—. Usted es buena maestra. A Hugo le gusta mucho ir a clase. Pero hay cosas que... hay situaciones que...

— ¿Le han dicho que no mande a Hugo?

— Nadie me ha dicho nada. Es decisión mía.

Miente. Lo sé porque su voz tiembla y porque nadie dice «es

decisión mía» cuando realmente lo es.

— Señora Ramos...

— Lo siento. De verdad que lo siento.

Cuelga.

Llamo a los padres de Martina. No contestan. Llamo a los padres de Sofía. Tampoco.

Me quedo sentada en la silla de la maestra, con el teléfono en la mano y la vista clavada en los tres pupitres vacíos. Tres sillas sin niño. Tres familias que han decidido —o a las que han convencido de decidir— que es mejor no enviar a sus hijos a la escuela de la maestra que hace preguntas.

El pueblo cierra filas. Lo sabía. Lo esperaba. Pero esperarlo no es lo mismo que vivirlo.

Termino las clases a las dos. Los seis niños se van corriendo, como siempre, con sus mochilas rebotando y sus voces agudas rebotando contra las paredes del pueblo. Los veo alejarse y siento una punzada de ternura y de miedo. Ternura porque son niños, porque son lo único limpio que queda en Fuente Vieja. Miedo porque este pueblo les está enseñando a callar antes de que aprendan a hablar.

Salgo de la escuela. Cierro con llave. Camino hacia la plaza.

Y noto algo.

Fuente Vieja siempre me mira. Desde el primer día, desde que llegué, las cortinas se mueven, los viejos giran la cabeza, las mujeres cuchichean en las esquinas. Pero hoy es diferente. Hoy no me miran: me evitan. Bajo por la calle principal y la

gente cruza de acera. Paso por delante de la tienda de ultramarinos y la dependienta entra de golpe, como si se le hubiera olvidado algo dentro. Un hombre que estaba sentado en un banco se levanta y se va.

No es odio. Es peor. Es un pacto silencioso, un acuerdo tácito que ha recorrido el pueblo como una corriente eléctrica: la maestra es peligrosa. La maestra hace preguntas. La maestra sabe cosas que no debería saber. Mantenerse lejos de la maestra.

Rodrigo ha movido ficha.

Entro en el bar de Celia. Es el único lugar donde todavía me siento segura. Celia está detrás de la barra, secando vasos con un trapo. Hay dos hombres en una mesa del fondo que me miran y dejan de mirarme inmediatamente.

— Un café —pido.

Celia me pone el café sin hablar. Me mira. Hay algo en sus ojos —una advertencia, una pregunta— que no se atreve a poner en palabras. Mira de reojo a los dos hombres del fondo.

— ¿Tienes un momento? —le pregunto en voz baja.

Celia duda. Una duda mínima, de medio segundo, pero la veo. Celia, que desde el primer día me ha hablado con franqueza,

que me ha contado más de lo que debía, que me ha mirado sin ese velo de desconfianza que lleva el resto del pueblo, duda.

— Luego —dice—. Cuando cierre.

Asiento. Bebo el café. Dejo el dinero en el platillo y salgo.

En la plaza, sentado en su banco de siempre, está don Aurelio. El viejo más viejo de Fuente Vieja. Noventa y tantos años, boina calada, manos de corteza. Me mira cuando paso. No aparta la vista como los demás. Me sostiene la mirada con esos ojos acuosos que parecen llevar dentro todo el siglo XX.

— Señorita —dice.

Me detengo.

— ¿Sí?

— Tenga cuidado con las piedras que mueve. A veces lo que hay debajo es peor que lo que se ve encima.

— ¿Me está amenazando?

Don Aurelio niega con la cabeza. Despacio. Con una tristeza que no esperaba.

— La estoy avisando. Que no es lo mismo.

Se levanta. Se apoya en su bastón —un bastón de olivo, nudoso, negro de grasa y de años— y se aleja por la calle con

ese andar de péndulo que tienen los viejos. Me quedo mirándole hasta que desaparece por una esquina.

La estoy avisando. Que no es lo mismo.

Tiene razón. No es lo mismo. Don Aurelio no me amenaza: me avisa. Porque sabe lo que viene. Porque lo ha visto antes. Porque en Fuente Vieja las cosas no cambian: se repiten.

Vuelvo a mi casa. Al pasar por la puerta de la iglesia, veo al cura —don Fermín, un hombre seco y huesudo que dice misa los domingos para veinte personas— que me mira desde el atrio. No me saluda. Se mete dentro y cierra la puerta.

Llego a casa. Cierro. Echo la llave y, por primera vez, corro el cerrojo.

Me siento a la mesa de la cocina. Saco el papel del bolsillo. VETE. Lo desdoblo y lo miro como si pudiera extraer información de las letras gruesas y furiosas.

El rotulador es negro. Grueso. De los que se usan para escribir carteles o etiquetar cajas. Las letras son grandes, irregulares, de alguien que no escribe mucho a mano. No hay faltas de ortografía, pero con una sola palabra es difícil cometerlas.

Lo dejo sobre la mesa. Al lado pongo el cuaderno de Amparo.

Las dos cosas juntas forman una imagen clara: la maestra anterior investigó y la echaron. La maestra actual investiga y la quieren echar. El patrón se repite porque la causa se repite: Fuente Vieja protege su secreto como un organismo protege una infección. No la cura; la encapsula. La rodea de silencio y

de miedo y espera a que el cuerpo extraño —la maestra curiosa, la forastera insistente— se canse y se vaya.

Pero yo no soy Amparo. Amparo estaba sola. Yo soy una Galán.

Cojo el teléfono. Llamo a mi madre. Le cuento lo del coche, lo del papel, lo de los niños que no han venido a clase.

— Vuelve a casa —dice mi madre. Su voz es un hilo.

— No.

— Elena, por Dios. Te van a hacer daño.

— Me han rayado el coche y me han dejado un papel. No me han hecho daño.

— Todavía.

Tiene razón. Todavía.

— Mamá, necesito que hagas algo por mí. Necesito que llames a la Delegación de Educación y les cuentes que tres familias no han mandado a sus hijos al colegio por presiones del cacique local. Necesito que quede constancia.

Silencio. Luego:

— ¿Constancia de qué?

— De que si me pasa algo, no es casual.

Mi madre llora. Bajo, quedito, como si no quisiera que la oyera. Pero la oigo.

— Haré esa llamada —dice—. Y después voy a llamar a tu tío Fernando, que es abogado. Y después voy a rezar, que es lo

único que me queda.

— Tú no rezas, mamá.

— Pues empezaré hoy.

Sonrío. Es una sonrisa triste, pero sonrisa al fin.

A las diez de la noche, Celia no ha venido. Le había dicho que luego, cuando cerrara. El bar cierra a las diez entre semana. Son las diez y media y Celia no ha llamado a mi puerta.

Me asomo a la ventana. La calle está vacía. La farola más cercana parpadea con un zumbido eléctrico. Las casas tienen las ventanas cerradas, los postigos echados. Fuente Vieja duerme. O finge que duerme.

A las once suena el teléfono. Un mensaje de WhatsApp de un número que no tengo guardado. Lo abro.

«Soy Celia. No puedo ir esta noche. Están vigilando tu casa. Ten cuidado. Mañana hablamos.»

Están vigilando tu casa.

Leo el mensaje tres veces. La tercera vez, mis manos tiemblan.

Me aparto de la ventana. Apago las luces. En la oscuridad de la cocina, sentada en la silla con el teléfono apretado contra el

pecho, escucho. Los sonidos de la noche: el viento, un perro lejano, el crujido de las vigas de la casa.

Y algo más. Pasos. Fuera, en la calle, pasos lentos que se acercan, se detienen frente a mi puerta y vuelven a alejarse.

No me muevo. No enciendo la luz. No abro la puerta.

Me quedo sentada en la oscuridad, respirando, pensando, calculando. Rodrigo ha puesto a alguien a vigilarme. O alguien se ha ofrecido voluntario, que en Fuente Vieja viene a ser lo mismo. El mensaje es claro: te vemos. Sabemos dónde estás. Sabemos lo que haces.

Pero hay un segundo mensaje, uno que Rodrigo no esperaba: Celia. Celia, que me avisa. Celia, que se arriesga a enviarme un WhatsApp sabiendo lo que puede pasarle si alguien lo descubre.

No estoy sola. No del todo.

Me acuesto vestida. Dejo el teléfono en la mesilla, el cuaderno de Amparo bajo la almohada. No duermo. Cuento las horas. A las dos de la mañana, los pasos vuelven. Se detienen. Se van.

A las tres, silencio.

A las cuatro, el primer pájaro canta.

A las cinco, decido que hoy no voy a esperar a que el pueblo me diga lo que puedo y lo que no puedo hacer. Hoy voy a

buscar respuestas. No en las calles, no en las casas, no en las caras cerradas de la gente.

En el cuaderno de Amparo.

Porque Amparo no se fue con las manos vacías. Amparo dejó un mapa. Y yo todavía no he terminado de leerlo.

16

El mapa de Amparo

Saco el cuaderno de debajo de la almohada a las cinco y media de la mañana, cuando la luz es todavía gris y el pueblo duerme.

Lo he leído antes. Lo he leído varias veces. Pero lo he leído como una extraña, buscando la historia de una niña desaparecida en un pueblo que no conocía. Ahora lo leo como lo que soy: la prima de Inés. La nieta de Esperanza. La segunda maestra que busca la verdad en Fuente Vieja.

El cuaderno es una libreta de espiral, tamaño cuartilla, con tapas de cartón verde desgastado. La letra de Amparo es pequeña, apretada, de profesora acostumbrada a escribir mucho en poco espacio. Hay páginas de notas sueltas, páginas de diario, páginas con listas y esquemas. Un trabajo de años. Una obsesión metódica, disciplinada, incansable.

Empiezo desde el principio.

Las primeras páginas son del año 2015, seis años después de la desaparición de Inés. Amparo llevaba ya veinticuatro años

en Fuente Vieja cuando empezó a escribir. ¿Qué la activó? ¿Qué hizo que una maestra que llevaba más de dos décadas conviviendo con el secreto decidiera ponerlo por escrito?

La respuesta está en la tercera página:

«Hoy ha muerto Carmen Galán en Cáceres. Cáncer de hígado. Tenía 43 años. Era la madre de Inés. Ha muerto sin saber dónde está su hija. Ha muerto sin que nadie le dijera la verdad.»

Carmen. La tía que nunca conocí. La hermana de mi madre. La madre de Inés. Murió en 2014, y su muerte fue el detonante que convirtió a Amparo de testigo silenciosa en investigadora.

«No puedo más con el silencio. Llevo años callándome. Todos nos callamos. Pero Carmen ha muerto y su hija sigue en ese pozo y yo no puedo seguir dando clase a los hijos de la gente que lo permitió como si no pasara nada. Voy a escribirlo todo. Todo lo que sé, todo lo que he oído, todo lo que puedo

demostrar. Si me pasa algo, que alguien encuentre este cuaderno.»

Paso las páginas. Amparo fue metódica. Asombrosamente metódica. Hizo lo que haría una buena investigadora: reconstruyó la noche de la desaparición hora por hora.

Hay una cronología:

«12 de septiembre de 2009. Fiestas patronales de Fuente Vieja. Programa: misa solemne a las 12:00, comida popular a las 14:00, procesión a las 18:00, verbena a las 21:00.»

«21:00 - Comienza la verbena en la plaza. Orquesta contratada de Plasencia. Todo el pueblo presente.»

«21:30 aproximadamente - Grupo de niños se escapa de la verbena. Van a jugar a la dehesa de los Palacios. La finca está a 800 metros del pueblo, subiendo por el camino de tierra.»

«Niños identificados (por testimonio posterior, nunca oficial): Lucas Ramos (11 años), Adrián Herrero (10), Marta Duarte (10), Pablo Sanz (9), Inés Galán (9), Hugo Ramos (8, hermano de Lucas).»

Me detengo. Releo los nombres. Lucas Ramos, once años en 2009. Tendría ahora veintiséis. Los Ramos. La señora Ramos, la madre de Hugo, el niño que no ha venido hoy a clase. ¿Será su hermano mayor el Lucas de la lista? ¿El Lucas que vio caer a Inés al pozo?

Sigo leyendo.

«22:00 aproximadamente - Los niños juegan al escondite en la dehesa. Hay un pozo viejo, abierto, sin protección, en la zona norte de la finca. Los niños lo conocen pero no se

acercan normalmente. Esa noche, corriendo en la oscuridad, Inés cae.»

«22:10-22:15 - Los otros niños oyen el grito. Se acercan al pozo. Gritan el nombre de Inés. No obtienen respuesta (el pozo es profundo, unos 12-15 metros según estimación). Los niños bajan corriendo al pueblo.»

«22:20-22:30 - Los niños buscan a un adulto. No van a sus padres (están bailando, bebiendo, no los encuentran en la multitud). Van al primer adulto que ven con autoridad: Rodrigo Palacios. Rodrigo está en la caseta del ayuntamiento, junto a la plaza, donde se sirven las bebidas.»

«22:30-22:45 - Rodrigo escucha a los niños. Les dice que se queden ahí. Sube solo a la dehesa. A PIE. No coge el coche. No llama a nadie. No pide ayuda. SOLO.»

Amparo ha subrayado la palabra SOLO tres veces. Y ha añadido al margen: «¿Por qué solo? Si un niño te dice que otro niño ha caído a un pozo, ¿no llamas a los bomberos? ¿No coges una cuerda? ¿No llevas a alguien contigo?»

«23:30 aproximadamente - Rodrigo vuelve al pueblo. Ha tardado una hora. Una hora. Dice a los niños que Inés no está en el pozo, que el pozo está vacío. Les dice que la niña habrá ido a la sierra, que se habrá perdido. Les dice que no se preocupen. Les dice que vuelvan a la verbena y que no digan nada a nadie para no asustar.»

«23:30-00:00 - Rodrigo busca a los padres de Inés. Carmen y su marido, Ángel (separados, pero ambos en la verbena). Les dice que Inés ha desaparecido, que probablemente se ha perdido en la sierra. Organiza una batida de búsqueda.

DIRECCIÓN: sierra norte. Es decir, en dirección opuesta a la dehesa.»

Paso la página. Amparo tiene una lista titulada «Participantes en la batida de búsqueda - Noche del 12 al 13 de septiembre de 2009». Hay treinta y dos nombres. Prácticamente todo el pueblo adulto. Al lado de cada nombre, Amparo ha puesto una marca. Hay tres tipos de marcas: un círculo (participó en la batida y no hizo preguntas), un triángulo (participó pero expresó dudas sobre la dirección) y una equis (se negó a participar o no estaba disponible).

La mayoría son círculos. Hay cuatro triángulos. Ninguna equis.

Los cuatro triángulos son: Esperanza Galán, Pilar Galán, Fermín Lozano (el cura) y Celia Duarte.

Esperanza y Pilar, obviamente: la abuela y la tía de Inés. Fermín, el cura, que según Amparo «dijo en voz alta que habría que mirar en la finca» y fue inmediatamente silenciado por Rodrigo. Y Celia.

Celia Duarte.

Duarte. El mismo apellido que Marta Duarte, la niña de diez años que estaba jugando con Inés esa noche.

Celia es la madre de Marta. O la tía. O la hermana mayor. Celia estaba conectada con uno de los niños que vieron caer a Inés. Celia sabía.

Paso más páginas. Amparo ha hecho un trabajo impresionante. Ha reconstruido no solo la noche de la desaparición, sino los días, las semanas y los meses posteriores. La búsqueda oficial duró diez días. La Guardia

Civil participó los tres primeros. Después, Rodrigo los convenció de que Inés se habría perdido en la sierra y que las condiciones del terreno hacían improbable encontrarla con vida. La Guardia Civil se retiró. El caso quedó abierto pero inactivo.

«Octubre de 2009 - Un mes después de la desaparición, Rodrigo Palacios sella el pozo de la dehesa con una losa de hormigón. Justificación oficial: "medida de seguridad para evitar accidentes". Nadie cuestiona el momento. Nadie pregunta por qué no lo hizo antes. Nadie dice lo obvio: que sellar el pozo un mes después de que una niña desapareciera cerca es, como mínimo, sospechoso.»

Hay más. Mucho más. Amparo documentó cada detalle durante años. Tiene notas sobre conversaciones escuchadas en el bar, sobre comentarios en misa, sobre los silencios elocuentes de la gente. Tiene una lista de «las personas que sabían» —la titula así, entre comillas, como si fuera el título de una obra de teatro— que incluye a casi todo el pueblo adulto.

«En Fuente Vieja, la verdad sobre Inés no es un secreto. Es un pacto. Todos saben lo que pasó. Los niños que estaban allí se lo contaron a sus padres. Sus padres se lo contaron entre ellos. El pueblo entero sabe que Inés cayó al pozo, que Rodrigo subió solo, que volvió diciendo que no había nada. El pueblo entero sospecha —o sabe— que Rodrigo mintió. Pero nadie habla. Porque hablar significaría romper el pacto. Y romper el pacto significaría enfrentarse a Rodrigo. Y enfrentarse a Rodrigo significaría perder el trabajo, la casa, el sitio en la

iglesia, la mesa en el bar. Significaría ser expulsado del único mundo que conocen.»

«No es que la gente de Fuente Vieja sea mala. No lo son. Son cobardes. Que es peor, porque la maldad se castiga y la cobardía se contagia.»

La frase me detiene. La releo. La cobardía se contagia. Amparo tenía razón. La cobardía es lo que mantiene a Fuente Vieja unida. No el miedo a Rodrigo, no el respeto a los Palacios, no la lealtad al pueblo. La cobardía pura y simple de no querer ser el primero en hablar.

Las últimas páginas del cuaderno son las más importantes. Amparo dejó de documentar el pasado y empezó a trazar un plan. Un plan que no pudo ejecutar.

«Para reabrir el caso necesito: 1. Testimonio de al menos uno de los niños que estaban allí esa noche (ahora adultos, 24-26 años). 2. Testimonio de Esperanza Galán (testigo directo: fue al pozo al día siguiente). 3. Abrir el pozo. Si hay restos, caso cerrado. Si no hay restos, Rodrigo los movió, y hay que buscar dónde. 4. Llevar todo a la Guardia Civil de Cáceres. NO a la de Fuente Vieja (el puesto de Fuente Vieja depende del cuartel de Navalmoral, y Rodrigo tiene contactos allí).»

Al margen, una nota con letra más apresurada:

«Rodrigo sabe que estoy investigando. Me ha llamado al despacho del ayuntamiento. Me ha dicho, textualmente: "Amparo, usted lleva treinta años aquí. La considero parte de

este pueblo. No me obligue a dejar de considerarla." Es una amenaza. No tengo duda.»

Y después, la última entrada:

«Me voy. No puedo seguir. Ha amenazado a Marcos. Mi hijo. Rodrigo sabe dónde trabaja, dónde vive, sabe todo. Me ha dicho que si sigo, Marcos tendrá problemas. No puedo arriesgarme. Pero dejo el cuaderno. Lo dejo en la casa de la maestra, debajo del colchón. Alguien vendrá después de mí. Alguien ocupará esta plaza, dormirá en esta cama, encontrará estas páginas. Y quizá esa persona pueda hacer lo que yo no he podido.»

«A la que venga después: ten cuidado. Pero no te calles. Por Inés. Por favor, no te calles.»

Cierro el cuaderno. Son las siete de la mañana. La luz ha cambiado; ya es la luz amarilla y espesa de un día de

septiembre en Extremadura. Fuera, Fuente Vieja empieza a despertar. Oigo puertas, voces lejanas, un motor.

Me levanto. Voy a la cocina. Hago café. Me siento a la mesa con la taza entre las manos y miro el cuaderno.

Amparo me ha dado un mapa. Un mapa con cuatro puntos: el testimonio de los niños, el testimonio de Esperanza, el pozo y la Guardia Civil de Cáceres.

El testimonio de Esperanza ya lo tengo. Mi abuela me ha contado todo lo que sabe.

El pozo existe. La losa de hormigón sigue ahí, en la dehesa de los Palacios.

La Guardia Civil de Cáceres es el destino final. Pero necesito pruebas. Necesito más que el cuaderno de una maestra y la palabra de una abuela.

Necesito a los niños. A los niños que ahora son adultos. A los que estaban allí esa noche. A Lucas Ramos, a Adrián Herrero, a Marta Duarte, a Pablo Sanz, a Hugo Ramos.

Cinco testigos. Cinco personas que vieron caer a Inés. Cinco personas que llevan quince años con ese peso.

Cojo el cuaderno y escribo los nombres en la última página. Al lado de cada uno, añado lo que sé:

Lucas Ramos, 26 años. Hermano mayor del Hugo que viene a mi clase. Vive en el pueblo o cerca. Adrián Herrero, 25 años. No tengo datos. Marta Duarte, 25 años. Relación con Celia Duarte (¿madre? ¿hermana?). Pablo Sanz, 24 años. No tengo

datos. Hugo Ramos, 23 años. Hermano menor de Lucas. ¿Vive en el pueblo?

Cinco nombres. Cinco hilos de los que tirar.

Pero hay un hilo más fácil. Uno que ya está tendido, esperando a que lo coja.

Celia.

Celia Duarte, dueña del bar, la mujer que me ha ayudado desde el principio, la que me envió el mensaje anoche avisándome de que vigilaban mi casa. Celia, cuyo apellido coincide con el de una de las niñas que estaban en la dehesa esa noche. Celia, que aparece en la lista de Amparo como uno de los cuatro triángulos: personas que dudaron de la versión oficial.

Celia sabe más de lo que me ha contado. Mucho más. Y creo que quiere contármelo. Creo que lleva quince años queriendo contárselo a alguien.

Miro el reloj. Las siete y media. El bar abre a las ocho. Demasiado temprano para ir. Y hoy es sábado; no hay clase. Tengo todo el día.

Me ducho. Me visto. Desayuno el café con unas galletas que ya saben a cartón. Espero.

A las diez salgo de casa. Bajo a la plaza. El pueblo tiene esa quietud de fin de semana que en cualquier otro sitio sería paz y aquí es vigilancia. Hay menos gente de la habitual. Los

bancos de la plaza están vacíos. La tienda tiene la persiana a medio echar.

Entro en el bar. Celia está sola. Ni un cliente. Un sábado por la mañana, bar vacío. Eso no es normal.

Celia me mira. Tiene ojeras. Tiene la mandíbula apretada. Tiene las manos ocupadas con un trapo que no necesita.

— ¿Estás bien? —le pregunto.

— He tenido mañanas mejores.

— ¿Te están presionando?

Celia no contesta. Pone una cafetera en el fuego. Saca dos tazas.

— Marta —dice sin mirarme—. Marta Duarte. Mi hija.

Lo sabía. Pero oírlo confirmado me golpea igual.

— Tu hija estaba allí esa noche.

— Mi hija tenía diez años. Cayó al suelo cuando oyó el grito de Inés. Se hizo un corte en la rodilla. Todavía tiene la cicatriz. — Celia sirve el café. Le tiemblan las manos—. Vino a casa llorando a las once de la noche. Me dijo que Inés se había

caído al pozo. Que el señor Palacios había subido a mirar. Que el señor Palacios había dicho que no había nadie en el pozo.

— ¿Y tú qué hiciste?

Celia me mira. Sus ojos están llenos de algo que reconozco: culpa. Una culpa vieja, fermentada, que lleva quince años creciéndole por dentro.

— Nada —dice—. No hice nada. Abracé a mi hija, la metí en la cama y no hice nada.

El silencio se extiende entre nosotras como una sábana.

— Pero sabías.

— Todos sabíamos, Elena. Todos. ¿Crees que eso no me destruye? ¿Crees que no me levanto cada mañana y miro esa barra y esos vasos y pienso que Inés Galán tendría

veinticuatro años y podría estar aquí sentada tomándose una caña? ¿Crees que no lo pienso cada día?

— Entonces ayúdame.

Celia me mira. Deja el trapo. Se apoya en la barra.

— ¿Ayudarte a qué?

— A terminar lo que empezó Amparo.

Un silencio largo. Celia mira hacia la puerta del bar, como si esperara que alguien entrara. Nadie entra.

— Ven esta noche —dice por fin—. A las once. A mi casa. Por la puerta de atrás.

Asiento. Me bebo el café. Salgo del bar.

El pueblo sigue vacío. Pero algo ha cambiado. No sé qué es exactamente, pero lo siento: un movimiento subterráneo, una vibración, como los temblores que preceden a un terremoto.

Fuente Vieja está a punto de romperse.

Y cuando se rompa, todo lo que hay debajo saldrá a la luz.

17

La noche de las confesiones

A las once menos cinco de la noche, salgo de casa por la puerta de atrás.

No sabía que mi casa tenía puerta trasera hasta esta tarde, cuando la busqué. Está al fondo de la cocina, detrás de una cortina que siempre di por decorativa. Es una puerta de madera vieja, con la pintura descascarillada y un cerrojo que cuesta mover. Da a un callejón estrecho, apenas un metro de ancho, que corre paralelo a la calle principal entre las traseras de las casas. Un callejón de gatos y tendederos y cubos de basura.

Perfecto.

Camino por el callejón agachada, aunque nadie puede verme desde la calle. Es instinto. El instinto de quien sabe que la están vigilando y ha aprendido, en tres días, a moverse como

se mueven las presas: en silencio, por las sombras, mirando atrás cada pocos pasos.

La casa de Celia está a cuatro callejones de la mía. Conozco el camino porque esta tarde me he pasado una hora estudiando el pueblo en Google Maps —el WiFi de la casa de la maestra, milagrosamente, funciona— hasta memorizar cada calle, cada callejón, cada atajo.

Llego a la trasera de la casa de Celia. Una puerta de hierro pintada de azul, medio oculta por una parra. Llamo con los nudillos. Tres golpes suaves.

La puerta se abre inmediatamente. Celia estaba esperando.

— Entra. Rápido.

Entro. La puerta se cierra detrás de mí. Estoy en un patio pequeño, con macetas y una mesa de plástico y una bombilla que Celia ha dejado apagada a propósito. Cruzamos el patio a oscuras y entramos en la casa por la cocina.

La cocina de Celia es lo contrario de la mía: llena de vida, de cacharros, de fotos, de imanes en la nevera, de un calendario con gatitos que alguien ha ido marcando con bolígrafo rojo. Huele a guiso del mediodía y a detergente de lavanda. Es una

cocina de verdad, de las que se usan, de las que se llenan de ruido y de gente. Ahora está en silencio.

Celia cierra las contraventanas. Baja las persianas. Enciende una lámpara pequeña en la encimera que da una luz tenue, amarilla, de confesionario.

— ¿Quieres vino? —pregunta.

— Sí.

Saca una botella de tinto y dos vasos. No copas. Vasos, de los de agua. Sirve para las dos. El vino es espeso, oscuro, y sabe a tierra y a uva pisada.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Frente a frente. Como Esperanza y yo hace dos días, pero distinto. Esperanza me dio la historia de la familia. Celia va a darme la historia del pueblo.

— Antes de nada —dice Celia, y su voz es firme pero baja, como si las paredes escucharan—. Necesito que sepas que estoy cagada de miedo.

— Lo sé. Yo también.

— No. Tú estás cabreada. Que es diferente. Yo estoy cagada de miedo de verdad. Tengo el bar, Elena. El bar es todo lo que tengo. Es mi casa, mi trabajo, mi vida. Si Rodrigo decide que el bar cierra, el bar cierra. No necesita hacer nada: basta con que diga a la gente que no venga. Y la gente no vendrá. Como hoy.

— Hoy no ha venido nadie.

— Tres personas en todo el día. Un sábado. Normalmente tengo treinta. —Bebe vino—. Rodrigo no necesita amenazar.

Le basta con hablar. Con sugerir. Con mirar de cierta manera. Y la gente entiende.

— ¿Y por qué me ayudas, entonces?

Celia me mira. Sus ojos son marrones, grandes, con pestañas largas. Ojos de mujer guapa que se ha dejado de preocupar por ser guapa hace mucho tiempo.

— Porque mi hija tiene pesadillas. —Lo dice sin drama, sin énfasis, como quien dice que llueve—. Marta tiene veinticinco años. Vive en Cáceres. Trabaja en un supermercado. Es buena chica. Pero tiene pesadillas. Desde los diez años. Se despierta gritando el nombre de Inés. Cada noche. Cada noche durante quince años.

Bebo vino. No digo nada. Celia necesita hablar.

— Los primeros años pensé que se le pasaría. Los niños olvidan, ¿no? Se supone que los niños olvidan. Pues los niños no olvidan una mierda. Los niños recuerdan todo, y lo que no recuerdan lo sienten, y lo que no sienten les sale en pesadillas y en miedos y en manías y en pastillas. Marta toma ansiolíticos desde los dieciocho años. Dieciocho años. Porque vio caer a su amiga a un pozo cuando tenía diez y nadie le dejó hablar de ello.

— Celia...

— No, espera. Déjame terminar. —Bebe otro trago. Largo—. Yo callé. Callé como todos. Cuando Marta vino llorando esa noche y me dijo lo que había pasado, callé. Rodrigo me vino a ver al día siguiente, de buena mañana, y me dijo: «Celia, la niña se ha perdido en la sierra. Los niños estaban jugando y se asustaron. Se confundieron.» Y yo le miré a los ojos y vi que mentía. Y callé. Porque tenía el bar. Porque tenía a Marta.

Porque Rodrigo no necesitaba amenazar; bastaba con que te mirara para que supieras lo que podía pasar si hablabas.

La cocina está en silencio. Solo el zumbido de la nevera y el tic-tac de un reloj en la pared.

— Yo soy de las que siempre supieron —dice Celia—. De las que participaron en la batida y buscaron en la sierra sabiendo que Inés no estaba en la sierra. De las que volvieron al pueblo diez días después con las manos vacías y fingieron sorpresa. De las que miraron a Esperanza a la cara y le dijeron «lo siento, no hemos encontrado nada» sabiendo que la niña estaba a ochocientos metros de la plaza, en un pozo, en la finca del hombre que nos pagaba a todos.

— No eres la única.

— No. Pero eso no me consuela. —Se llena el vaso otra vez—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre la culpa individual y la culpa colectiva? Que la individual la puedes confesar. La colectiva no. Porque si uno habla, todos caen. Y nadie quiere ser el que haga caer a todos. Así que nos callamos. Año tras año. Y el silencio se convierte en costumbre, y la costumbre en identidad, y al final ya no sabes quién eres sin el secreto.

Fuente Vieja sin el secreto de Inés es... nada. Es un pueblo más. Es piedras y viejos y nada.

— Fuente Vieja con el secreto de Inés es una tumba.

Celia asiente. Despacio.

— Sí. Es una tumba. Y yo estoy harta de vivir en una tumba.

Nos miramos. El vino se va acabando. La luz de la lámpara parpadea.

— Cuéntame lo que sabes —digo—. Todo.

Celia respira hondo. Se recoge el pelo detrás de la oreja. Se prepara.

— Inés cayó en el pozo. Eso ya lo sabes. Lo que quizá no sabes es lo que pasó después.

— ¿Después de que Rodrigo subiera solo a la finca?

— Rodrigo subió al pozo. Llevaba una linterna. Miró dentro. Inés estaba abajo. Viva.

El vino se me atraganta.

— ¿Viva?

— Viva. Mi hija me lo contó años después, cuando empezó la terapia. Los niños no se fueron enseguida cuando Rodrigo les dijo que esperaran. Lucas, el mayor, los hizo esperar escondidos detrás de un muro de piedra, cerca del camino. Vieron a Rodrigo subir. Vieron la luz de la linterna. Y oyeron...

—Celia cierra los ojos—. Oyeron una voz. Desde el pozo. Una voz de niña que pedía ayuda.

No puedo respirar. Literalmente no puedo respirar. El aire se me ha quedado atascado en algún punto entre la garganta y los pulmones y no baja ni sube.

— Inés estaba viva cuando Rodrigo llegó al pozo.

— Sí.

— ¿Y no la sacó?

Celia abre los ojos. Me mira con una expresión que es puro dolor.

— No lo sé. No sé qué hizo Rodrigo durante esa hora que estuvo arriba. Pero cuando bajó, dijo que el pozo estaba vacío. Y un mes después, lo tapó. Y diez meses después, unos cazadores encontraron restos de ropa infantil en la sierra, a cinco kilómetros del pueblo.

— ¿Ropa?

— Una zapatilla. Una zapatilla de deporte rosa, talla treinta y dos. Era de Inés. La Guardia Civil la identificó. Fue la confirmación de la versión oficial: Inés se había perdido en la sierra. Caso cerrado.

— ¿Y la zapatilla?

— La puso Rodrigo. Todo el mundo lo sabe. Nadie lo dice.

Me levanto de la silla. Necesito moverme. Necesito hacer algo con las manos, con el cuerpo, con la energía que me recorre

como una corriente eléctrica. Camino por la cocina de Celia. Tres pasos en una dirección, tres en la otra.

— Rodrigo sacó a Inés del pozo —digo—. Eso es lo que dices. Subió solo, vio que estaba viva, la sacó o... o esperó a que muriera. Y después sacó el cuerpo y lo llevó a la sierra.

— Eso es lo que creo. No puedo demostrarlo.

— ¿Dónde la dejó?

— No lo sé. Nadie lo sabe. La sierra es enorme. Miles de hectáreas. Si enterró el cuerpo, podría estar en cualquier parte.

— Pero la zapatilla apareció en una zona concreta.

— En el barranco de las Hoces. A cinco kilómetros al norte del pueblo. Es la zona donde Rodrigo dirigió la búsqueda.

Me siento otra vez. El vino ya no sabe a nada. El reloj de la pared marca las doce menos cuarto.

— Celia, necesito que vengas conmigo a la Guardia Civil.

— Lo sé.

— ¿Vendrás?

Celia me mira. Hay miedo en sus ojos. Mucho miedo. Pero debajo del miedo, muy al fondo, como una brasa que lleva

quince años encendida debajo de la ceniza, hay algo más. Algo que se parece al alivio.

— Sí —dice—. Vendré. Pero primero necesitas ir a ver a Amparo.

— ¿Amparo? Amparo se fue. Está enferma en alguna parte.

— Amparo no está enferma. Amparo está en una residencia de ancianos en Cáceres. La residencia San Vicente de Paúl, en el barrio de Cánovas.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque le mando dinero todos los meses. Cincuenta euros. Es lo que puedo. No me lo pidió ella; me lo pidió su hijo Marcos, que no da abasto para pagar la residencia y el piso en Madrid. Marcos me llamó cuando internaron a Amparo y me dijo: «Celia, mi madre hizo lo que pudo. Ayúdame a cuidarla.» Y desde entonces le mando cincuenta euros cada mes.

— ¿Amparo es mayor?

— Setenta y dos años. Como Esperanza. La misma generación, el mismo pueblo, el mismo dolor. Pero Amparo no es de aquí. Amparo vino de maestra y se quedó treinta años. Se quedó porque sentía que era su deber. Porque quería a estos niños. Porque pensaba que podía cambiar las cosas.

— ¿Y la echaron?

— Rodrigo la machacó. Poco a poco, como hace Rodrigo. Primero fueron las insinuaciones. Después las amenazas veladas. Después las directas. Cuando Amparo empezó a

investigar en serio, Rodrigo le dijo que sabía dónde vivía su hijo en Madrid. No hacía falta decir más.

Me quedo callada un momento. Pensando. Procesando. La historia se va completando como un rompecabezas al que le

faltaban piezas y que ahora, pieza a pieza, va revelando una imagen que es peor de lo que imaginaba.

— ¿Celia?

— ¿Sí?

— ¿Marta hablaría? ¿Tu hija? ¿Testificaría?

Celia tarda en contestar. Bebe el último trago de vino. Deja el vaso en la mesa con un golpe seco.

— Se lo preguntaré. Pero creo que sí. Creo que lleva quince años esperando que alguien se lo pida.

Nos miramos. Dos mujeres en una cocina, de noche, a escondidas, con una botella vacía y un pueblo enfermo de silencio al otro lado de la pared.

— Gracias, Celia.

— No me des las gracias todavía. Cuando esto salga, todo va a ser un infierno. Lo sabes, ¿verdad?

— Lo sé.

— Rodrigo no se va a quedar de brazos cruzados.

— Rodrigo ya no puede hacer nada peor de lo que ha hecho.

Celia me mira con una expresión que dice: no estés tan segura. Pero no lo dice en voz alta.

Me levanta. Me acompaña a la puerta del patio. La noche está

fría y limpia, con estrellas. El pueblo duerme. O finge.

— Elena —dice Celia antes de que me vaya—. Hay algo más.

Me giro.

— Tomás.

— ¿Qué pasa con Tomás?

— Tomás sabe. Siempre ha sabido. Tenía veinticinco años cuando pasó. No era un niño. Y su padre le contó lo que había hecho. No esa noche, pero sí después. Cuando selló el pozo. Cuando movió... cuando hizo lo que hizo.

— ¿Tomás es cómplice?

— Tomás es un hombre atrapado. No justifica lo que hizo su padre, pero no ha sido capaz de enfrentarse a él. En este pueblo, enfrentarse a Rodrigo Palacios es enfrentarse a Dios. Y Tomás... Tomás no es fuerte. Es buen chico, pero no es fuerte.

— Nadie en este pueblo es fuerte.

— Tú sí.

La frase me golpea. No como un halago, sino como una responsabilidad. Celia me está diciendo: tú eres la que va a

tener que cargar con esto. Tú eres la que va a tener que romper el silencio. No yo, no Esperanza, no Amparo. Tú.

— Buenas noches, Celia.

— Buenas noches. Ten cuidado al volver.

Vuelvo por los callejones oscuros. La noche huele a jara y a piedra fría. Mis pasos son los únicos sonidos en el pueblo. No hay nadie vigilando mi casa, o si lo hay, no lo veo.

Entro. Cierro. Echo el cerrojo.

Me siento en la cama con el cuaderno de Amparo en las manos. Ahora sé más. Sé que Inés estaba viva cuando Rodrigo llegó al pozo. Sé que Rodrigo sacó el cuerpo y lo llevó a la sierra. Sé que plantó una zapatilla para confirmar la versión oficial. Sé que Amparo no está loca ni enferma: está escondida. Y sé dónde.

Residencia San Vicente de Paúl. Barrio de Cánovas. Cáceres.

Mañana es domingo. No hay clase. Tengo todo el día.

Voy a ir a buscar a Amparo.

Voy a encontrar a la mujer que empezó todo esto. La primera maestra. La que abrió la puerta que Rodrigo creyó haber cerrado para siempre.

Y voy a decirle que su cuaderno llegó a las manos correctas.

Me acuesto. Esta noche, por primera vez en muchas noches, duermo. No bien, no profundo, pero duermo. Porque ya no

estoy sola con el secreto. Ahora somos tres: Esperanza, Celia y yo. Tres mujeres contra el silencio de un pueblo entero.

Y mañana seremos cuatro.

18

La primera maestra

La residencia San Vicente de Paúl está en una calle tranquila del barrio de Cánovas, en Cáceres. Es un edificio de tres plantas pintado de blanco con los marcos de las ventanas verdes, rodeado de un jardín con bancos y rosales. Parece un sitio decente. Parece un sitio donde la gente va a descansar, no a esconderse.

Aparco el Seat Ibiza —con su arañazo largo como una cicatriz en el costado— a las once de la mañana. He salido de Fuente Vieja a las ocho, antes de que nadie se levantara. Dos horas de carretera. El tiempo justo para pensar, para repasar lo que sé, para preparar lo que voy a decir.

No sé qué me voy a encontrar. Celia me dijo que Amparo tiene setenta y dos años y que está en una residencia. No me dijo en qué estado. Puede que esté lúcida. Puede que no. Puede que

me reconozca como la maestra que vino después de ella. Puede que no sepa ni quién soy.

Entro. La recepción huele a desinfectante y a flores de plástico. Una mujer con bata azul me mira desde detrás de un mostrador.

— Buenos días. Vengo a ver a Amparo Reina.

— ¿Es usted familiar?

— Compañera. Soy maestra. Trabajo en el colegio donde ella trabajaba.

La mujer me mira con una expresión que no sé leer. ¿Curiosidad? ¿Desconfianza? ¿Lástima?

— Amparo no recibe muchas visitas. Su hijo viene una vez al mes. De Madrid.

— Lo sé. Marcos.

El nombre del hijo funciona como una contraseña. La mujer se relaja, asiente, me pide que firme un registro.

— Está en el jardín. Le gusta estar fuera por las mañanas. La encuentras en el banco del fondo, junto al limonero.

Cruzo el vestíbulo. Paso por un pasillo con puertas numeradas y fotos de paisajes en las paredes. Un viejo en silla de ruedas me mira pasar con ojos vacíos. Una enfermera empuja un

carrito con medicinas. Todo tiene ese ritmo lento, acolchado, de los lugares donde el tiempo ya no importa.

Salgo al jardín. Es más grande de lo que parecía desde fuera. Hay rosales, naranjos, un limonero en el fondo. Y en el banco junto al limonero, una mujer.

Amparo Reina.

Es más pequeña de lo que esperaba. Menuda, encogida, con el pelo blanco recogido en un moño y unas gafas de montura gruesa que le dan un aspecto de lechuza. Lleva un cárdigan gris sobre un vestido floreado y zapatillas de andar por casa. Tiene un libro en el regazo, abierto, pero no está leyendo. Mira el jardín con una expresión de concentración que no parece dirigirse a nada concreto.

Me acerco despacio. No quiero asustarla.

— ¿Señora Reina?

Amparo levanta la vista. Me mira. Sus ojos son azules, claros, sorprendentemente vivos para una mujer de su edad. Me estudian con una atención que reconozco: es la atención de

una maestra. Treinta años dando clase dejan esa marca: la capacidad de evaluar a alguien en tres segundos.

— No soy tu profesora, hija. Ya no soy profesora de nadie.

— Lo sé. Yo soy la que vino después de usted.

Amparo se queda quieta. Muy quieta. Como Esperanza cuando le dije el nombre de mi madre. La misma rigidez, la misma suspensión del tiempo.

— ¿La sustituta? —dice.

— La sustituta.

Amparo me mira con una intensidad que me recorre entera. De los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies. Me está midiendo, pesando, valorando. Buscando algo.

— Siéntate —dice.

Me siento a su lado en el banco. El limonero nos da sombra. Huele a limón y a tierra húmeda. Es un olor limpio, honesto, que contrasta con todo lo que he venido a hablar.

— ¿Cómo te llamas?

— Elena. Elena Bravo.

— Elena. —Repite el nombre despacio, saboreándolo—. Elena. ¿Y cuánto llevas?

— Tres semanas.

— Tres semanas. —Sonríe. Es una sonrisa amarga, de las que no llegan a los ojos—. Yo tardé seis meses en enterarme de lo

del pozo. Treinta años en hacer algo al respecto. Tú vas más rápido que yo.

— Encontré su cuaderno.

Amparo cierra el libro que tiene en el regazo. Lo aprieta con las manos. Es un gesto automático, inconsciente, de quien está acostumbrada a aferrarse a las cosas.

— Mi cuaderno. Vaya. Pensé que lo habrían encontrado y destruido.

— Estaba debajo del colchón. Como usted lo dejó.

— Debajo del colchón. —Niega con la cabeza—. Treinta años de maestra y escondí mi trabajo debajo del colchón como una cría. Es un milagro que llegara a tus manos.

— Llegó. Y lo he leído. Todo.

Amparo se gira hacia mí. Me mira directamente, sin velo, sin protección.

— ¿Y qué vas a hacer?

— Voy a ir a la Guardia Civil. Pero necesito su ayuda. Necesito que me cuente todo lo que no pudo poner en el cuaderno. Necesito que, si llega el momento, testifique.

Amparo no dice nada durante un rato largo. Mira el jardín. Los rosales, el limonero, el cielo azul de Cáceres en septiembre. Sus manos, llenas de manchas y venas, acarician la cubierta

del libro que tiene en el regazo. Es un gesto de pensamiento. De deliberación.

— ¿Sabes por qué estoy aquí? —dice al fin.

— Sé que Rodrigo la amenazó. Sé que mencionó a su hijo.

— Rodrigo no me amenazó. —Amparo pronuncia el nombre con una frialdad que sorprende—. Rodrigo me informó. Esa es la diferencia. No me dijo «voy a hacerle algo a tu hijo». Me dijo «sé dónde vive tu hijo, en qué calle, en qué piso, a qué hora sale a trabajar». No hacía falta decir más. Rodrigo nunca dice más de lo necesario.

— ¿Y se fue?

— Me fui. Pedí una baja por estrés. La delegación me la concedió sin preguntas. Nadie pregunta cuando la maestra de un pueblo de doscientos habitantes dice que está estresada. Es lo esperado. El aislamiento, la soledad, la monotonía. Las razones oficiales sobran. Las reales no hacen falta.

— ¿Y el cuaderno?

— Lo dejé. Lo dejé porque pensé que si yo no podía terminar lo que había empezado, quizá la siguiente podría. Pedí al sindicato que enviara a alguien cuando se abriera la plaza. No especifiqué a quién. Solo pedí que fuera alguien joven, sin

ataduras, sin miedo. —Me mira—. No sabía que te mandarían a ti.

— ¿Qué quiere decir?

Amparo sonríe de nuevo. Esta vez la sonrisa es diferente. Más cálida. Más triste.

— Nada. Quiero decir que a veces las cosas encajan. ¿Sabes quién eres?

— Sé quién soy. Elena Galán. Nieta de Esperanza. Prima de Inés.

Amparo cierra los ojos. Cuando los abre, están húmedos.

— Dios mío —dice—. ¿Eres la hija de Pilar?

— ¿Conocía a mi madre?

— Pilar tenía veintidós años cuando yo llegué a Fuente Vieja. Se fue poco después. Pero la recuerdo. Era... era valiente.

Como tú, supongo. Tenía los mismos ojos. —Me mira—. ¿Pilar sabe que estás aquí?

— Sí.

— ¿Y sabe lo que estás haciendo?

— Sí.

Amparo asiente. Hay algo en su gesto que es aprobación y preocupación a partes iguales.

— Entonces cuéntame qué necesitas.

— Necesito saber todo lo que descubrió y no puso en el cuaderno.

Amparo suspira. Se acomoda en el banco. Se quita las gafas, las limpia con la manga del cárdigan, se las pone de nuevo. Es un ritual de preparación, como el de Esperanza encendiendo el fuego y poniendo café.

— En el cuaderno puse los hechos. Lo que no puse fueron las conversaciones. Las cosas que la gente me dijo a lo largo de treinta años, en voz baja, de pasada, a veces sin darse cuenta de lo que estaban diciendo.

— ¿Por ejemplo?

— Don Fermín. El cura. Vino a verme una noche, borracho —don Fermín bebe más de lo que debería—, y me dijo: «Amparo, yo me confesé por lo de la niña. Me confesé a mí mismo, porque no tengo otro cura a quien ir. Y me puse de

penitencia no olvidar nunca. No olvidar que sabía y callé.» Eso fue en 2016.

— ¿Y hablaría? ¿Testificaría?

— Don Fermín tiene setenta y ocho años y está cansado de Dios y de los hombres. No sé si hablaría ante un juez. Pero si le preguntas directamente, no te mentirá. No le queda energía para mentir.

— ¿Quién más?

— Tomás. —Amparo pronuncia el nombre con cuidado—. Tomás Palacios vino a verme antes de que me fuera. La última semana. Se presentó en la escuela a las siete de la mañana, antes de que llegaran los niños. Me dijo: «Sé lo que ha hecho mi padre. Lo sé desde hace años. Si pudiera cambiar las cosas, las cambiaría. Pero no puedo.» Yo le dije: «Puedes hablar.» Y él me contestó: «Si hablo, destruyo a mi padre, destruyo a mi familia y destruyo a este pueblo.» Y se fue.

— Tomás lo sabe.

— Tomás lo sabe todo. Es el que más sabe, después de Rodrigo. Y es el que más sufre, también después de Rodrigo. Aunque Rodrigo nunca admitiría que sufre.

Me quedo en silencio, procesando. Tomás. El alcalde con cara de hombre bueno y ojos de hombre atrapado. El que me

recibió cuando llegué. El que me dio las llaves. El que me miró con esa mezcla de amabilidad y culpa que ahora entiendo.

— Amparo, necesito preguntarle algo difícil.

— Pregunta.

— ¿Cree que Inés estaba viva cuando Rodrigo llegó al pozo?

Amparo tarda en contestar. Mira el limonero. Mira sus manos. Mira el cielo.

— Sí —dice—. Creo que estaba viva. El pozo tiene unos doce metros de profundidad, pero en el fondo hay barro, sedimento acumulado. La caída no necesariamente la mató. Probablemente se rompió algo: una pierna, un brazo. Estaba atrapada, herida, pero viva. Los niños oyeron sus gritos. Rodrigo bajó con la linterna y la vio.

— ¿Y por qué no la sacó?

— Porque sacarla significaba llamar a emergencias. Y llamar a emergencias significaba que vendrían los bomberos, la ambulancia, la Guardia Civil. Y todos verían que en la finca de Rodrigo Palacios había un pozo abierto, sin protección, sin señalización, donde una niña de nueve años se había caído.

Negligencia. Responsabilidad civil. Penal, quizá. El nombre de los Palacios arrastrado por el barro.

— La dejó morir.

— No sé si la dejó morir o si... —Amparo se detiene. Traga saliva—. No sé qué hizo exactamente. Sé que estuvo una hora en la finca. Una hora es mucho tiempo.

— ¿Cree que la sacó después? ¿Que movió el cuerpo?

— Creo que volvió más tarde. Esa noche o la siguiente. Con una cuerda, o con lo que fuera. Bajó al pozo, sacó a Inés y la llevó a la sierra. La enterró en algún lugar del barranco de las Hoces, donde había dirigido la búsqueda. Así, si algún día encontraban restos, encajaría con la versión oficial: la niña se perdió en la sierra.

— Y la zapatilla.

— La zapatilla la plantó él. Diez meses después. Para cerrar el caso. Una zapatilla rosa, talla treinta y dos. La Guardia Civil la encontró y confirmó que era de Inés. Caso cerrado: la niña se perdió, murió de frío o de hambre, los animales se encargaron del resto. Triste pero plausible. Y nadie hizo más preguntas.

El jardín de la residencia está en silencio. Una enfermera pasa a lo lejos empujando una silla de ruedas. Un pájaro canta en el limonero. Todo es paz. Todo es engaño.

— Amparo, voy a ir a la Guardia Civil de Cáceres. Con su cuaderno, con el testimonio de Celia Duarte, con todo lo que tengo. Necesito saber si puedo contar con usted.

Amparo me mira. Y en sus ojos veo algo que no esperaba: alegría. Una alegría pequeña, frágil, como una flor que crece

en una grieta del asfalto.

— Llevo dos años esperando que alguien me haga esa pregunta —dice—. Llevo dos años en esta residencia, mirando este jardín, pensando que me iba a morir sin que nadie abriera ese maldito pozo. —Se le quiebra la voz—. Sí. Puedes contar conmigo. Testificaré. Contaré todo lo que sé. Daré nombres, fechas, lugares. Todo.

— ¿No tiene miedo?

— Tengo setenta y dos años, Elena. ¿Miedo de qué? ¿De que Rodrigo me mande a una residencia peor? Ya estoy en una residencia. ¿De que amenace a mi hijo? Mi hijo sabe lo que hago y está de acuerdo. Es él quien me ha animado a hablar. Es él quien me dice cada vez que viene: «Mamá, hazlo. Habla de una vez. No te mueras con eso dentro.»

Le cojo la mano. Es una mano pequeña, seca, con los nudillos hinchados de artritis. La mano de una maestra que ha corregido miles de cuadernos, que ha abierto miles de libros, que ha escrito un cuaderno que puede cambiarlo todo.

— Gracias, Amparo.

— No me des las gracias. Dame justicia. Es lo único que pido.

Nos quedamos un rato más en el banco. Le cuento lo que ha pasado en Fuente Vieja desde que llegué. Le cuento lo de Esperanza, lo de mi madre, lo de Rodrigo. Le cuento lo del coche rayado y el papel en la escuela y los niños que no vienen a clase. Amparo escucha con atención. Asiente a veces. Niega con la cabeza otras. Cuando le cuento que Rodrigo dijo «este

pueblo es mío», cierra los ojos con una expresión de dolor antiguo.

— Ese hombre —dice— cree genuinamente que hizo lo correcto. Eso es lo más terrible. No es un psicópata. No es un monstruo. Es un hombre que decidió que la vida de una niña valía menos que la supervivencia de un pueblo. Y se ha pasado quince años convenciéndose de que tenía razón.

— ¿Tenía razón?

— No. Pero entiendo por qué lo cree. Y eso es lo que hace que esta historia sea tan difícil de contar.

Me levanto. Amparo me coge del brazo.

— Elena. Una cosa más.

— ¿Sí?

— El pozo. Necesitas ir al pozo. Necesitas verlo con tus propios ojos. Yo nunca pude: cuando empecé a investigar, Rodrigo ya me vigilaba. Pero tú eres más joven, más rápida y más testaruda. Ve al pozo. Mira debajo de la losa. No sé qué

encontrarás —quizá nada, quizá marcas, quizá...— pero necesitas ir.

— Iré.

— De noche. Sola. No le digas a nadie cuándo vas. A nadie. Ni a Celia, ni a Esperanza.

— ¿Por qué?

— Porque en Fuente Vieja las paredes oyen. Y lo que oyen las paredes, lo sabe Rodrigo antes del amanecer.

Asiento. Le aprieto la mano. Me voy.

Al salir de la residencia, el sol de Cáceres me golpea como un puñetazo. Caliente, blanco, despiadado. Me meto en el coche. Arranco. Pero no tomo la carretera de vuelta a Fuente Vieja.

Me quedo sentada en el aparcamiento, con las manos en el volante, mirando la fachada blanca de la residencia.

Amparo Reina. Setenta y dos años. Treinta en Fuente Vieja. Dos en una residencia de Cáceres. Una vida dedicada a enseñar, a cuidar, a buscar la verdad. Y Rodrigo Palacios la aplastó como se aplasta un insecto: sin esfuerzo, sin

remordimiento, con la convicción de quien cree que el orden es más importante que la justicia.

Pero Amparo no se rindió. Dejó un cuaderno. Dejó un mapa. Dejó una puerta abierta para la que viniera después.

Y la que vino después soy yo.

Arranco el coche. Tomo la carretera de vuelta. Dos horas de curvas y dehesas y encinas retorcidas. Al fondo, cada vez más cerca, los cerros pelados de Fuente Vieja.

Llego al pueblo a las tres de la tarde. Aparco. Subo a mi casa. Cierro la puerta.

Me siento en la cama. Saco el cuaderno de Amparo. Lo abro por la última página. Donde Amparo escribió su despedida y yo escribí la mía, añado:

«He encontrado a Amparo. Está viva. Está lúcida. Está dispuesta a hablar.»

Cierro el cuaderno. Lo guardo.

Miro por la ventana. La dehesa de los Palacios se adivina en el cerro, detrás de las casas, detrás de los tejados de pizarra. Allí arriba, debajo de una losa de hormigón, hay un pozo que lleva quince años sellado.

Mañana por la noche iré a abrirlo.

19

El fondo del pozo

Lunes. Las clases terminan a las dos. Hoy han venido siete niños. Falta Hugo y falta Sofía. Martina ha vuelto; su madre la ha traído de la mano a las nueve en punto sin mirarme a los ojos, la ha soltado en la puerta como quien deja un paquete y se ha ido calle abajo con paso rápido. Algo ha cambiado en la madre de Martina: obediencia o culpa, no sé cuál de las dos.

El día pasa lento, como todos los días en Fuente Vieja. Doy clase con normalidad. Fracciones, dictado, ciencias naturales. Los niños trabajan, se pelean, se ríen, dibujan en los márgenes de los cuadernos. Son niños. Todavía son niños. Todavía no saben lo que este pueblo esconde debajo de su piel de piedra.

A las dos recojo el aula. Limpio la pizarra. Ordeno los pupitres. Y mientras hago todo esto, pienso en el pozo.

Esta noche.

He pasado el día preparándome. En el maletero del coche he metido una barra de hierro que encontré en el cobertizo de

detrás de la casa de la maestra —una palanca vieja, oxidada, de las que se usan para mover piedras—, una linterna de LED que compré en la ferretería de Navalmoral el sábado a la vuelta de Cáceres, guantes de trabajo, una cuerda de veinte metros que encontré en el mismo cobertizo y un teléfono con la batería al cien por cien.

No le he dicho a nadie que voy a ir. Ni a Celia, ni a Esperanza. Amparo me lo pidió. Las paredes oyen. Y lo que oyen las paredes, lo sabe Rodrigo.

A las diez de la noche, cuando el pueblo duerme, salgo de casa.

No por la puerta trasera esta vez. No hace falta. No voy a cruzar el pueblo: voy a rodearlo. He estudiado el camino: desde mi casa, bajo por la calleja que sale al camino de la ermita. La ermita está al este del pueblo, en un cerro bajo. Desde allí, un sendero de cabras cruza la ladera norte y sale a la dehesa de los Palacios por la parte de atrás, lejos de la casa principal.

Camino en la oscuridad. Sin linterna. La luna está en cuarto creciente, lo justo para ver el camino y no tropezar con las piedras. Llevo la barra de hierro al hombro, la cuerda enrollada en la mochila y la linterna en el bolsillo.

El campo de noche es otro mundo. Los sonidos cambian: las cigarras callan y salen los grillos, los búhos, los cencerros lejanos de alguna vaca que no duerme. El aire huele a jara y a romero, un olor limpio, frío, que me despeja la cabeza. Mis pasos crujen sobre la hierba seca.

Tardo cuarenta minutos en llegar a la dehesa por la parte de atrás. La finca de los Palacios es enorme: cientos de hectáreas de encinas y pastos. La casa principal está en el extremo sur, junto al camino que sube del pueblo. El pozo está en la zona

norte, a más de un kilómetro de la casa. Es la zona más alejada, la más escondida, la que ningún visitante casual alcanzaría.

Lo sé porque lo dice el cuaderno de Amparo. Y porque el sábado, antes de ir a Cáceres, estudié las fotos por satélite en Google Maps y localicé la estructura circular que corresponde al brocal del pozo. Latitud, longitud, todo anotado en un papelito que llevo en el bolsillo del pantalón.

Camino entre las encinas. Sus sombras son enormes, retorcidas, como figuras congeladas a mitad de movimiento. Los troncos son gruesos, antiguos, con cortezas que parecen piel de elefante. Algunos tienen cientos de años. Algunos estaban aquí cuando Inés cayó al pozo. Algunos la oyeron gritar.

Y allí está.

Lo veo antes de llegar. Una losa de hormigón gris, circular, de unos dos metros de diámetro, a ras del suelo. Alrededor, la hierba ha crecido y la ha invadido parcialmente, como si la tierra quisiera tragarla. No hay brocal, no hay estructura. Solo la losa. Plana, gris, pesada. Sellando lo que hay debajo.

Me acerco. Me arrodillo. Paso la mano por el hormigón. Está frío, áspero, con grietas finas por el paso de los años. En un borde, alguien ha tallado algo con un objeto puntiagudo. Me

acerco. Enciendo la linterna tapándola con la mano para que solo salga un hilo de luz.

Una fecha: 10/2009. Octubre de 2009. El mes en que Rodrigo selló el pozo.

Apago la linterna. Respiro. Me pongo los guantes.

La losa no es de una pieza, como pensaba. Al examinarla de cerca, veo que está formada por dos mitades semicirculares unidas en el centro. La junta es visible: una línea recta que cruza el diámetro. Rodrigo no vertió hormigón fresco sobre el pozo; fabricó dos tapas semicirculares y las colocó encima. Más práctico. Más rápido. Y con una barra de hierro lo suficientemente larga, posiblemente movible.

Meto la punta de la palanca en la junta central. Empujo. El hierro se desliza entre las dos mitades y se engancha en el borde de la pieza más cercana.

Empujo hacia abajo. Palanca. Fuerza. La losa no se mueve.

Empujo más fuerte. Siento la resistencia del hormigón contra la tierra compactada. Quince años de peso muerto. Quince años de lluvia, de sol, de raíces que se han metido por debajo.

Empujo con todo mi cuerpo. Apoyo el pie en el extremo de la barra y cargo mi peso. Setenta kilos contra cien, contra doscientos, contra lo que pese esta maldita losa.

Un crujido. La pieza se mueve. Un centímetro. Dos. Tres.

Cambio de posición. Meto la palanca más profundo. Empujo de nuevo. La losa se desliza hacia un lado con un sonido de piedra contra piedra que me parece atronador en el silencio de

la noche. Me detengo. Escucho. Nada. Solo los grillos, el viento, mi propia respiración.

Sigo empujando. La semicircunferencia de hormigón se desplaza centímetro a centímetro, dejando al descubierto una abertura oscura, un semicírculo de negrura que huele a tierra húmeda y a profundidad.

Me detengo cuando la abertura es lo suficientemente grande para meter el cuerpo. Medio pozo al descubierto. La otra mitad de la losa sigue en su sitio. Es suficiente.

Enciendo la linterna. Apunto hacia abajo.

El pozo es circular, de piedra, con las paredes cubiertas de musgo y líquenes. El diámetro es de algo más de un metro: justo lo suficiente para que una persona baje. Las piedras de las paredes son irregulares, colocadas sin argamasa, con huecos entre ellas que forman una especie de escalera natural. Un adulto podría bajar agarrándose a las piedras. Un niño también. Un niño que cayera de golpe, no.

La luz de la linterna baja por las paredes. Tres metros. Cinco. Ocho. Las piedras están húmedas, oscuras, cubiertas de una capa verdosa. El pozo se estrecha ligeramente hacia abajo.

Y entonces lo veo.

A unos seis metros de profundidad, en la pared este del pozo, hay marcas. No son naturales. No son grietas ni muescas de la piedra. Son arañazos. Líneas paralelas, agrupadas de tres en

tres o de cuatro en cuatro, grabadas en la superficie de las piedras con una fuerza desesperada.

Marcas de uñas.

El estómago se me revuelve. Aparto la linterna. Respiro. Una vez. Dos. Tres. El aire que sale del pozo es frío y huele a moho y a algo más antiguo, algo que no quiero nombrar.

Vuelvo a iluminar las marcas. Están a seis metros de profundidad. Si el pozo tiene doce metros y en el fondo había barro, eso significa que Inés cayó al fondo, sobrevivió al impacto y luego intentó subir. Trepó. Se agarró a las piedras. Subió seis metros. Seis metros con las manos, con las uñas, con lo que le quedara de fuerza después de la caída. Seis metros hacia la superficie. Hacia la luz. Hacia la vida.

Y no lo consiguió. Se resbaló, o le fallaron las fuerzas, o...

O alguien la miró desde arriba con una linterna y no le tendió la mano.

Lloro. No me doy cuenta hasta que las lágrimas me caen sobre las manos y mojan los guantes. Lloro en silencio, arrodillada al borde de un pozo, en la oscuridad de una dehesa extremeña, con la linterna temblando en la mano y el corazón roto en un millón de pedazos.

Inés. Mi prima. Nueve años. Pelo rizado. Zapatillas rosas. Intentó salir. Arañó las paredes con las uñas hasta que le

sangraron. Subió seis metros en la oscuridad, gritando, llorando, llamando a su madre.

Y Rodrigo la vio. La miró con su linterna. Y decidió que el nombre de los Palacios valía más que la vida de una niña.

Me limpio las lágrimas con la manga. Saco el teléfono. Hago fotos. Del pozo, de las paredes, de las marcas. El flash ilumina el interior con una luz blanca y brutal que revela cada detalle: el musgo, las piedras, las hendiduras profundas donde unas uñas de niña intentaron agarrarse a la vida.

Bajo la linterna hasta el fondo. El haz de luz llega con dificultad a los doce metros. Veo barro, piedras sueltas, lo que parece una raíz que ha crecido dentro del pozo desde la pared. Nada más. No hay restos. No hay huesos. Rodrigo se los llevó.

Pero las marcas están ahí. Y las fotos están en mi teléfono. Y eso es una prueba. No definitiva, no irrefutable, pero sí una prueba de que alguien intentó salir de ese pozo. Alguien pequeño, alguien desesperado, alguien que arañó la piedra hasta dejar surcos visibles quince años después.

Guardo el teléfono. Guardo la linterna. Me pongo de pie.

Tengo que cerrar el pozo. Tengo que dejar la losa como estaba. No puedo dejar rastro de mi visita. Rodrigo no puede saber que he estado aquí. No todavía.

Cojo la palanca. Empujo la semicircunferencia de hormigón de vuelta a su posición. Cuesta más cerrar que abrir: el peso juega en mi contra. Me lleva quince minutos de esfuerzo, de

empujones, de gruñidos contenidos. Cuando por fin la losa encaja, estoy empapada de sudor y me tiemblan los brazos.

Limpio las marcas que he dejado en la tierra alrededor de la losa. Esparcí la hierba que arranqué al mover el hormigón. Miro el resultado a la luz de la luna. No es perfecto. Alguien que mirara de cerca vería que la hierba del borde está aplastada, que la junta entre las dos mitades tiene tierra fresca. Pero nadie va a mirar de cerca. Nadie viene aquí. Nadie quiere acercarse al pozo de los Palacios.

Recojo la palanca, la mochila, los guantes. Me alejo. Cruzo la dehesa de vuelta, por el mismo camino de cabras, rodeando el pueblo por el norte. Las encinas me vigilan con sus sombras. Los búhos cantan. La luna ha subido y ahora ilumina el valle entero con una luz plateada que hace que Fuente Vieja parezca un pueblo de cuento. Un cuento de los hermanos Grimm, de los que tienen lobos y bosques oscuros y niños que desaparecen.

Llego a mi casa a la una de la mañana. Entro por la puerta de la cocina. Cierro. Me quito los guantes, las botas, la ropa sucia. Me meto en la ducha. El agua caliente me cae por la espalda y se lleva el sudor y la tierra y el olor del pozo, pero no se lleva la imagen de las marcas en la pared. Eso no se va con agua. Eso se queda.

Salgo de la ducha. Me visto. Me siento en la cama con el teléfono en la mano. Abro las fotos. Las miro una por una. El pozo. Las paredes. Los arañazos. Amplío la imagen de las marcas hasta que llena la pantalla. Líneas paralelas,

profundas, desesperadas. Las marcas de una niña que intentó vivir.

Le envío las fotos a mi madre. Sin texto. Solo las fotos.

Mi madre tarda tres minutos en contestar. Tres minutos que imagino llenos de silencio y de lágrimas al otro lado de la línea.

Su respuesta es un solo mensaje:

«Acaba con esto, hija. Por Inés.»

Guardo el teléfono. Me acuesto. No duermo. Miro el techo. Cuento las grietas de la escayola. Pienso en Inés, en el pozo, en los seis metros que subió en la oscuridad, en las manos que no la alcanzaron.

Pienso en Rodrigo. En su cara de granito. En su voz de hombre seguro. «Lo hice por el pueblo.» Lo hizo por el pueblo. Dejó morir a una niña por el pueblo. Selló su tumba con hormigón por el pueblo. Destruyó a una familia por el pueblo. Expulsó a dos maestras por el pueblo.

¿Cuántas personas caben debajo de una losa de hormigón? ¿Cuántas vidas se pueden tapar con una mentira?

Pilar se fue. Carmen murió. Esperanza envejeció sola. Amparo acabó en una residencia. Los niños que estaban allí esa noche tienen pesadillas quince años después. Un pueblo entero vive

sobre un secreto que se pudre como un cadáver debajo del suelo.

Todo por el bien del pueblo. Todo por el nombre de los Palacios. Todo por el orden.

No.

Se acabó el orden de Rodrigo.

Mañana tengo clase. Mañana daré fracciones y dictados y ciencias naturales. Mañana sonreiré a los niños y corregiré cuadernos y fingiré que todo es normal.

Pero mañana por la noche hablaré con Tomás Palacios.

Porque Tomás es la pieza que falta. El hijo que sabe la verdad sobre su padre. El alcalde que gobierna un pueblo construido sobre una mentira. El hombre que tiene la llave de todo esto y que lleva quince años sin usarla.

Voy a darle una razón para usarla.

Cierro los ojos. Veo las marcas del pozo. Líneas paralelas. Uñas de niña en piedra húmeda.

Inés, pienso. Inés. Te voy a sacar de ahí. No del pozo —ya no estás en el pozo—, sino del silencio. Te voy a sacar del silencio en el que te han enterrado. Te voy a dar un nombre, una historia, una tumba con flores.

Te lo prometo.

20

El hijo del patriarca

Tomás Palacios me encuentra antes de que yo le encuentre a él.

Es martes por la noche. Estoy saliendo de la escuela a las siete, después de haber pasado la tarde corrigiendo exámenes de matemáticas, cuando lo veo apoyado en la valla del patio, con las manos en los bolsillos y la chaqueta abierta. Tiene ojeras. Tiene la barba descuidada, tres o cuatro días sin afeitar. Tiene cara de hombre que no duerme.

— Elena —dice. Sin «señorita». Sin «buenos días». Solo Elena.

— Tomás.

Nos miramos. La calle está vacía. El sol se pone detrás de los cerros y la luz es naranja, espesa, cargada de polvo. El pueblo

huele a leña: alguien ha encendido una chimenea temprano. Septiembre se acaba y las noches empiezan a ser frías.

— Tenemos que hablar —dice Tomás.

— Sí.

— No aquí.

— No.

Tomás mira alrededor. La costumbre de un hombre criado en un pueblo donde todo se sabe. Mira las ventanas, las esquinas, los rincones donde una cortina podría moverse.

— La ermita —dice—. A las nueve. ¿Conoces el camino?

— Lo conozco.

Asiente. Se da la vuelta. Se aleja calle arriba con ese paso largo y nervioso que tiene, el paso de alguien que nunca está del todo cómodo en ningún sitio.

Vuelvo a casa. Como algo: pan, queso, una manzana. No tengo hambre, pero como porque necesito fuerzas y porque mi madre me haría comer a la fuerza si supiera que llevo dos días a base de café y galletas.

A las nueve menos cuarto salgo de casa. La noche es clara. Las estrellas brillan con esa nitidez que solo tienen en los sitios sin contaminación lumínica, como si alguien hubiera limpiado el cielo con un trapo. La ermita está a diez minutos, subiendo por un camino empedrado que sale del extremo este del pueblo. Es una construcción pequeña, de piedra, con un campanario de espadaña y una puerta de madera que siempre está abierta. Dentro no hay nada: cuatro bancos, un altar

vacío, un Cristo de madera que alguien pintó hace cien años y que el tiempo ha ido despintando hasta dejarlo casi abstracto.

Tomás está dentro. Sentado en el primer banco, con los codos en las rodillas y la cabeza baja. Parece un hombre rezando, pero cuando me oye entrar levanta la vista y veo que no rezaba. Pensaba. O sufría. O las dos cosas.

Me siento en el banco de enfrente. Estamos solos. La ermita huele a cera vieja y a piedra húmeda. La luz de la luna entra por una ventana lateral y dibuja un rectángulo blanco en el suelo de baldosas.

— Sé que fuiste al pozo —dice Tomás.

No me sorprende. Nada me sorprende ya en Fuente Vieja.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque fui esta mañana a comprobar la losa. Hago eso a veces. Ir a comprobar que la losa sigue en su sitio. Que nadie la

ha movido. —Pausa—. Había marcas en la tierra. Hierba aplastada. La junta tenía tierra fresca.

— Has ido a comprobar la losa. ¿Cuántas veces?

— No las he contado. Muchas. —Me mira—. No soy el monstruo que piensas, Elena.

— No pienso que seas un monstruo. Pienso que eres un cobarde. Que es peor.

Tomás encaja el golpe. No se defiende. Baja la cabeza y se mira las manos, que están abiertas sobre las rodillas como dos pájaros muertos.

— Tenía veinticinco años —dice—. Veinticinco años y mi padre me lo contó como si me estuviera explicando una decisión empresarial. «Hijo, ha pasado algo en la finca. Una niña se ha caído al pozo. He tomado medidas.» Medidas. Así lo llamó. Medidas.

— ¿Cuándo te lo contó?

— Cuando selló el pozo. Un mes después. Yo le pregunté por qué tapaba el pozo y él me miró a los ojos y me dijo la verdad. Toda la verdad. Sin emoción, sin remordimiento, sin duda. Como quien explica que ha podado un árbol o ha arreglado una valla.

— ¿Y tú qué hiciste?

— Nada. —La palabra sale como un escupitajo—. No hice nada. Quise hacerlo. Dios sabe que quise. Quise ir a la Guardia Civil y contarlo todo. Quise coger a mi padre del cuello y

sacudirlo hasta que entendiera lo que había hecho. Quise salir de este pueblo y no volver nunca.

— Pero no lo hiciste.

— No. Porque mi padre me miró y me dijo: «Si hablas, esto se acaba. El pueblo, la finca, la familia. Todo. Y no solo para mí: para todos. Las treinta familias que trabajan aquí, los niños que van al colegio, los viejos que cobran porque yo les pago. Todo se acaba. ¿Estás dispuesto a cargar con eso?»

— Y no estabas dispuesto.

— Tenía veinticinco años, Elena. Veinticinco. Mi padre era Dios en este pueblo. Todo el mundo le obedecía, todo el mundo le respetaba, todo el mundo dependía de él. Yo incluido. Había crecido sabiendo que un día heredaría la finca, el pueblo, la responsabilidad. Y de repente mi padre me decía que esa responsabilidad incluía callar sobre la muerte de una niña.

La ermita está en silencio. El Cristo despintado nos mira desde el altar con sus ojos vacíos.

— Yo era un crío —dice Tomás—. Un crío de veinticinco años que no sabía nada de la vida fuera de este pueblo. No sabía nada que no me hubiera enseñado mi padre. Y mi padre me enseñó que Fuente Vieja era lo primero. Siempre. Por encima de todo.

— Por encima de una niña de nueve años.

Tomás cierra los ojos. Cuando los abre, están húmedos.

— Sí —dice—. Por encima de una niña de nueve años. Y eso me ha destrozado la vida, Elena. Cada día. Cada maldito día

desde hace quince años. Me levanto, me afeito, voy al ayuntamiento, firmo papeles, hablo con la gente, sonrío. Y por dentro estoy podrido. Por dentro soy un hombre que sabe que debajo de la losa de hormigón que selló su padre hay marcas de uñas. De uñas de una niña que intentó salir.

— Las has visto.

— Las vi cuando mi padre selló el pozo. Antes de poner la losa, me hizo bajar. Con una cuerda. Me hizo comprobar que no quedaba nada dentro. Y vi las marcas. Las toqué. Pasé los dedos por las hendiduras y sentí... sentí lo que sintió Inés. El miedo. La desesperación. La oscuridad.

Se le rompe la voz. Tomás Palacios, el alcalde de Fuente Vieja, el hijo del patriarca, llora en el banco de una ermita vacía a las nueve de la noche. No es un llanto escandaloso, no es un llanto de show. Es el llanto de un hombre que ha contenido

algo durante quince años y que por fin, por primera vez, lo deja salir.

Espero. No le toco. No le consuelo. No porque no quiera, sino porque Tomás no necesita consuelo: necesita soltar.

El llanto dura un par de minutos. Tomás se limpia la cara con la manga de la chaqueta. Respira hondo. Me mira.

— Sé lo que me vas a pedir —dice.

— ¿Qué te voy a pedir?

— Que hable. Que vaya a la Guardia Civil. Que testifique contra mi padre.

— ¿Vas a hacerlo?

Tomás no contesta inmediatamente. Se mira las manos otra vez. Las abre, las cierra, como si buscara algo que agarrar y no lo encontrara.

— Amparo me pidió lo mismo. Antes de irse. Vino a verme y me dijo: «Tomás, puedes acabar con esto. Solo tienes que hablar.» Y yo le dije que no podía. Que destruiría a mi padre.

— Tu padre se destruyó solo la noche que dejó morir a Inés.

— Lo sé. Ahora lo sé. Pero entonces…

— Entonces eras un cobarde.

— Sí.

— ¿Y ahora?

Tomás me mira. En sus ojos hay algo que no había antes: una

grieta. Una fisura en la lealtad ciega, en la obediencia heredada, en el miedo ancestral al padre. Una grieta pequeña, pero las grietas pequeñas son las que derriban los muros.

— ¿Qué quieres que haga? —pregunta.

— Quiero que hagas lo correcto.

— ¿Y qué es lo correcto?

— Hablar. Contar lo que sabes. Dejar que la justicia haga su trabajo.

— La justicia. —Tomás pronuncia la palabra como si fuera de otro idioma—. ¿Sabes lo que pasará si hablo? Arrestarán a mi padre. Un hombre de setenta y tantos años. Lo meterán en un calabozo. Saldrá en las noticias. El nombre de los Palacios, arrastrado por el barro.

— El nombre de los Palacios ya está en el barro, Tomás. Lleva quince años en el barro. Lo que pasa es que nadie lo ve porque tú y tu padre habéis puesto una losa de hormigón encima.

Tomás se queda callado. El silencio de la ermita es distinto al silencio del pueblo: no hay amenaza en él. Solo piedra y oscuridad y la luna entrando por la ventana.

— Mi padre tiene setenta y siete años —dice Tomás—. Tiene problemas de corazón. Si lo arrestan, puede que no sobreviva.

— Inés tenía nueve. No sobrevivió.

La frase golpea. Veo cómo impacta en Tomás, cómo le cambia la expresión, cómo algo se mueve detrás de sus ojos. No es rabia. No es dolor. Es vergüenza. La vergüenza pura y ardiente de un hombre que acaba de escuchar la verdad más simple del

mundo y se da cuenta de que lleva quince años huyendo de ella.

— Elena —dice, y su voz es un susurro—. ¿Qué va a pasar con el pueblo?

— No lo sé. Pero sé lo que no puede seguir pasando: que doscientas personas vivan sobre la tumba de una niña y finjan que no saben que está ahí.

— Hay gente que depende de la finca. De mi padre.

— La finca no va a desaparecer porque tu padre vaya a juicio. La finca es tierra. La tierra no se mueve. Lo que se mueve son las mentiras. Y las mentiras pesan más que el hormigón.

Tomás se levanta. Camina hasta el altar. Se queda mirando al Cristo despintado. Le da la espalda, como si no pudiera

enfrentarse a esos ojos vacíos y al mismo tiempo hablar conmigo.

— Si hago esto —dice sin girarse—, lo pierdo todo. Mi padre, mi familia, mi posición en el pueblo. Todo.

— Si no lo haces, pierdes algo peor.

— ¿Qué?

— A ti mismo. Lo que queda de ti.

Tomás se gira. Me mira desde el altar. La luna le ilumina la mitad de la cara: un ojo en la luz, otro en la sombra. Mitad hombre, mitad fantasma.

— Necesito tiempo —dice.

— No hay tiempo. Voy a ir a la Guardia Civil esta semana. Con o sin ti.

— ¿Con qué pruebas?

— El cuaderno de Amparo. Las fotos del pozo. Las marcas en las paredes. El testimonio de Celia Duarte. El testimonio de Amparo Reina.

— ¿Amparo va a hablar?

— Amparo lleva dos años esperando para hablar.

Tomás asiente despacio. Se pasa la mano por la cara. Se frota los ojos. Cuando baja la mano, su expresión ha cambiado. Hay

decisión en ella. No mucha. Un destello, apenas. Pero está ahí.

— Dame dos días —dice—. Necesito hablar con mi padre.

— ¿Para qué?

— Para decirle que se acabó. Para darle la oportunidad de... no sé. De prepararse. De entender que ya no puede seguir tapando esto.

— Tu padre no va a entender.

— Lo sé. Pero necesito intentarlo. Necesito mirarlo a la cara y decirle que su hijo no va a seguir cargando con su mentira.

Lo miro. Tomás Palacios. Cuarenta años. Alcalde de un pueblo fantasma. Hijo de un hombre que dejó morir a una niña por orgullo y por miedo. Prisionero de una lealtad que nunca eligió.

No es un monstruo. No es un héroe. Es un hombre ordinario atrapado en una historia extraordinaria. Un hombre que lleva

quince años eligiendo el camino fácil y que ahora, por primera vez, está considerando el difícil.

— Dos días —digo—. El jueves. Si el jueves no has hablado con tu padre, voy a Cáceres yo sola.

— De acuerdo.

— Y Tomás.

— ¿Sí?

— Lo que haga tu padre después de que hables con él es responsabilidad suya. No tuya. Llevas quince años cargando con su culpa. Ya es hora de que la cargue él.

Tomás me mira. Hay gratitud en su expresión. Y miedo. Y algo más: alivio. El alivio de quien lleva años esperando a que alguien le dé permiso para hacer lo que siempre supo que tenía que hacer.

— Gracias —dice.

— No me des las gracias. Actúa.

Salgo de la ermita. La noche me recibe con su frío y sus estrellas. Bajo por el camino empedrado hacia el pueblo. Las casas de Fuente Vieja se recortan contra el cielo como dientes de una mandíbula vieja.

En algún lugar de esas casas, detrás de esas ventanas cerradas, doscientas personas duermen con un secreto que les pesa más que las mantas. Algunas saben la verdad. Otras

sospechan. Otras han preferido no saber. Pero todas, todas, cargan con el silencio.

Llego a mi casa. Entro. Cierro.

Dos días. El jueves. Tomás hablará con su padre o no hablará. Rodrigo aceptará la verdad o no la aceptará. Pero da igual. Porque esta vez no depende de ellos. Esta vez depende de mí.

El jueves iré a Cáceres. Con Amparo, con Celia, con las fotos del pozo y con el cuaderno que una maestra valiente dejó debajo de un colchón para que otra maestra lo encontrara.

Y si Tomás viene conmigo, mejor.

Si no, iré sola.

No sería la primera vez que una mujer hace sola lo que un pueblo entero no se atrevió a hacer.

21

Los pecados del padre

Esto me lo cuenta Tomás después. Me lo cuenta el jueves por la mañana, en el ayuntamiento, con las manos temblorosas y los ojos enrojecidos. Me lo cuenta como se cuentan las cosas que duelen demasiado para guardarlas: de golpe, sin adornos, sin pausas.

El miércoles por la tarde, Tomás sube a la dehesa.

Es la hora en que su padre se sienta en el porche a fumar un cigarro y mirar los campos. El ritual de siempre: la silla de mimbre, el cenicero de barro, el vaso de vino, las encinas. Rodrigo Palacios lleva cuarenta años sentándose en esa silla a esa hora. Es un hombre de costumbres. Las costumbres son su forma de control: sobre sí mismo, sobre la finca, sobre el pueblo.

Tomás aparece en la entrada de la finca con el coche. Rodrigo lo ve desde el porche. No se levanta. No saluda. Tomás sube los escalones del porche y se sienta en la silla que hay al lado de su padre. La silla que fue de su madre, que murió hace doce

años de algo que los médicos llamaron embolia y que Tomás siempre sospechó que fue tristeza.

— Padre.

— Tomás.

Se quedan callados un rato. Es lo que hacen los Palacios: se sientan juntos en silencio, como si las palabras fueran un recurso escaso que hay que administrar. Rodrigo fuma. Tomás

mira los campos. Las encinas proyectan sombras largas sobre la hierba amarilla.

— He hablado con Elena —dice Tomás.

Rodrigo no se mueve. Echa el humo por la nariz. Despacio.

— La maestra.

— La nieta de Esperanza. La prima de Inés.

— Sé quién es.

— Ha ido al pozo, padre. Ha movido la losa. Ha visto las marcas.

Rodrigo deja el cigarro en el cenicero. Con cuidado, alineándolo con el borde. Un gesto meticuloso, de hombre que controla hasta los detalles más insignificantes.

— ¿Y?

— Y tiene fotos. Y tiene el cuaderno de Amparo. Y tiene testigos.

— ¿Testigos de qué? Aquí no ha pasado nada.

— Padre. —Tomás se gira hacia él. Le mira directamente. Es la primera vez en años que mira a su padre a los ojos sin bajar la vista—. Se acabó.

Rodrigo le devuelve la mirada. Sus ojos son duros, oscuros, impenetrables. Ojos de piedra. Ojos de hombre que no ha

cedido nunca, que no ha pedido perdón nunca, que no ha dudado nunca.

— No se ha acabado nada —dice.

— Va a ir a la Guardia Civil. A la de Cáceres. Con pruebas.

— No tiene pruebas. Tiene un cuaderno de una vieja loca y unas fotos de un pozo viejo. Eso no prueba nada.

— Tiene las marcas, padre. Las marcas en las paredes del pozo. Las marcas de uñas. De las uñas de Inés.

Rodrigo se queda quieto. Un segundo. Dos. Tres. Luego coge el cigarro, le da una calada larga y suelta el humo hacia el techo del porche.

— Las marcas pueden ser de cualquier cosa. De un animal. De la erosión.

— Las marcas son de una niña de nueve años que intentó salir del pozo y no pudo. Y tú lo sabes.

— Yo no sé nada.

— Padre. —Tomás cierra los puños—. Tú me lo contaste. Me bajaste al pozo. Me hiciste ver las marcas con mis propios ojos. Me dijiste: «Esto es lo que pasa cuando los críos juegan donde no deben.» Tenía veinticinco años y casi vomité ahí abajo. Y tú me miraste desde arriba con tu linterna y me dijiste: «Ahora ya lo sabes. Y ahora tienes que decidir si eres un Palacios o no.»

Rodrigo no dice nada. Fuma. Mira los campos.

— He sido un Palacios durante quince años —dice Tomás—. He cargado con tu secreto durante quince años. He mirado a

Esperanza a la cara durante quince años sabiendo que su nieta murió en nuestro pozo. He gobernado este pueblo durante quince años sabiendo que está construido sobre una mentira. Ya no puedo más.

— Puedes. Has podido hasta ahora.

— No. No he podido. He sobrevivido. Que no es lo mismo. He sobrevivido a base de no pensar, de no sentir, de no mirar hacia atrás. Pero ya no funciona. Elena ha venido y ha removido todo lo que estaba enterrado y ya no hay forma de volver a taparlo.

Rodrigo apaga el cigarro en el cenicero. Lo aplasta con el pulgar. Despacio. Deliberadamente.

— Esa mujer —dice— es igual que su madre. Pilar Galán fue la única que tuvo la desfachatez de mirarme a la cara y acusarme. Delante de todo el pueblo, en la plaza, la semana después de la desaparición. Se plantó delante de mí y me gritó: «¡Usted sabe lo que pasó! ¡Usted sabe dónde está mi sobrina!» Y todo el pueblo la miró como si estuviera loca. Porque era más fácil pensar que estaba loca que pensar que yo mentía.

— Pilar tenía razón.

— Pilar se fue. Porque entendió que contra mí no podía.

— Pilar se fue porque tú la echaste. Le dijiste a todo el mundo que estaba trastornada, que la pena la había desequilibrado, que no había que hacerle caso. Y cuando eso no bastó, le dijiste a su novio —al padre de Elena— que si Pilar no se iba, su familia tendría problemas. Y Pilar se fue. No porque no

pudiera contra ti, sino porque tenía una hija dentro y no iba a arriesgarla.

— Hice lo que tenía que hacer.

— No. Hiciste lo que te convenía. Que no es lo mismo.

Rodrigo se levanta. Es alto. Más alto que Tomás. Le mira desde arriba con esa expresión que Tomás ha visto toda su vida: la expresión del padre que siempre tiene razón, del patriarca que no se equivoca, del hombre que confunde el poder con la sabiduría.

— Escúchame bien, hijo. —Su voz es baja, controlada, pero hay un temblor debajo que Tomás no le había oído antes—. Yo he cuidado de este pueblo durante cuarenta años. He dado trabajo cuando no había trabajo. He pagado médicos cuando no había médicos. He arreglado tejados, he limpiado caminos, he puesto luz y agua donde no había. He hecho lo que ningún gobierno, ningún ayuntamiento, ninguna institución ha hecho por Fuente Vieja. Y sí, una noche pasó algo terrible. Algo que no tendría que haber pasado. Y tomé una decisión.

— Dejaste morir a una niña.

— ¡Fue un accidente! —grita Rodrigo, y es la primera vez que Tomás le oye gritar en años. La voz retumba en el porche, rebota en las columnas de piedra, se pierde entre las encinas —. ¡Fue un maldito accidente! La niña cayó al pozo. ¿Crees que yo quería que cayera? ¿Crees que yo puse ese pozo ahí? Llevaba cien años abierto. Cien años sin que pasara nada. Y esa noche, esa maldita noche de fiestas, con los niños corriendo como locos en la oscuridad...

— Fue un accidente —dice Tomás, despacio—. Sí. Pero lo que vino después no fue un accidente. Lo que vino después fue una

decisión. Tu decisión.

Rodrigo abre la boca. La cierra. La abre otra vez.

— ¿Qué querías que hiciera? —dice, y ahora su voz es distinta. Más baja. Más vieja. Como si de golpe le hubieran caído encima los setenta y siete años que lleva a cuestas—. ¿Llamar a la policía? ¿Decirles que una niña se había caído a un pozo sin protección en mi finca? Me habrían procesado. Negligencia criminal. Me habrían embargado la finca. Sin la finca, las familias que trabajan aquí se quedan sin sustento. Sin sustento, se van. Sin gente, Fuente Vieja desaparece.

— Fuente Vieja está desapareciendo de todas formas, padre. Doscientos habitantes. La mitad de las casas cerradas. Un colegio con nueve niños. Has pasado quince años convenciéndote de que salvaste al pueblo, pero el pueblo se muere igual. Se muere porque la gente joven se va. Se muere porque no hay futuro. Se muere porque lo construiste sobre una mentira y las mentiras no son cimientos.

— Al menos sigue en pie.

— ¿En pie? —Tomás levanta la voz por primera vez—. ¿A esto le llamas en pie? Un pueblo donde nadie habla, donde nadie confía en nadie, donde la gente mira al suelo cuando se cruza por la calle. Un pueblo donde los niños heredan el miedo de sus padres y los padres heredan la cobardía de sus abuelos. Un pueblo donde la maestra se va porque la amenazas y la siguiente se queda porque tiene más huevos que todos nosotros juntos. ¿A eso le llamas en pie?

Rodrigo le mira. Y Tomás ve algo que nunca ha visto en la cara de su padre: duda. Un destello fugaz, un parpadeo, una grieta en la armadura que lleva puesta desde que tiene memoria.

Dura un segundo. Después Rodrigo se recompone, se yergue, vuelve a ser la estatua de siempre.

— Si hablas —dice Rodrigo—, me destruyes.

— Si no hablo, me destruyo yo.

— Eres mi hijo.

— Precisamente por eso.

El silencio que sigue es el más largo que han compartido nunca. Padre e hijo en un porche, mirándose como dos extraños que comparten la misma sangre y nada más. Las encinas proyectan sombras sobre la tierra. El sol se pone. El cielo se tiñe de naranja y de violeta, como si el mundo estuviera en llamas.

— ¿Qué vas a hacer? —pregunta Rodrigo.

— Voy a ir a la Guardia Civil con Elena. Voy a contar lo que sé. Todo.

— ¿Todo?

— Todo. Lo del pozo, lo de Inés, lo de la zapatilla. Todo.

Rodrigo se deja caer en la silla. No se sienta: se deja caer, como si las piernas hubieran dejado de sostenerle. El bastón que lleva siempre apoyado en el reposabrazos se resbala y cae al suelo con un golpe seco.

— Soy tu padre —dice, y su voz se quiebra. Por primera vez en quince años. Quizá por primera vez en su vida. La voz de Rodrigo Palacios, el hombre de piedra, el patriarca

indestructible, se quiebra como se quiebra un vaso de cristal: de golpe, sin aviso, en mil pedazos—. Soy tu padre, Tomás.

— Lo sé. Y te quiero. Pero Inés tenía un padre también. Y una madre. Y una abuela que lleva quince años esperando.

Rodrigo no contesta. Mira las encinas. Las mira como si fueran personas, como si pudieran darle la razón que su hijo le está quitando.

— Fuente Vieja está muerto, padre —dice Tomás—. Murió hace quince años. Murió la noche que sellaste ese pozo. Lo que queda no es un pueblo: es un decorado. Una fachada de piedra con nada detrás. Y yo estoy harto de vivir en un decorado.

Se levanta. Mira a su padre una última vez. El viejo tiene los ojos cerrados. Las manos sobre las rodillas. El cigarro apagado en el cenicero. Parece dormido. Parece muerto. Parece un hombre que ha dejado de luchar contra algo contra lo que llevaba luchando toda la vida.

— Mañana por la mañana —dice Tomás—. Voy a ir a la Guardia Civil de Cáceres mañana por la mañana.

Rodrigo no abre los ojos. No dice nada. El viento mueve las hojas de las encinas con un sonido que parece un suspiro. O un lamento. O una despedida.

Tomás baja los escalones del porche. Camina hacia el coche. Antes de subir, mira atrás. Su padre sigue en la silla, inmóvil, con los ojos cerrados y las manos sobre las rodillas. La figura de un hombre derrotado por la verdad que lleva quince años intentando enterrar.

— Lo siento, padre —dice Tomás. Pero lo dice en voz baja, para sí mismo, y el viento se lo lleva antes de que llegue a

ningún sitio.

———

Tomás me cuenta todo esto el jueves a las ocho de la mañana, sentado en su despacho del ayuntamiento, con un café que no se bebe y las manos que no dejan de temblar.

Lo escucho sin interrumpir. Cuando termina, se queda mirando el café como si contuviera las respuestas que busca.

— ¿Cómo se lo tomó? —pregunto, aunque ya lo sé. Ya sé cómo se lo tomó. Está escrito en la cara de Tomás, en sus ojeras, en su temblor, en la manera en que aprieta la taza como si fuera lo único que le mantiene anclado al mundo.

— No dijo nada más. Cuando me fui, seguía en la silla. Llamé a las diez de la noche para ver si estaba bien. No contestó al teléfono. Llamé a Manuela, la mujer que le limpia la casa, y le pedí que fuera a echarle un vistazo. Manuela me llamó a las once: mi padre estaba en su dormitorio, tumbado en la cama,

vestido, con los ojos abiertos. Le preguntó si necesitaba algo y mi padre le dijo: «Vete a casa, Manuela. No necesito nada.»

— ¿Y esta mañana?

— Esta mañana he subido a las siete. Mi padre estaba en el porche. Con el café. Fumando. Como si nada hubiera pasado. Me ha mirado y me ha dicho: «Haz lo que tengas que hacer.»

— ¿Eso ha dicho?

— Eso ha dicho. «Haz lo que tengas que hacer.» Y se ha girado hacia las encinas y ha seguido fumando.

Miro a Tomás. El hombre que tengo delante no es el alcalde amable y esquivo que me recibió cuando llegué. Es un hombre desnudo, despojado de la armadura que llevaba puesta toda la vida. Un hombre que acaba de enfrentarse a su padre por primera vez y que todavía no sabe si ha hecho lo correcto o si acaba de destruir todo lo que conoce.

— Has hecho lo correcto —digo.

— Lo sé. Eso es lo que más duele.

Nos quedamos callados. El ayuntamiento está vacío a esta hora. Solo nosotros dos, el café frío y el silencio de un pueblo que está a punto de despertar.

— ¿Vienes? —pregunto—. A Cáceres. Hoy.

Tomás me mira. Asiente.

— Voy.

Me levanto. Le tiendo la mano. Tomás la coge. No es un apretón de manos: es un pacto. Un pacto entre dos personas

que han decidido que la verdad pesa menos que la mentira, aunque duela más.

— A las diez —digo—. En mi coche. Trae un documento de identidad.

Tomás asiente otra vez. Suelto su mano. Salgo del ayuntamiento.

En la plaza, el sol de la mañana calienta los adoquines. Fuente Vieja despierta a su ritmo de siempre: lento, pesado, antiguo. Pero hoy es el último día de ese ritmo. Hoy todo va a cambiar.

Y cuando cambie, no habrá losa de hormigón suficiente para volver a taparlo.

22

La denuncia

El cuartel de la Guardia Civil de Cáceres está en la avenida de España, un edificio de ladrillo con una bandera española en la fachada y dos agentes fumando en la puerta. Aparco el Seat Ibiza a las once y media de la mañana. Tomás está a mi lado, en el asiento del copiloto, con la mirada fija en el edificio como si fuera el patíbulo.

No hemos hablado mucho durante el viaje. Dos horas de carretera en un silencio que no era incómodo sino necesario: el silencio de dos personas que saben lo que van a hacer y prefieren no gastar palabras en confirmarlo.

Antes de salir de Fuente Vieja, he recogido a Celia. Está en el asiento de atrás, con un bolso grande apretado contra el pecho como un escudo. Dentro del bolso lleva una declaración escrita a mano —cuatro folios con letra apretada— que ha

pasado la noche redactando. Lo que sabe, lo que vio, lo que calló.

Y en mi bolso, el cuaderno de Amparo. Más las fotos del pozo en mi teléfono. Más una copia de seguridad de las fotos en un pendrive que me dio Celia.

Amparo nos espera dentro. La he llamado esta mañana a las ocho. Ha dicho que sí sin dudar, que vendría con Marcos si hacía falta, que no iba a dejar que la oportunidad se escapara. Marcos ha cogido un AVE desde Madrid a las siete y está con ella en la residencia. Le he dicho que se reunirían con nosotros en el cuartel.

Miro a Tomás. Miro a Celia. Los dos tienen cara de miedo. Los dos tienen cara de alivio. Es una combinación extraña, como esos paisajes donde llueve y hace sol al mismo tiempo.

— ¿Estamos listos? —pregunto.

— No —dice Celia—. Pero vamos.

Bajamos del coche. Los agentes de la puerta nos miran con la curiosidad profesional de quienes están acostumbrados a ver entrar a gente con problemas. Entramos en el vestíbulo. Huele a desinfectante y a café de máquina. Hay un mostrador con un agente detrás, un tablón de anuncios con carteles de

prevención de incendios y una fila de sillas de plástico donde esperan dos señoras y un hombre con un sobre.

Me acerco al mostrador.

— Buenos días. Vengo a interponer una denuncia.

El agente me mira. Joven, rapado, con una mancha de bolígrafo en la manga del uniforme.

— ¿De qué tipo?

— Encubrimiento de la muerte de una menor. Obstrucción a la justicia. Profanación de restos.

El agente levanta una ceja. Luego la otra. Luego coge un bolígrafo.

— Espere un momento. Le paso con un oficial.

Espero. Tomás y Celia se sientan en las sillas de plástico. Tomás tiene las manos entre las rodillas, apretadas, como si rezara. Celia mira la pared con una expresión de concentración feroz, como si estuviera memorizando cada grieta del yeso.

El agente vuelve.

— Teniente Merino les recibirá. Por aquí.

Nos lleva por un pasillo con puertas numeradas hasta un despacho del fondo. Dentro, un hombre de unos cincuenta años, con bigote y uniforme completo, se levanta de detrás de un escritorio lleno de papeles. Tiene cara de hombre serio, de

los que no hacen chistes y no esperan que los demás los hagan.

— Soy el teniente Merino. Siéntense.

Hay tres sillas delante del escritorio. Nos sentamos. Tomás a mi izquierda, Celia a mi derecha. Tres personas de un pueblo de doscientos habitantes, sentadas delante de un oficial de la Guardia Civil, a punto de detonar una bomba que lleva quince años con la mecha encendida.

— Ustedes dirán —dice Merino.

Respiro. Miro a Tomás. Me mira. Miro a Celia. Asiente.

— Me llamo Elena Bravo —empiezo—. Soy maestra sustituta en el CEIP Nuestra Señora del Valle, en Fuente Vieja, Cáceres. Llevo un mes en el pueblo. Vengo a denunciar el encubrimiento de la muerte de Inés Galán, de nueve años de edad, desaparecida el 12 de septiembre de 2009 durante las fiestas patronales de Fuente Vieja.

Merino me mira sin parpadear. Coge un bolígrafo. Abre un cuaderno.

— Continúe.

Le cuento todo. Desde el principio: mi llegada al pueblo, el cuaderno de Amparo, las investigaciones, la verdad sobre el pozo, la identidad de mi familia, la conexión con Inés. Le cuento lo que me dijo Esperanza. Lo que me dijo Celia. Lo que me dijo Amparo. Lo que me dijo Tomás. Le cuento lo del coche rayado, lo de la nota en la escuela, lo de los niños que dejaron de venir a clase. Le cuento que Rodrigo Palacios amenazó a

Amparo con su hijo. Le cuento que el pueblo entero sabe la verdad y calla.

Tardo cuarenta y cinco minutos. Merino escribe sin parar. No me interrumpe. De vez en cuando levanta la vista para mirarme, o mira a Tomás, o mira a Celia, como confirmando que estamos todos ahí, que no es un sueño, que alguien de verdad está sentado en su despacho contándole que en un pueblo a dos horas de Cáceres, una niña lleva quince años enterrada en secreto.

Cuando termino, Merino deja el bolígrafo. Se recuesta en la silla. Se pasa la mano por el bigote.

— Es una acusación grave —dice.

— Lo sé.

— El caso de Inés Galán está en nuestros archivos. Desaparición en la sierra. Caso abierto pero inactivo desde 2010. Se encontró una zapatilla compatible con la menor en el barranco de las Hoces. No se encontraron restos humanos.

— La zapatilla la plantó Rodrigo Palacios. Inés nunca estuvo en la sierra. Cayó en un pozo de la finca de los Palacios y murió allí. Rodrigo sacó el cuerpo y lo trasladó a la sierra. Después selló el pozo.

— ¿Tiene pruebas?

Saco el cuaderno de Amparo. Lo pongo sobre el escritorio.

— Este cuaderno fue escrito por Amparo Reina, la maestra anterior de Fuente Vieja. Documenta la desaparición de Inés durante más de ocho años. Incluye cronología, nombres de testigos, análisis de la versión oficial. La señora Reina está

dispuesta a declarar. De hecho, está aquí, esperando en la recepción.

Merino coge el cuaderno. Lo abre. Lee la primera página. Lee la segunda. Lo hojea despacio, con la atención de un profesional que sabe distinguir las paranoias de los hechos.

— ¿Señora Reina está aquí?

— Debería estar llegando. Con su hijo.

Merino asiente. Mira a Tomás.

— ¿Y usted es?

Tomás se aclara la garganta. Le cuesta. Las palabras le salen como piedras.

— Tomás Palacios. Alcalde de Fuente Vieja. Hijo de Rodrigo Palacios.

Merino no cambia de expresión. Pero veo que aprieta el bolígrafo un poco más fuerte.

— ¿Y qué tiene que declarar?

— Mi padre me contó lo que hizo un mes después de la desaparición de Inés. Me dijo que la niña había caído al pozo, que había subido solo, que cuando llegó la niña estaba... — Tomás traga saliva— muerta o herida, no lo especificó. Dijo que había tomado medidas para proteger al pueblo. Después me hizo bajar al pozo para comprobar que estaba vacío. Vi las

marcas de arañazos en las paredes. Las marcas de uñas de Inés.

Merino escribe. Su cara no muestra nada. Es una cara profesional, entrenada para no reaccionar.

— ¿Y usted? —dice mirando a Celia.

— Celia Duarte. Propietaria del bar de Fuente Vieja. Mi hija Marta, que entonces tenía diez años, estaba con Inés la noche que cayó al pozo. Marta vino a casa a las once de la noche, llorando, y me contó lo que había pasado. Yo no hice nada. — Celia baja la vista—. No denuncié. No hablé. Rodrigo me dijo que Inés se había perdido en la sierra y yo callé. Como todos.

Celia saca su declaración del bolso. Cuatro folios escritos a mano. Los pone sobre el escritorio junto al cuaderno de Amparo.

— Mi hija está dispuesta a declarar también —añade—. Vive en Cáceres. Puedo darle su teléfono.

Merino recoge los folios. Los mira. Mira el cuaderno. Nos mira a los tres.

— ¿Hay más testigos?

— Amparo Reina, que debería estar en la recepción —digo—. Esperanza Galán, la abuela de Inés, que vive en Fuente Vieja. Y

potencialmente, todos los adultos que participaron en la batida de búsqueda y que sabían que la dirección era errónea.

— ¿Cuántas personas estamos hablando?

— El pueblo entero. Doscientas personas, más o menos. Todos sabían. Todos callaron.

Merino se queda callado un momento. Se pasa la mano por el bigote otra vez. Es un tic, un gesto de procesamiento.

— Señorita Bravo. Lo que me está describiendo, si es cierto, es un caso de encubrimiento colectivo de la muerte de una menor, obstrucción a la justicia, profanación de restos humanos y posiblemente homicidio imprudente o incluso... —se detiene— omisión del deber de socorro.

— Lo sé.

— ¿Sabe que si Rodrigo Palacios estaba presente cuando la niña aún vivía y no actuó para rescatarla, estaríamos hablando de un delito muy grave?

— Lo sé.

— ¿Y sabe que si se confirma todo lo que me está diciendo, esto va a ser un caso mediático de primera magnitud? Un pueblo entero encubriendo la muerte de una niña durante quince años. Esto va a salir en todos los periódicos.

— Quiero que salga en todos los periódicos.

Merino me mira. Hay algo en su expresión que podría ser respeto.

— De acuerdo —dice—. Vamos a proceder. Primero, voy a tomarles declaración formal a los tres. Individualmente.

Después, hablaré con la señora Reina. Después, enviaré a un equipo al juzgado para solicitar una orden de registro de la finca de los Palacios y una orden de excavación de la zona del barranco de las Hoces. Y después... —se levanta— vendremos a su pueblo.

— ¿Cuándo?

— Eso depende del juzgado. Pero dada la gravedad de los hechos, calculo que entre mañana y pasado mañana.

Mañana. Pasado mañana. La Guardia Civil en Fuente Vieja. Excavadoras en la sierra. El pozo abierto. La verdad, por fin, al descubierto.

Merino sale del despacho. Vuelve a los cinco minutos con Amparo del brazo. Amparo camina despacio, apoyada en su hijo Marcos, un hombre de cuarenta y tantos años con cara de profesor de instituto —que resulta que es lo que es: profesor de historia en un IES de Madrid— que mira el despacho de la Guardia Civil con los ojos de alguien que sabe que está participando en algo histórico.

Amparo me ve. Sonríe. Es la misma sonrisa que me dio en el jardín de la residencia: pequeña, frágil, luminosa.

— Elena —dice—. Aquí estamos.

— Aquí estamos, Amparo.

Se sienta en la silla que le cede Celia. Merino le explica el procedimiento. Amparo escucha con atención y asiente con la cabeza de quien ha esperado este momento durante años.

Nos toman declaración durante toda la tarde. Uno por uno. Celia primero, después Tomás, después yo, después Amparo.

Las declaraciones se graban en audio y se transcriben. Firmamos cada página. Firmamos al final. Firmamos como se firman las cosas que no tienen vuelta atrás.

A las seis de la tarde, Merino nos reúne en su despacho.

— Las declaraciones son consistentes —dice—. Los hechos que describen son coherentes entre sí y con el expediente original del caso Galán. Voy a elevar el informe al juzgado de instrucción esta misma tarde. Solicito que no comenten lo que han hecho aquí con nadie hasta que el juzgado emita las órdenes correspondientes. ¿Queda claro?

— ¿Cuánto tardarán las órdenes? —pregunto.

— Si el juez considera que hay indicios suficientes, y los hay, las órdenes pueden salir mañana. La excavación se organizará lo antes posible. Estamos hablando de restos humanos: eso acelera los procedimientos.

— ¿Y Rodrigo Palacios?

— Rodrigo Palacios será citado a declarar en cuanto las órdenes estén firmadas. Si se niega a presentarse voluntariamente, se le detendrá.

Miro a Tomás. Tiene los ojos cerrados. Le tiembla la mandíbula. Pero no llora. No habla. Está quieto, como un hombre que acaba de soltar un peso que le ha estado aplastando durante la mitad de su vida y que todavía no siente el alivio, solo el vacío que deja lo que ya no está.

Salimos del cuartel a las siete de la tarde. El sol de septiembre cae sobre Cáceres con una luz dorada que hace que las piedras de la muralla brillen como oro viejo. Amparo se despide de nosotros en la puerta. Me abraza. Es un abrazo breve, de

huesos y de cárdigan gris, pero contiene todo lo que no dice: gracias, suerte, aguanta.

— Cuídate, Elena —dice—. Lo peor no ha pasado todavía.

— Lo sé.

Marcos le pone la mano en el hombro. Se la lleva hacia el coche que les espera. Amparo camina despacio, apoyada en su hijo, mirando atrás una vez antes de doblar la esquina.

Subimos al coche. Celia, Tomás y yo. Tres personas en un Seat Ibiza blanco con un arañazo en el costado, volviendo a un pueblo que está a punto de explotar.

El viaje de vuelta es silencioso. Celia se duerme en el asiento de atrás. Tomás mira por la ventana sin ver nada. Yo conduzco, con las manos firmes en el volante y los ojos en la carretera.

A las nueve de la noche, las luces de Fuente Vieja aparecen en el valle. Pocas, débiles, esparcidas entre los cerros como brasas de una hoguera que se apaga. Un pueblo pequeño. Un

pueblo que guarda un secreto que está a punto de dejar de serlo.

Dejo a Celia en su casa. Dejo a Tomás en la plaza.

Antes de bajarse, Tomás me mira.

— Mi padre... —empieza.

— Lo sé, Tomás.

— Si lo arrestan... tiene el corazón débil.

— Lo sé.

Tomás asiente. Baja del coche. Cruza la plaza con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. La silueta de un hombre que acaba de traicionar a su padre para hacer justicia a una niña muerta. No sé si es un héroe o un traidor. Quizá es las dos cosas. Quizá eso es exactamente lo que se necesita.

Aparco frente a mi casa. Entro. Cierro.

Me siento en la cocina. Miro por la ventana. El pueblo duerme. Mañana, o pasado, vendrá la Guardia Civil. Vendrán con

órdenes y excavadoras y preguntas que nadie va a poder esquivar.

Y Fuente Vieja, el pueblo que lleva quince años dormido sobre un secreto, va a despertar por fin.

Cojo el teléfono. Llamo a mi madre.

— Está hecho, mamá. Hemos ido a la Guardia Civil.

Mi madre no habla durante un rato largo. Cuando habla, su voz es un hilo.

— ¿Y ahora qué?

— Ahora esperamos.

— ¿Cuánto?

— Poco. Muy poco.

Silencio. Luego:

— Voy a ir, Elena. Voy a ir a Fuente Vieja.

— Mamá, no hace falta que…

— Sí que hace falta. Llevo treinta y cinco años huyendo. Ya es hora de volver.

Se me hace un nudo en la garganta. No de pena. De orgullo.

— Te espero, mamá.

— Tardaré unos días. Necesito preparar algunas cosas. Pero

voy.

— De acuerdo.

Cuelgo. Me acuesto.

Mañana empieza el final de esta historia. O el principio de otra.

No sé cuál de las dos cosas me da más miedo.

23

Lo que la tierra devuelve

Llegan el sábado, a las ocho de la mañana.

Tres vehículos de la Guardia Civil suben por la carretera comarcal en fila india: un todoterreno verde, una furgoneta blanca y un coche patrulla. Los veo desde la ventana de mi casa, donde llevo una hora despierta, vestida, esperando. El corazón me late tan fuerte que lo siento en los dientes.

Los vehículos entran en el pueblo por la calle principal. El ruido de los motores es obsceno en el silencio de la mañana. Las cortinas se mueven. Las puertas se entreabren. Fuente Vieja despierta de golpe, como un animal que huele el peligro.

Bajo a la calle. En la plaza, el teniente Merino baja del todoterreno y mira alrededor con la calma de un profesional que ha hecho esto muchas veces. Le acompañan seis agentes uniformados y dos personas de civil: un hombre y una mujer

con chaquetas azules que llevan maletines metálicos. Forenses, pienso. Han traído forenses.

— Señorita Bravo —dice Merino al verme—. Buenos días.

— Buenos días, teniente.

— Tenemos la orden del juzgado. Orden de registro de la finca propiedad de Rodrigo Palacios Herrero y orden de excavación de la zona denominada barranco de las Hoces. —Saca un papel del bolsillo y lo desdobla—. También una citación para el señor Palacios Herrero para declarar como investigado.

— ¿Necesita que le lleve a la finca?

— Conozco el camino. He estudiado los mapas. —Pausa—. Pero necesito que me acompañe alguien del pueblo. Alguien que pueda indicarnos la ubicación exacta del pozo.

Miro alrededor. La plaza se ha llenado de gente. No mucha —treinta, cuarenta personas—, pero para Fuente Vieja es una multitud. Han salido de sus casas atraídos por los coches de la Guardia Civil, por el ruido, por la certeza instintiva de que algo gordo está pasando. Me miran. Miran a los agentes. Miran las furgonetas. Las caras son un catálogo de emociones: sorpresa, miedo, confusión, y en algunos —en muy pocos—, alivio.

Veo a Esperanza. Está al borde de la plaza, junto a la fuente que no echa agua, con su vestido negro y su pañuelo. Me mira con esos ojos de pozo que ahora no son de pozo sino de cielo abierto. En su cara hay algo que no he visto nunca: esperanza.

Esperanza Galán tiene esperanza. Por primera vez en quince años.

Tomás aparece por la puerta del ayuntamiento. Tiene la cara gris. Ojeras hasta la barbilla. Pero la mandíbula apretada, firme.

— Yo les llevo —dice a Merino—. Conozco la finca.

Merino asiente.

La comitiva se pone en marcha. Los tres vehículos suben por el camino de tierra hacia la dehesa de los Palacios, seguidos a pie por un goteo de vecinos que no pueden resistir la curiosidad. Yo subo en mi coche, detrás de la furgoneta. Esperanza sube conmigo. No me lo pide; simplemente abre la puerta del copiloto y se sienta con la naturalidad de quien tiene derecho a estar ahí. Y lo tiene.

El camino sube entre encinas. El polvo que levantan los vehículos forma una nube amarilla que se queda suspendida en el aire como una señal de humo. Llegamos a la finca en diez minutos.

Rodrigo está en el porche.

Le veo antes de bajar del coche. Sentado en su silla de mimbre, con el bastón entre las piernas y el sombrero de paja calado

hasta las cejas. Nos mira llegar sin levantarse. Sin moverse. Como una estatua.

Merino baja del todoterreno. Se acerca al porche con un documento en la mano.

— ¿Rodrigo Palacios Herrero?

— Sí.

— Soy el teniente Merino, de la Guardia Civil de Cáceres. Tengo una orden judicial de registro de esta finca y una citación para que se presente usted a declarar como investigado en relación con la desaparición de Inés Galán Moreno, ocurrida el 12 de septiembre de 2009.

Rodrigo coge el documento. Lo mira. No lo lee: lo mira, como si las palabras fueran irrelevantes y lo único que importara fuera el papel en sí, el peso físico de lo que lleva quince años temiendo.

— De acuerdo —dice.

Nada más. De acuerdo. Ni protesta, ni sorpresa, ni indignación. De acuerdo. Como quien acepta una sentencia que ya conocía.

Merino le indica que puede quedarse en la casa o acompañarles. Rodrigo elige quedarse. Se queda en su silla, mirando las encinas, mientras los agentes y los forenses se despliegan por la finca.

Tomás guía a Merino hasta el pozo. Yo les sigo, con Esperanza del brazo. Mi abuela camina despacio, apoyándose en mí, pero cada paso es firme, deliberado. Está volviendo al lugar donde

gritó el nombre de su nieta hace quince años. Está volviendo a terminar lo que empezó.

El pozo aparece entre las encinas. La losa de hormigón, gris, circular, cubierta de hierba en los bordes. Los agentes lo rodean. Los forenses abren sus maletines.

— Es aquí —dice Tomás.

Merino examina la losa. Pasa la mano por la superficie. Ve las marcas de mi visita —la hierba aplastada, la junta con tierra fresca— y me mira de reojo, pero no dice nada.

— Vamos a necesitar equipo para mover esto —dice a sus agentes.

Uno de ellos va a la furgoneta y vuelve con una palanca industrial, mucho más grande y sólida que la mía. Entre dos agentes meten la palanca en la junta y empujan. La semicircunferencia de hormigón se desliza con un chirrido que resuena entre las encinas como un grito.

La primera mitad queda al descubierto. El agujero negro del pozo mira al cielo como un ojo abierto después de quince años de ceguera. Después mueven la otra mitad. El pozo queda completamente abierto.

Esperanza se acerca al borde. Miro hacia abajo. La oscuridad, las paredes de piedra cubiertas de musgo, el olor a tierra húmeda. Todo igual que cuando vine sola, de noche, con la linterna. Pero ahora hay luz. El sol de la mañana entra en el pozo como una columna dorada y ilumina las paredes hasta una profundidad de varios metros.

Y ahí están. Las marcas. A la luz del sol son más claras, más brutales, más reales. Líneas paralelas grabadas en la piedra

húmeda. Tres, cuatro, cinco líneas agrupadas. Uñas de niña. Desesperación convertida en surcos sobre piedra.

Esperanza las ve. Se lleva la mano a la boca. Un sonido sale de su garganta que no es un grito ni un sollozo: es algo más primitivo, más antiguo, algo que viene del fondo de una madre que ha perdido a una nieta y que por fin, después de quince años, ve la prueba de que su nieta estuvo ahí. De que Inés fue real. De que no se la inventó la pena.

La sujeto. La abrazo. Esperanza llora contra mi hombro con todo el cuerpo: tiembla, se sacude, emite sonidos que no son palabras sino pura emoción desatada, quince años de contención reventando como una presa que cede.

— Estaba aquí —dice entre sollozos—. Mi niña estaba aquí. Estaba aquí todo el tiempo.

— Lo sabemos, abuela. Ahora lo sabemos todos.

Los forenses bajan al pozo con arneses y cuerdas. Los veo descender por la abertura, agarrándose a las piedras, desapareciendo en la oscuridad con sus linternas y sus instrumentos. Toman muestras de las marcas en las paredes. Fotografían cada centímetro. El sonido de las cámaras rebota en el interior del pozo como ecos de una detonación lejana.

Mientras tanto, otro equipo se dirige al barranco de las Hoces. Merino divide a sus agentes: la mitad en el pozo, la mitad en la sierra. Los del barranco llevan palas, detectores y un perro. Un pastor alemán con chaleco de trabajo que baja del todoterreno con la eficiencia de un profesional.

Me quedo junto al pozo con Esperanza. Pasan las horas. El sol sube, calienta, empieza a caer. Los forenses suben y bajan. Los agentes toman notas. Merino habla por teléfono en voz baja,

dando instrucciones, recibiendo informes del equipo del barranco.

A las tres de la tarde, Merino se acerca a nosotras.

— Señora Galán —dice, y su voz ha cambiado. Es más suave. Más humana. La voz de un hombre que ya no habla como oficial sino como persona.

Esperanza le mira.

— Han encontrado algo en el barranco de las Hoces.

Esperanza no dice nada. Se agarra a mi brazo con una fuerza que no debería tener una mujer de setenta y dos años.

— ¿Qué han encontrado? —pregunto yo.

— Restos óseos. A noventa centímetros de profundidad, en una zona de tierra suelta junto a una pared de roca. Los forenses están trabajando en la extracción. No puedo confirmar la identidad todavía —eso requiere análisis de ADN —, pero por el tamaño y la localización…

No termina la frase. No hace falta.

Esperanza cierra los ojos. De su boca sale una palabra. Una sola palabra, dicha con una voz que es susurro y grito al mismo tiempo:

— Inés.

El nombre flota en el aire de la dehesa como una oración. Como una llamada. Como si la niña del pelo rizado pudiera

oírla desde algún lugar más allá de las encinas y el cielo y los quince años de silencio.

Me arrodillo junto a mi abuela. La abrazo. Las dos lloramos. A nuestro alrededor, los agentes de la Guardia Civil hacen su trabajo con la eficiencia discreta de quienes están acostumbrados al dolor ajeno. Pero veo que alguno de ellos aparta la mirada. Veo que alguno tiene los ojos húmedos.

Porque esto no es un caso. No es un expediente. No es un número de archivo. Es una niña de nueve años que cayó a un pozo y que nadie rescató. Es una abuela que lleva quince años hablando con una foto. Es un pueblo que eligió el silencio y ahora tiene que enfrentarse a lo que el silencio enterró.

A las cinco de la tarde llegan más vehículos. El juez de instrucción, un hombre calvo y serio que habla con Merino en voz baja y luego examina el pozo con una expresión de gravedad que me dice que esto va en serio. Va muy en serio.

A las seis, los forenses del barranco terminan la extracción. Los restos —un esqueleto pequeño, infantil, envuelto en lo que queda de ropa que el tiempo y la tierra han deshecho— son trasladados a la furgoneta en una bolsa negra que parece demasiado pequeña para contener a una persona. Porque Inés era pequeña. Tenía nueve años. Era una niña.

Esperanza ve la bolsa. Se queda quieta. No llora. Las lágrimas se le han acabado. Mira la bolsa negra con una expresión que es dolor y paz al mismo tiempo, la expresión de alguien que

por fin tiene lo que buscaba, aunque lo que buscaba sea lo más terrible del mundo.

— Ya puedo enterrarla —dice—. Ya puedo ponerle flores.

Le aprieto la mano. No tengo palabras. No existen palabras para esto.

A las siete de la tarde, la comitiva baja de la dehesa. Los vehículos de la Guardia Civil descienden por el camino de tierra en procesión lenta, solemne, como un cortejo fúnebre que llega quince años tarde. Detrás van los vecinos que subieron esta mañana. Van en silencio. No hablan. No se miran. Bajan por el camino con la cabeza gacha y los pasos pesados de gente que carga con algo que pesa más que la gravedad.

En el pueblo, la plaza está llena. Todo Fuente Vieja ha salido. Doscientos habitantes alineados en las aceras, en las puertas, en los balcones. Mirando. Callando. Con la cara de quien ve pasar un accidente a cámara lenta y sabe que no puede apartar la vista.

Merino se dirige a la casa de Rodrigo. Rodrigo ya no está en el porche; está dentro, en el salón, sentado en un sillón de cuero con el bastón entre las piernas. Me lo cuenta Tomás después. Me cuenta que Merino le leyó los cargos con voz plana, profesional, y que Rodrigo escuchó sin interrumpir, sin protestar, sin pedir un abogado. Que cuando Merino terminó,

Rodrigo asintió con la cabeza y dijo: «Necesito mis pastillas para el corazón.»

Me lo cuenta Tomás con la voz rota y los ojos secos, como un hombre que ya no tiene lágrimas porque las ha gastado todas en una vida de culpa.

Rodrigo Palacios sale de su casa esposado. No opone resistencia. Camina entre dos agentes con la cabeza alta, el bastón confiscado, los pasos lentos de un hombre viejo que sabe que su mundo se ha terminado. Al pasar por la plaza, mira a la gente. A su gente. Al pueblo que ha controlado durante cuarenta años. Y la gente le devuelve la mirada. Unos con rabia. Otros con pena. Otros con vergüenza. Y unos pocos —muy pocos, pero están ahí— con alivio.

Esperanza está en la plaza. Rodrigo la ve. Se detiene. Los agentes le dejan detenerse un segundo. Los dos se miran: el hombre que enterró a la niña y la abuela que la buscó. Quince años de odio y de dolor condensados en una mirada que dura tres segundos y contiene más verdad que todas las palabras que se han dicho en este pueblo desde 2009.

Rodrigo baja la cabeza. Es un gesto mínimo, casi imperceptible. ¿Vergüenza? ¿Arrepentimiento? ¿O solo el peso de los años y de la derrota? No lo sé. Nadie lo sabe. Quizá ni él mismo.

Los agentes lo meten en el coche patrulla. La puerta se cierra. El motor arranca. El coche sale del pueblo por la carretera comarcal y desaparece entre los cerros.

Fuente Vieja se queda en silencio. Pero es un silencio diferente. No es el silencio del secreto, ni el silencio del miedo, ni el silencio de la complicidad. Es el silencio que viene después de que algo se rompe. El silencio de los escombros. El

silencio de lo que queda cuando la mentira se retira y deja al descubierto lo que había debajo.

No es un silencio cómodo. No es paz. Pero es honesto.

Y en Fuente Vieja, la honestidad es una novedad.

Vuelvo a casa con Esperanza del brazo. La acompaño hasta su puerta verde, hasta sus geranios rojos. Le hago una infusión. Se sienta a la mesa de la cocina, bajo las fotos de Inés.

— Van a traerla a casa —dice Esperanza, mirando las fotos—. Cuando terminen los análisis. Van a devolverme a mi niña.

— Sí, abuela.

— Le compraré un vestido blanco. Para el entierro. Blanco, como los ángeles.

— Le compraremos uno juntas.

Esperanza me coge la mano. La aprieta con fuerza.

— Gracias, hija.

— No me des las gracias.

— Te las doy porque me las has ganado. Has hecho lo que nadie más pudo. Lo que tu madre no pudo, lo que Amparo no pudo, lo que Celia no pudo. Has venido a este pueblo, has

cavado hasta encontrar la verdad y has hecho que la verdad salga a la luz.

— No lo he hecho sola.

— No. Pero empezaste sola. Y eso es lo que cuenta.

Me quedo con Esperanza hasta que se duerme. La dejo en su cama, con una manta encima y la luz de la mesilla encendida. Las fotos de Inés la vigilan desde las paredes.

Salgo. La noche de Fuente Vieja es diferente esta noche. Más ligera. Como si el aire pesara menos. Como si los cerros respiraran más hondo.

Camino hasta mi casa. Entro. Cierro la puerta. Me siento en la cama.

Saco el cuaderno de Amparo. Lo abro por la última página. Leo las notas que he ido añadiendo. Y escribo la última:

«La han encontrado, Amparo. Han encontrado a Inés. Estaba en el barranco de las Hoces, donde usted siempre sospechó. Rodrigo la sacó del pozo y la enterró allí. Quince años después, la tierra la ha devuelto.»

Cierro el cuaderno.

Lloro. No de tristeza. De algo que no tiene nombre. Algo entre el dolor y la paz. Algo que se parece mucho al final de una historia y al principio de otra.

Inés ha vuelto a casa.

24

Las grietas del silencio

Los días que siguen son los más largos de mi vida.

El lunes por la mañana, el juez de instrucción de Cáceres emite un auto de procesamiento contra Rodrigo Palacios Herrero por los delitos de encubrimiento, omisión del deber de socorro, profanación de cadáver y obstrucción a la justicia. Los análisis de ADN tardarán semanas, pero los forenses han confirmado de forma preliminar que los restos corresponden a una menor de entre ocho y diez años, enterrada hace aproximadamente quince años. Inés.

Rodrigo permanece en Cáceres, en el calabozo del juzgado, a la espera de la audiencia de prisión provisional. Su abogado —un letrado de Plasencia que lleva los asuntos de la familia Palacios desde hace décadas— ha solicitado libertad bajo fianza alegando edad, estado de salud y arraigo en la

comunidad. El juez la deniega. Riesgo de destrucción de pruebas, dice el auto. Riesgo de intimidación de testigos.

Todo esto me lo cuenta Merino por teléfono el lunes a las cinco de la tarde. Le escucho sentada en la cocina, con el teléfono pegado a la oreja y la vista en la ventana. Fuente Vieja se mueve al otro lado del cristal, pero su movimiento es distinto. Más lento. Más cauteloso. Como un animal herido que todavía no sabe si la herida es mortal.

— ¿Y Tomás? —pregunto.

— El señor Palacios hijo ha declarado como testigo. Su testimonio es consistente con los del resto. No se le imputan cargos por el momento, aunque eso puede cambiar según avance la instrucción. El encubrimiento tiene sus propios plazos de prescripción.

— Tomás tenía veinticinco años cuando pasó.

— Lo sé. El juez lo tendrá en cuenta.

Cuelgo. Miro la plaza. Hay menos gente de lo habitual. Los bancos están vacíos. La puerta del bar está abierta, pero no se oye música ni voces. Fuente Vieja está en shock. Es el shock del paciente que lleva años con un tumor y que al fin lo operan: el tumor ha salido, pero la herida está abierta y duele más que nunca.

El martes doy clase con normalidad. Los nueve niños vuelven. Todos. Incluido Hugo. Incluida Sofía. Sus padres los traen con caras largas y no me miran a los ojos, pero los traen. Es un gesto que puede ser rendición o puede ser reconocimiento; no

lo sé y no me importa. Lo que importa es que los nueve pupitres están llenos.

El miércoles aparece la prensa.

Un coche con matrícula de Madrid aparca en la plaza a las diez de la mañana. Bajan dos personas: un hombre con una cámara y una mujer con un micrófono y una carpeta. Son de un periódico nacional. No sé cómo se han enterado —los juzgados tienen sus filtraciones, supongo—, pero están aquí.

La mujer me busca. Me encuentra saliendo de la escuela a las dos.

— ¿Elena Bravo? Soy periodista. Estamos cubriendo el caso de la niña de Fuente Vieja. ¿Podemos hablar?

— No —digo.

— Es una historia importante. La gente tiene derecho a saber.

— La gente tiene derecho a saber cuando el juzgado lo determine. Hasta entonces, no voy a hablar con la prensa.

La periodista insiste. Insiste con profesionalidad, con argumentos, con una sonrisa que pretende ser cálida y es estratégica. No me convence. Merino me advirtió: no hablen con la prensa hasta que la instrucción avance. La prensa puede contaminar el caso, puede alertar a testigos, puede convertir una investigación judicial en un circo mediático.

La periodista se va. Pero no se va lejos: se instala en el bar de Celia y empieza a hacer preguntas a los vecinos. Algunos hablan. Otros se levantan y se van. Celia la mira desde detrás

de la barra con una expresión que dice: pide lo que quieras, pero aquí no vas a sacar nada.

Esa noche, el caso sale en las noticias. Un breve, treinta segundos, en el telediario de la noche: «La Guardia Civil ha encontrado restos humanos en un paraje de Fuente Vieja, Cáceres, que podrían corresponder a una menor desaparecida en 2009. Un vecino del municipio ha sido detenido como presunto responsable del encubrimiento.»

Treinta segundos. La historia de quince años de silencio, de una niña muerta, de un pueblo cómplice, reducida a treinta segundos entre el fútbol y la previsión del tiempo.

Pero es suficiente. A la mañana siguiente hay cuatro coches de prensa en la plaza.

Los días se suceden en una niebla de tensión y agotamiento. Doy clase por las mañanas. Por las tardes, me encierro en casa y espero llamadas: de Merino, de mi madre, de Amparo. Cada llamada trae un dato nuevo, una pieza más del rompecabezas que ya está prácticamente completo.

El jueves, Tomás testifica oficialmente ante el juez. Me cuenta después que fue la experiencia más brutal de su vida: tres horas respondiendo preguntas, describiendo lo que su padre le dijo, lo que vio en el pozo, los quince años de silencio. El juez le escuchó con atención y no le hizo ningún reproche,

pero Tomás dice que la mirada del juez era peor que cualquier palabra. Una mirada que decía: usted sabía y calló.

El viernes, Marta Duarte declara en Cáceres. La hija de Celia. La niña que tenía diez años cuando vio caer a Inés. Celia me llama esa noche, llorando.

— Ha hablado —dice—. Ha contado todo. Ha llorado durante dos horas. Pero ha hablado.

— ¿Cómo está?

— Mejor. Creo que... creo que está mejor que nunca. Dice que siente como si le hubieran quitado un peso de encima. Dice que por primera vez desde los diez años no tiene miedo de dormir.

La semana siguiente, los resultados de ADN llegan. Merino me llama personalmente.

— Los restos son de Inés Galán Moreno —dice—. Confirmado.

— Gracias, teniente.

— No me dé las gracias. Hagan lo que haya que hacer.

Lo que hay que hacer es enterrarla. Por fin. Después de quince años, Inés puede tener una tumba con su nombre.

Pero antes, Fuente Vieja tiene que pasar por algo más difícil que un funeral: tiene que mirarse al espejo.

Y lo que ve en el espejo no le gusta.

El pueblo se divide. No en dos mitades claras, como esperaba, sino en un mosaico de posiciones, de matices, de gradaciones

de culpa. Están los que siempre supieron y callaron: la mayoría, los cómplices pasivos, los que participaron en la batida sabiendo que era inútil y después siguieron viviendo como si nada. Están los que sospechaban pero no tenían certeza, los que se conformaron con la versión oficial porque era más fácil que buscar la verdad. Están los pocos —muy pocos— que genuinamente no sabían: los que llegaron al pueblo después, los que eran demasiado jóvenes, los que vivían en los cortijos apartados y no estuvieron en las fiestas.

Y está el tercer grupo: los que sabían, callaron y ahora quieren que siga callado.

— No tenía derecho —me dice una mujer en la tienda de ultramarinos, una mañana, mientras compro pan—. No tenía derecho a venir aquí y destrozar nuestro pueblo.

La miro. Es una mujer de unos cuarenta y cinco años, morena, con las manos rojas de fregar. No la conozco bien; creo que es la madre de uno de los niños que no tengo en clase.

— Una niña murió en su pueblo —digo—. Y ustedes lo sabían.

— Lo que sabíamos o dejábamos de saber era cosa nuestra. Usted vino de fuera. No entiende cómo funcionan las cosas aquí.

— Funcionan mal. Por eso vine.

La mujer me mira con rabia. Pero debajo de la rabia hay algo más: miedo. El miedo de quien sabe que el mundo que conocía se está derrumbando y no tiene otro.

No es la única. Hay otros. Hombres que cruzan de acera cuando me ven. Mujeres que cuchichean a mi paso. Alguien

deja otra nota en la puerta de la escuela: esta vez no dice VETE. Dice TRAIDORA.

Traidora. La palabra me duele más de lo que esperaba. No porque crea que sea cierta, sino porque revela lo profundo que está el problema. Para parte de Fuente Vieja, yo no soy la persona que ha hecho justicia: soy la persona que ha roto el pacto. La que ha destapado lo que todos habían acordado tapar. La traidora de un acuerdo que nunca firmé.

Pero hay otros. Hay quien me da las gracias.

Don Aurelio, el viejo del banco, me para una mañana en la plaza. Me coge la mano con sus manos de corteza y me aprieta.

— Ha hecho usted bien —dice—. Debería haberlo hecho alguien hace quince años. Pero se hizo ahora. Y eso vale.

— Gracias, don Aurelio.

— No me dé las gracias. Yo también callé. Soy tan culpable como el que más. Pero al menos, antes de morirme, puedo decir que la verdad salió.

La mujer de la farmacia —que apenas me ha hablado en un mes— me deja una bolsa con naranjas en la puerta de casa. Sin nota. Sin firma. Solo naranjas.

Un hombre que trabaja en la finca de los Palacios —Antonio, cincuenta y tantos años, manos de tractor— se acerca a mí después de misa el domingo y me dice, en voz muy baja, mirando al suelo:

— Yo bajé al pozo con Rodrigo. Dos meses después. Me hizo llevar hormigón en la carretilla y mezclar la masa. Selló el

pozo delante de mí. Me dijo que si hablaba, me quedaba sin trabajo y sin casa. —Levanta la vista—. ¿Necesita que declare?

— Sí, Antonio. Necesito que declare.

— Iré a Cáceres el lunes.

Y va. Antonio va a Cáceres el lunes y declara ante el juez. Y después de Antonio va Fermín, el cura, que se presenta en el juzgado con su sotana y su culpa y declara que siempre supo lo que había pasado y que calló porque Rodrigo Palacios le convenció de que Dios entendería. «Dios no entiende», dice don Fermín al juez, según me cuenta después. «Dios no entiende y yo tampoco me entiendo a mí mismo.»

Uno a uno, los testigos empiezan a caer. Como fichas de dominó. Uno habla, y el siguiente se siente autorizado a hablar, y el siguiente después de ese. La presa se ha roto y el agua fluye y nadie puede detenerla.

No todos hablan. La mayoría sigue callada. Pero ya no es el silencio de la complicidad: es el silencio de la vergüenza. Un

silencio que pesa de otra manera. Un silencio que no esconde la verdad, sino que la reconoce sin atreverse a nombrarla.

Fuente Vieja se reconstruye. Despacio, dolorosamente, como se reconstruyen los huesos rotos: con tiempo, con paciencia, con la aceptación de que la fractura siempre dejará marca.

Tomás sigue siendo alcalde. Nadie le pide que dimita. Es un dato que me sorprende hasta que Celia me lo explica:

— Tomás es lo que queda —dice—. Si Tomás se va, no queda nadie. Y la gente necesita a alguien. Aunque sea el hijo del hombre que hizo todo esto.

— ¿No le culpan?

— Algunos sí. Pero la mayoría entiende que Tomás era un crío cuando pasó. Que estaba atrapado. Que hizo lo que pudo. Que al final habló.

— Al final habló porque yo le obligué.

— ¿Y qué más da quién le obligó? Lo que importa es que habló.

Celia tiene razón. Lo que importa es que habló. Lo que importa es que la verdad salió. Lo que importa es que Inés tiene un

nombre, una historia, unos restos, una abuela que por fin puede llorarla sin que nadie le diga que está loca.

Y lo que importa, sobre todo, es que Fuente Vieja ya no tiene un secreto.

Tiene una herida. Que es diferente. Las heridas duelen, pero se curan. Los secretos no se curan nunca.

El viernes de la semana siguiente, Esperanza me llama.

— Han autorizado el entierro —dice—. El sábado que viene. En el cementerio de Fuente Vieja. El juez ha dado permiso para que los restos sean devueltos a la familia.

— Estaré ahí, abuela.

— Lo sé, hija. Lo sé.

El entierro de Inés Galán será el sábado. Quince años después de su muerte, Inés tendrá una tumba con su nombre y una lápida con flores. Esperanza le comprará un vestido blanco, como los ángeles. Y Fuente Vieja, el pueblo que la enterró en secreto, la enterrará de nuevo. Esta vez, a la luz del día.

Cuelgo el teléfono. Miro por la ventana. Anochece. Las luces de Fuente Vieja se encienden una a una, como siempre, como cada noche desde hace siglos. Un pueblo pequeño, de piedra, encajado entre cerros, que ha sobrevivido a la guerra, a la posguerra, al éxodo rural, a la modernidad.

Y que ahora tiene que sobrevivir a la verdad.

Lo hará. No estoy segura de cómo, pero lo hará. Porque los pueblos son como las personas: más resistentes de lo que

parecen. Y porque la verdad, aunque duela, es el único cimiento que no se hunde.

Cojo el teléfono. Marco el número de mi madre.

— Mamá. El entierro es el sábado.

Silencio. Respiración.

— Estaré ahí —dice Pilar Galán. Y su voz, por primera vez en treinta y cinco años, no suena a miedo.

Suena a vuelta a casa.

25

Las mujeres de Fuente Vieja

El último día de clase llega sin avisar.

No el último día del curso —para eso faltan meses—, sino el último día de mi sustitución. La Delegación de Educación me ha ofrecido una plaza fija en un colegio de Cáceres. Un colegio de verdad, con cincuenta alumnos, con calefacción que funciona, con compañeros, con una ciudad alrededor. La plaza que he estado persiguiendo durante años. La plaza que me habría hecho llorar de alegría hace dos meses, cuando era una interina desesperada que vivía en el piso de su madre en Getafe.

Ahora me hace llorar por otras razones.

He aceptado la plaza porque es lo correcto. Mi sustitución en Fuente Vieja era temporal; el colegio necesita un maestro permanente, alguien que se quede, que eche raíces, que conozca a los niños y se deje conocer. Yo no soy esa persona. Yo he sido la maestra del terremoto, la que llegó, destapó el

pozo y puso el pueblo patas arriba. Fuente Vieja necesita ahora a alguien que ayude a reconstruir, no a demoler.

Pero Dios, cómo duele.

Llego a la escuela a las ocho de la mañana. El cielo está limpio, azul, con ese frío seco de finales de octubre que anuncia el invierno. Las hojas de los árboles de la plaza han empezado a caer y crujen bajo mis pies cuando cruzo el patio.

El aula está como siempre: nueve pupitres, una pizarra verde, un mapa de España con las esquinas dobladas, un bote con lápices de colores en mi mesa. Pero hoy hay algo más. En cada pupitre hay un papel doblado. Nueve papeles. Nueve dibujos.

Los miro uno por uno. Son dibujos de niños, hechos con esos colores vivos y desproporcionados que solo los niños saben usar. Casas enormes con ventanas cuadradas. Árboles que son más altos que las casas. Un sol con cara. Un río que no existe. Y en todos, la misma figura: una mujer de pelo largo y vestido rojo —no sé por qué rojo; suelo vestir de negro— con un libro en la mano y una sonrisa gigante.

Para la seño Elena. De Lucas. Para mi maestra favorita. De Martina. Grasias seño por henseñarme a ler. De Pablo.

Las faltas de ortografía me destrozan más que cualquier carta de adulto. Las faltas de ortografía de un niño que ha aprendido a escribir contigo y que todavía confunde la «g» con la «j» y la «h» con la nada. Las faltas de ortografía que tú

le habrías corregido si te quedaras un curso más, dos cursos más, toda la vida.

Guardo los dibujos en mi bolso. Los guardaré siempre.

A las nueve llegan los niños. Los nueve. Hugo, que dejó de venir durante una semana y que ahora viene cada día con una manzana para mí que saca del bolsillo de la mochila como si fuera un tesoro. Sofía, que tartamudea y que conmigo ha dejado de tartamudear en clase. Lucas, el pelirrojo, que es demasiado listo para este pueblo y que un día se irá a la universidad y será algo grande. Martina, que dibuja mejor que nadie y que me regaló un retrato a lápiz el primer día que la conocí.

Los nueve. Mis nueve. Los niños de Fuente Vieja.

— Buenos días, seño —dicen en coro, como cada mañana.

— Buenos días, chicos.

No les digo que es mi último día. Se lo diré al final. Ahora toca clase. Toca normalidad. Toca la rutina maravillosa y monótona de enseñar a leer y a sumar y a entender el mundo a nueve criaturas que todavía creen que el mundo es comprensible.

Damos lengua. Damos mates. Damos conocimiento del medio. Lucas termina los ejercicios en diez minutos y se pone a leer un libro que se ha traído de casa. Hugo se atasca con las divisiones y le ayudo, inclinándome sobre su pupitre, oliendo a colonia infantil y a chicle de fresa. Martina dibuja en los

márgenes del cuaderno: una casa con una puerta verde y geranios rojos. La casa de Esperanza.

A las dos, suena la campana. Los niños recogen. Mochilas, estuches, abrigos.

— Un momento —digo.

Se paran. Me miran. Nueve pares de ojos.

— Quiero deciros algo. Mañana no voy a estar aquí. Vendrá otro maestro, o maestra, que os dará clase a partir de la semana que viene. Yo me voy a un colegio en Cáceres.

Silencio. Las caras cambian. La confusión primero, después la comprensión, después la tristeza. Lucas baja la mirada. Martina aprieta los labios. Hugo abre mucho los ojos.

— ¿Se va, seño? —dice Hugo.

— Sí, Hugo. Me voy.

— ¿Por qué?

— Porque me han dado trabajo en otro sitio. Pero me llevo vuestros dibujos, y me llevo el recuerdo de que sois la mejor clase que he tenido en mi vida. Y eso es verdad.

— ¿Vendrá a vernos? —pregunta Martina.

— Vendré. Todos los fines de semana que pueda. Os lo prometo.

No sé si me creen. Los niños no entienden las promesas de los adultos porque los adultos les han enseñado que las promesas se rompen. Pero lo intento. Les miro a cada uno, les sonrío, les digo que estoy orgullosa de ellos. Porque lo estoy. Estoy

orgullosa de estos nueve niños que nacieron en un pueblo con un secreto y que crecerán en un pueblo sin él.

Lucas se acerca a mi mesa. Me tiende la mano, muy serio, como un adulto.

— Gracias, seño.

Le estrecho la mano. Después le abrazo. Después los abrazo a todos, uno por uno, nueve abrazos que huelen a colonia y a chicle y a infancia. Martina llora un poco. Hugo se sorbe los mocos. Sofía me dice, sin tartamudear:

— Es la mejor maestra del mundo.

Salen. Los veo alejarse por el patio, con sus mochilas y sus voces y sus carreras. Se van haciendo pequeños hasta que desaparecen por la puerta de la valla, y el patio se queda vacío, y el silencio se instala con el peso de algo que se ha terminado.

Cierro el aula. Cierro la puerta de la escuela. Me guardo la llave en el bolsillo. Mañana se la daré a Tomás.

Camino hacia la plaza. Es una tarde de octubre, clara y fría, con el sol bajo y las sombras largas. Fuente Vieja tiene un aspecto diferente hoy. No mejor ni peor: diferente. Como un paisaje después de una tormenta: los mismos árboles, las mismas piedras, el mismo río, pero la luz ha cambiado y todo se ve con una claridad nueva.

Al llegar a la plaza me detengo.

Hay alguien sentado en la fuente que no echa agua. Una mujer. De espaldas. Con un abrigo gris y una bolsa de viaje a

los pies. Pelo canoso recogido en un moño. Espalda encorvada pero firme. Manos apoyadas en las rodillas.

Mi madre.

Se lo dije hace dos semanas: «Ven a Fuente Vieja.» Me dijo que vendría. Me dijo que necesitaba prepararse. Necesitaba coger fuerzas. Necesitaba treinta y cinco años de distancia para acortarlos en un viaje de doscientos kilómetros.

— ¿Mamá?

Pilar Galán se levanta. Se gira. Me mira.

Está más vieja que la última vez que la vi. O quizá no está más vieja; quizá es que la veo por primera vez como lo que es: una mujer de cincuenta y siete años que creció en este pueblo, que huyó de este pueblo y que ha vuelto a este pueblo porque su hija le ha pedido que vuelva. Una mujer con los ojos de Esperanza y la barbilla de Carmen y las manos de quien ha trabajado toda su vida para que nadie supiera de dónde venía.

— Hola, hija.

La abrazo. En medio de la plaza de Fuente Vieja, delante de la fuente que no echa agua, delante de las casas de piedra y los balcones de hierro y las ventanas con cortinas. La abrazo y ella me abraza y las dos lloramos y no nos importa quién nos vea.

— Has vuelto —digo.

— He vuelto.

Nos separamos. Mi madre mira alrededor. Mira la plaza, las casas, la iglesia con el campanario torcido. Mira todo con los

ojos de quien reconoce cada piedra y al mismo tiempo no reconoce nada, porque el pueblo que dejó hace treinta y cinco años ya no existe y el que hay ahora es a la vez el mismo y otro completamente distinto.

— No ha cambiado —dice—. Y ha cambiado todo.

— Sí.

— La fuente sigue sin echar agua.

— Lleva así desde que llegué.

Mi madre sonríe. Es una sonrisa pequeña, rota, llena de cosas que no dice. Se agacha, recoge su bolsa de viaje. Me mira.

— Llévame con tu abuela.

Subimos por las callejas. Mi madre camina despacio, tocando las paredes con los dedos, como una ciega que reconoce un lugar por el tacto. Pasa la mano por las piedras, por las

puertas, por los marcos de las ventanas. Sus dedos recuerdan lo que su mente intentó olvidar.

— Aquí vivía la señora Concha —dice al pasar por una casa con los postigos cerrados—. Hacía las mejores migas del pueblo.

— La señora Concha murió hace tres años —digo. Me lo contó Esperanza.

— Y aquí estaba la tienda de don Manuel. El que vendía golosinas a granel.

— Ahora es una tienda de ultramarinos. La lleva una mujer de Plasencia.

Mi madre asiente. Cada puerta cerrada, cada nombre perdido, cada recuerdo que ya no tiene dueño: todo le duele. Lo veo en

su cara, en la forma en que aprieta la mandíbula, en cómo entrecierra los ojos como si la luz fuera demasiado fuerte.

Llegamos a la casa de Esperanza. La puerta verde. Los geranios rojos. Mi madre se detiene. Mira la puerta. Mira los geranios.

— Sigue poniéndolos —dice, y su voz se quiebra.

— Sigue poniéndolos.

Llamo a la puerta. Tres golpes. Los mismos tres golpes de aquella mañana en que vine a decirle a Esperanza quién era. Parece que fue hace un siglo. Fue hace un mes.

Pasos dentro. Lentos. La puerta se abre.

Esperanza mira a su hija.

Pilar mira a su madre.

Treinta y cinco años. Treinta y cinco años de distancia, de silencio, de cartas no escritas, de llamadas no hechas, de cumpleaños perdidos y navidades vacías y noches en las que las dos, cada una en su ciudad, miraban al techo pensando en la otra.

Treinta y cinco años que se condensan en un segundo.

— Mamá —dice Pilar. Y la palabra suena como la primera vez que la pronunció. Como cuando era niña. Como cuando el mundo era simple y las madres lo arreglaban todo.

Esperanza no dice nada. Abre los brazos. Pilar entra en ellos. Y las dos mujeres se abrazan en el umbral de la puerta verde,

entre los geranios rojos, con la luz de octubre cayendo sobre el pueblo como una bendición tardía.

Me quedo atrás. Las miro. Mi madre y mi abuela. Las dos mujeres de mi sangre. Las dos mujeres que este pueblo rompió y que este pueblo, de alguna manera, ha vuelto a juntar.

Esperanza llora. Pilar llora. Yo lloro. Las tres lloramos, que es lo que hacen las mujeres de esta familia cuando por fin dejan de ser fuertes.

Entramos en la casa. La cocina de siempre: el fuego, el café, la mesa de madera, las fotos de Inés. Mi madre ve las fotos. Se acerca a la pared. Pasa los dedos por el marco de la foto más grande: Inés, nueve años, pelo rizado, sonrisa de dientes separados.

— Mi niña —dice Pilar. Y en esas dos palabras cabe todo el dolor de una tía que perdió a su sobrina y no pudo llorarla, no pudo enterrarla, no pudo ni siquiera pronunciar su nombre durante treinta y cinco años.

Esperanza pone café. Se sienta. Nos mira a las dos.

— Estáis aquí —dice—. Las dos estáis aquí.

— Estamos aquí, mamá.

— No me lo creo. —Esperanza se ríe. Es una risa húmeda, entrecortada, que suena como algo que lleva mucho tiempo sin usarse—. Treinta y cinco años esperando y ahora estáis aquí, en mi cocina, tomando café como si nada.

— Como si nada —dice Pilar. Pero las dos saben que no es «como si nada». Es como si todo. Como si todo lo que pasó,

todo lo que dolió, todo lo que se rompió hubiera servido para algo. Para llegar a este momento. A esta cocina. A este café.

Hablamos. Durante horas. Pilar le cuenta a Esperanza su vida en Madrid: el trabajo, la enfermedad del padre de Elena, la soledad, los años de silencio. Esperanza le cuenta a Pilar lo que ha pasado en Fuente Vieja: la investigación, la Guardia Civil, el arresto de Rodrigo. Le cuenta que Inés fue encontrada. Que va a tener un entierro. Que va a tener flores.

Pilar llora cuando oye lo del entierro. Pero es un llanto distinto al de antes. No es de dolor: es de cierre. De final. De una herida que por fin puede empezar a cerrarse porque alguien le ha quitado el cuchillo.

A las seis de la tarde, salgo de casa de Esperanza. Dejo a mi madre y a mi abuela juntas, en la cocina, con el fuego encendido y las fotos de Inés velando. Tienen mucho que contarse. Treinta y cinco años de mucho.

Bajo a la plaza. El sol se pone. Las sombras se alargan. Fuente Vieja se prepara para la noche con su ritual de siempre: luces que se encienden, puertas que se cierran, el olor a leña y a guiso que flota entre las calles.

Me siento en el banco de la fuente. El banco donde estaba mi madre hace tres horas. Miro el pueblo. Las casas de piedra. Los tejados de pizarra. La iglesia torcida. El bar de Celia, con la luz encendida y el sonido de una radio que llega amortiguado a través de la puerta.

Mañana me iré. Mañana cogeré mis maletas, las meteré en el Seat Ibiza con su arañazo —que nunca arreglé, que llevaré

como una cicatriz de guerra— y conduciré hasta Cáceres, hasta mi plaza fija, hasta mi nueva vida.

Pero volveré. Cada fin de semana, cada puente, cada vacación. Volveré a la casa de Esperanza, a los geranios rojos, al café fuerte en tazas desconchadas. Volveré a ver a Celia en su bar. Volveré a caminar por estas calles que ahora son mías, porque

soy una Galán y este pueblo es mi pueblo, por mucho que me haya costado descubrirlo.

Elena Bravo. Elena Galán. La maestra sustituta.

He venido a sustituir a Amparo en el colegio. He acabado sustituyendo el silencio por la verdad.

No está mal, para una interina con once meses de paro.

Me levanto del banco. Cruzo la plaza. Entro en el bar de Celia.

— Un café, Celia.

Celia me pone el café. Me mira por encima de la barra.

— ¿Es verdad que te vas?

— Me voy del colegio. No me voy de Fuente Vieja.

— Más te vale.

Sonrío. Bebo el café. Es el mismo café fuerte y oscuro que me puso el primer día, cuando no sabía nada de este pueblo y el pueblo no sabía nada de mí.

Mucho ha cambiado desde entonces. Todo ha cambiado.

Y por fin, por fin, es un cambio que no duele.

O que duele menos.

O que duele de otra manera: de esa manera limpia, necesaria, que tiene el dolor cuando significa que algo se está curando.

26

dedicatoria

Para las niñas que no volvieron a casa. Y para quienes nunca dejaron de buscarlas.

27

Epílogo: Camino de Inés

Seis meses después, en marzo, la carretera a Fuente Vieja sigue siendo la misma: estrecha, llena de baches, con curvas que el coche protesta al tomar. Pero el paisaje ha cambiado. La dehesa tiene ese verde intenso del final del invierno, cuando las lluvias han hecho su trabajo y la tierra revienta de vida. Los alcornoques están cubiertos de musgo nuevo. Los almendros han florecido temprano, como si tuvieran prisa por borrar el gris.

Conduzco con la ventanilla bajada. El aire huele a tomillo y a tierra mojada. Hace sol, un sol limpio de marzo que calienta sin agobiar, ese sol que en Extremadura es una promesa: la promesa de que el invierno se acaba y algo nuevo empieza.

El cartel sigue ahí: FUENTE VIEJA. Población: 200 hab. Alguien ha limpiado la zarza que lo tapaba. Se lee entero por primera vez desde que llegué.

Bajo la cuesta hacia el pueblo. Las casas de piedra aparecen encajadas en el valle, con sus tejados de pizarra y sus balcones

de hierro. Pero algo es diferente. Tardo un momento en darme cuenta de qué: las ventanas. Antes, la mitad de las casas tenían los postigos cerrados, las persianas bajadas, el aspecto muerto de lo abandonado. Ahora hay menos postigos cerrados. No muchos menos —tres, quizá cuatro—, pero se nota. Alguien ha vuelto. Alguien ha abierto una ventana que llevaba años cerrada.

Aparco en la plaza. El coche ya no es el Seat Ibiza blanco con arañazo. Es un Opel Corsa gris que compré con el primer sueldo de la plaza fija. El Ibiza lo devolví a la empresa de alquiler con su cicatriz y todo. No me cobraron extra. Creo que sintieron lástima.

Bajo del coche. La plaza está como la recuerdo: la fuente de piedra, los bancos, el ayuntamiento, la iglesia torcida. Pero la fuente echa agua. Alguien ha arreglado la fuente. Un chorro fino y constante que cae en el pilón con un sonido que no existía cuando yo vivía aquí. Es un sonido pequeño, insignificante, pero cambia la plaza entera. Le da vida. Le da movimiento. Le da voz.

Camino hacia el bar de Celia. La puerta está abierta. Dentro suena la radio —las noticias del mediodía, la previsión del tiempo, una canción de los ochenta que alguien ha pedido— y hay gente. Siete, ocho personas. Un sábado a las doce de la mañana. Celia estaría orgullosa. Celia está orgullosa: la veo detrás de la barra, con un delantal nuevo y una sonrisa que es

la sonrisa de una mujer que ha recuperado algo que creía perdido.

— ¡Elena! —Celia sale de detrás de la barra y me abraza. Huele a café y a fritura y a alegría—. Pensaba que venías más tarde.

— He salido pronto de Cáceres. Hacía buen día.

— Siéntate. Te pongo un café.

Me siento en la barra. Celia me pone el café de siempre: negro, fuerte, en taza de loza. Me mira con esos ojos marrones que ahora no tienen ojeras ni miedo ni culpa. Tienen algo nuevo: tranquilidad. La tranquilidad de una mujer que ha dejado de vivir sobre un secreto y que descubre, con sorpresa, que la vida sin secretos es más ligera.

— ¿Cómo va el colegio? —pregunta.

— Bien. Cincuenta niños. Cinco profesores. Calefacción.

— Calefacción. Qué lujo.

— No te imaginas.

Sonreímos. Bebo el café.

— ¿Y aquí? ¿Cómo va?

Celia se apoya en la barra. Mira el bar. Las mesas, los clientes, la radio. Su pequeño imperio de café y vino y conversación.

— Va. No voy a decirte que todo es maravilloso, porque no lo es. Hay gente que todavía no me habla. Hay gente que me mira como si les hubiera traicionado. Pero hay otra gente —y cada

vez más— que viene, se sienta, toma algo y me mira a los ojos. Y eso, aquí, es una revolución.

— ¿Y Marta?

— Marta viene los fines de semana. Ha dejado los ansiolíticos. Duerme sin pesadillas. No todas las noches, pero casi. —Celia sonríe con una ternura que le transforma la cara—. Está pensando en mudarse de vuelta. No al pueblo, pero sí a Cáceres. Quiere estar más cerca. Quiere venir a ayudarme con el bar los sábados.

— Eso es bueno.

— Es buenísimo.

Termino el café. Pago. Celia me rechaza el dinero como cada sábado. Yo insisto como cada sábado. Ella gana como cada sábado.

Salgo del bar. Cruzo la plaza. Paso por delante del ayuntamiento. La puerta está abierta. Dentro, en algún despacho, Tomás Palacios hace papeles, contesta llamadas, gobierna un pueblo de doscientos habitantes que ahora le mira de otra manera. No con desprecio. No con admiración. Con algo intermedio: respeto cauteloso. El respeto que se tiene a un hombre que hizo algo difícil y que ahora intenta, día a día, compensar lo que no hizo durante quince años.

Tomás salió bien del juicio. El juez consideró que su silencio, aunque reprochable, no constituía un delito per se, dada su edad en el momento de los hechos y su posterior colaboración con la justicia. Rodrigo fue condenado a cuatro años de prisión por encubrimiento, profanación de restos y omisión del deber de socorro. La omisión del deber de socorro fue lo

que más pesó: Inés estaba viva cuando Rodrigo llegó al pozo. Pudo salvarla. No lo hizo.

Rodrigo cumple condena en un centro penitenciario de Badajoz. Tomás le visita una vez al mes. Me lo contó una noche, por teléfono, con esa voz cansada y serena que tiene ahora.

— Es mi padre —dijo—. Le quiero. Y le odio. Y no sé si algún día podré separar las dos cosas.

— No tienes que separarlas —le dije—. Puedes quererle y odiarle a la vez. Las personas complicadas merecen sentimientos complicados.

Tomás se quedó callado un momento. Después dijo:

— Gracias, Elena. Por todo.

Subo por las callejas hacia la casa de Esperanza. El camino de siempre: las casas de piedra, los balcones, los geranios que empiezan a asomar con la primavera. Al pasar por una esquina, veo algo nuevo. Una placa en la pared. Una placa de cerámica, azul y blanca, con letras pintadas a mano:

CAMINO DE INÉS

Tomás la puso hace un mes. Renombró la calle que lleva a la antigua finca de los Palacios. Ya no es «camino de la dehesa» ni «camino de los Palacios». Es Camino de Inés. Una niña de nueve años, pelo rizado, zapatillas rosas. Una niña que vivió en este pueblo y que murió en este pueblo y que ahora tiene una calle con su nombre.

Me detengo frente a la placa. Paso los dedos por las letras. Inés. Cuatro letras. Un nombre que durante quince años no se

podía pronunciar y que ahora está grabado en cerámica en la pared de una calle.

Sigo subiendo. Llego a la casa de Esperanza. La puerta verde. Los geranios rojos. Más rojos que nunca, más grandes, más vivos. Como si la planta supiera que algo ha cambiado y celebrara a su manera.

Llamo. Tres golpes. La puerta se abre.

Esperanza me mira desde el umbral. Vestido negro, pañuelo, zapatillas de felpa. Pero los ojos son diferentes. Los ojos de pozo se han convertido en ojos de río: hay movimiento en ellos, hay corriente, hay vida.

— Hija —dice, y me abraza.

Entro. La cocina de siempre: el fuego, la mesa, las fotos. Pero hay una foto nueva. Al lado de las fotos de Inés —la niña del pelo rizado, la niña de la sonrisa— hay una foto de tres mujeres. Esperanza, Pilar y yo. La hizo Celia el día del entierro, en el cementerio, cuando las tres nos quedamos de

pie frente a la lápida blanca y Celia sacó el teléfono y dijo: «Esto hay que recordarlo.»

Esperanza sigue mi mirada hacia la foto.

— La miro todas las mañanas —dice—. Antes miraba las fotos de Inés para no olvidar. Ahora miro esa para recordar que hay cosas buenas.

— ¿Cómo estás, abuela?

— Vieja. Cansada. Contenta.

— ¿Contenta?

— Contenta. —Se sienta. Pone café—. He enterrado a mi nieta. Le he comprado el vestido blanco. Le he puesto flores. Cada semana le pongo flores nuevas. Margaritas en primavera, girasoles en verano, crisantemos en otoño. Le cuento cosas. Le cuento que su prima ha venido a buscarla. Le cuento que su tía Pilar ha vuelto al pueblo. Le cuento que el hombre que la dejó morir está pagando por lo que hizo.

— ¿Y ella qué dice?

Esperanza sonríe. Una sonrisa que le arruga la cara entera.

— Dice que ya era hora.

Nos reímos. Las dos. En la cocina de la casa de la puerta verde, con el fuego crepitando y las fotos velando, nos reímos. No es una risa fuerte ni larga. Es una risa pequeña, discreta, como un brote que sale de la tierra después del invierno. Pero es risa. Y en esta casa, la risa es una novedad.

Tomamos café. Esperanza me cuenta las novedades del pueblo: que don Aurelio ha cumplido noventa y dos años y

sigue sentándose en su banco cada mañana, que la farmacia ha abierto por fin con una farmacéutica nueva que viene de Mérida, que hay dos familias jóvenes que se han mudado —una pareja con un bebé y otra con un niño de cinco años que irá al colegio en septiembre—.

— Dos familias —digo—. Eso es bueno.

— Es un milagro —dice Esperanza—. Para este pueblo, dos familias nuevas son un milagro.

Salgo de casa de Esperanza a la una. Bajo a la plaza. Mi madre llegará esta tarde; viene en autobús desde Getafe. Viene cada dos semanas ahora. Se queda en casa de Esperanza, en su antigua habitación, la habitación donde creció antes de huir. Las dos primeras visitas fueron difíciles: treinta y cinco años de silencio no se recuperan en un fin de semana. Pero poco a poco, como todo en Fuente Vieja, las cosas se van asentando. Las conversaciones se alargan. Los silencios se acortan. La madre y la hija se van encontrando de nuevo en algún punto entre el pasado y el presente.

Cruzo la plaza. Paso por delante de la escuela. Hay un maestro nuevo: Javier, treinta años, de Mérida, que llegó en enero y

que, según me cuenta Celia, es buena gente. Los niños le quieren. Eso me basta.

Camino hasta el cementerio. Está en la ladera este del pueblo, rodeado de un muro bajo de piedra, con cipreses y una puerta de hierro que siempre está abierta. Entro.

La tumba de Inés está al fondo, junto al muro. Una lápida de mármol blanco con letras doradas:

INÉS GALÁN MORENO 2000 - 2009 SIEMPRE EN NUESTRO RECUERDO

Hay flores. Margaritas blancas, frescas, puestas esta mañana. Esperanza, que viene cada día.

Me arrodillo frente a la lápida. Paso la mano por las letras. Inés. Mi prima. La niña que no conocí. La niña que cayó a un pozo y que un pueblo entero decidió olvidar.

— Hola, Inés —digo—. Soy Elena. Tu prima. La pesada que vino a hacer preguntas.

El viento mueve los cipreses. Un pájaro canta. La luz de marzo cae sobre el cementerio como una caricia.

— He venido a decirte que ya no eres un secreto. Que tu nombre está en una calle. Que tu abuela te pone flores cada día. Que tu tía Pilar ha vuelto al pueblo. Que la gente de Fuente Vieja, por fin, puede decir tu nombre en voz alta sin miedo.

Silencio. El viento. El pájaro.

— Y he venido a decirte que lo siento. Que siento no haber llegado antes. Que siento que tardaras quince años en tener

una tumba. Que siento que el mundo sea así, que los adultos sean así, que el miedo sea más fuerte que la decencia.

Me levanto. Me limpio los ojos con la manga.

— Pero también he venido a decirte que vamos a estar bien. Todas. Esperanza, Pilar, yo. Y Fuente Vieja. Fuente Vieja va a estar bien. No ahora, no mañana, pero algún día. Porque ya no tiene secretos. Y un pueblo sin secretos puede empezar de nuevo.

Salgo del cementerio. Bajo a la plaza. Entro en el bar de Celia. Me siento en la barra. Pido un café.

Celia me lo sirve con esa sonrisa suya que ahora es más frecuente y más ancha.

— ¿Has ido al cementerio?

— Sí.

— ¿Y?

— Y las margaritas están preciosas.

— Esperanza tiene mano para las flores. Siempre la tuvo.

Bebo el café. Miro por la ventana del bar. La plaza de Fuente Vieja, un sábado de marzo, a la una del mediodía. Un viejo en un banco. Dos mujeres hablando en una esquina. Un niño en

bicicleta que cruza la plaza a toda velocidad. La fuente echando agua. El sol calentando las piedras.

Un pueblo pequeño. De doscientos habitantes. En medio de ninguna parte.

Un pueblo que hizo algo terrible y que ahora, poco a poco, día a día, está aprendiendo a vivir con ello. No a olvidarlo —olvidar sería repetir el error—, sino a convivir con la verdad. A mirarla de frente. A decir: esto pasó aquí. Esto lo hicimos. Y esto no va a volver a pasar.

Fuente Vieja es todavía pequeño. Todavía viejo. Todavía aislado. Todavía huele a tomillo y a polvo y a leña. Todavía tiene calles de piedra y balcones de hierro y una iglesia con el campanario torcido.

Pero ya no tiene secretos.

Y eso, para un pueblo que vivió quince años sobre una mentira, es lo más parecido a empezar de nuevo.

Termino el café. Dejo la taza en la barra. Miro a Celia.

— Ponme otro, anda.

Celia se ríe.

— Marchando.

Me sirve el segundo café. Lo bebo despacio, con la calma de quien no tiene prisa porque sabe que no va a irse. Que va a

volver. Que este pueblo, con sus piedras y sus sombras y su historia, es suyo. Es mío. Es nuestro.

Elena Galán. La sustituta que se quedó.

Fuente Vieja. El pueblo que aprendió a hablar.

Esto no es un final. Es lo que viene después.
